

Óscar Camacho Alejandro Almazán

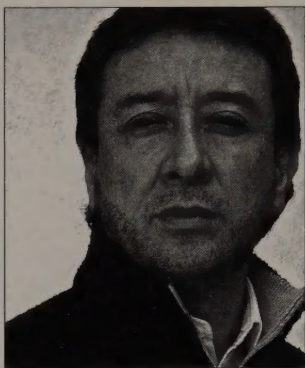
LA VICTORIA QUE NO FUE

López Obrador: entre la guerra sucia y la soberbia

Prólogo de **Ciro Gómez Leyva**



Grijalbo



Fotografía: Luz Montero

Quienes han seguido su trabajo a lo largo de veinte años en «el oficio más bello del mundo», saben que ÓSCAR CAMACHO GUZMÁN (México, D.F., 1961) es un extraño y raro caso en el periodismo en el que lo mismo conviven el caos, las convicciones y disciplina profesionales y una rebeldía permanente frente al poder. Formado en las aulas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, sus crónicas y reportajes lo han llevado a dar cabal cuenta, como pocos, de una álgida etapa de la vida política en México, a través de las páginas de *La Jornada*, *Milenio*, *El Universal* y *La Revista de El Universal*, de donde renunció para ser fundador y actualmente subdirector del semanario *Emeequis*. Mención honorífica en el primer Premio Nacional de Periodismo ciudadanizado, afirma que, a pesar de todo, siempre será mejor tener un amigo que una buena nota.

oscarcamacho20@hotmail.com

ÓSCAR CAMACHO GUZMÁN
ALEJANDRO ALMAZÁN

LA VICTORIA QUE NO FUE

López Obrador: entre la guerra sucia y la soberbia

La victoria que no fue

López Obrador: entre la guerra sucia y la soberbia

Primera edición, 2006

D. R. © 2006, Óscar Camacho y Alejandro Almazán

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

D.R. 2006, Random House Mondadori, S.A. de C.V.
Av. Homero No. 544, Col. Chapultepec Morales,
Del. Miguel Hidalgo, C.P. 11570, México, D.F.

www.randomhousemondadori.com.mx

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:
literaria@randomhousemondadori.com.mx

Formación tipográfica y corrección: www.co-media.com.mx

Son propiedad del editor la presentación y disposición en conjunto de la obra. Queda estrictamente prohibida, su reproducción total o parcial, por cualquier sistema o método, que permita la recuperación de la información, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo público.

ISBN-13: 978-970-780-249-0

ISBN-10: 970-780-249-9

Impreso en México / Printed in Mexico

Índice

PRÓLOGO, por <i>Ciro Gómez Leyva</i>	11
I. Vamos a ganar sin la televisión	17
II. La guerra sucia de Calderón	43
III. La campaña soy yo	75
IV. «Hay que parar a ese loco...»	89
V. Alberto y Francisco: el gran error de la campaña	105
VI. Cárdenas: ¿Qué hacemos, Andrés Manuel...?	119
VII. Los enemigos de casa	133
VIII. Ugalde y el caos	149
IX. Entre el error y el fraude	179
X. La victoria que no fue	197
EPÍLOGO	207

Prólogo

El miércoles 5 de julio, como todos los miércoles, pasé temprano a la casa de Carlos Marín para irnos juntos a Televisa a grabar *Tercer grado*. Al llegar, como todos los miércoles, fuimos a desayunar a la oficina de Leopoldo Gómez, vicepresidente de Noticias de la empresa y conductor del programa. Llegaron también Denise Maerker, Joaquín López Dóriga y Carlos Loret de Mola. Ninguno de los seis teníamos claro si el recuento de las actas en los distritos electorales, que estaría comenzando en esos momentos, sería abierto o cerrado a los medios. Charlamos sobre la jornada del 2 de julio y cruzamos apuestas en torno de cuántas décimas se modificarían los resultados del PREP luego del cómputo definitivo de ese largo miércoles.

A las once de la mañana, hora de inicio de la grabación, acordamos que sería suicida hacer el programa y transmitirlo doce horas después sin presentar los números definitivos. Decidimos grabarlo a las ocho de la noche.

Para las tres y media de la tarde, cuando comenzó el programa que conduzco en Radio Fórmula, el recuento superaba en excitación al más temerario de nuestros pronósticos. El IFE había instalado un sistema que permitía seguir el desarrollo de la jornada minuto a

minuto, distrito a distrito, casilla por casilla. Entramos al aire con una ventaja de Andrés Manuel López Obrador de 2.56%, con 62% de los votos contados. Dedicamos la hora y media de la transmisión a actualizar las cifras minuto a minuto, centésima a centésima. No hicimos otra cosa, periodísticamente no se podía hacer otra cosa.

A las cinco de la tarde, la ventaja del candidato de la Coalición Por el Bien de Todos había caído a 2.23%. De la radio me fui a Televisa sintonizando en el coche estaciones que hacían lo lógico: transmitir el cómputo.

Cerca de los ocho, Leopoldo Gómez y Carlos Marín calcularon que, en el mejor de los casos para nosotros, el recuento terminaría hacia las once de la noche. Obviamente, se acordó que, por primera vez en su joven vida, *Tercer grado* se haría en vivo. Si las cosas fluían al ritmo anhelado tendríamos la suerte de polemizar ya con los números finales. López Obrador todavía superaba a Felipe Calderón, pero nada más por 1.8%.

Me fui con Marín a *Milenio*, a cinco cuabras de ahí. Hicimos una portada para la edición del jueves con una cabeza de López Obrador ganador y otra con una de Calderón triunfante. Para entonces ya habíamos escuchado varias veces la versión de que faltaban por agregarse las casillas de Guanajuato, Jalisco y otras zonas donde el panista había arrasado y que la demora obedecía a que los representantes de la coalición practicaban el tortuguismo impugnando los defectos más insignificantes en las actas.

Me puse a escribir mi columna. La terminé cuando se habían contado 91% de las casillas, cerca de 38.1 millones de votos. López Obrador aventajaba a Calderón por 1.16 puntos, cerca de 450 mil votos. Lleno de dudas, la titulé «Sería una victoria poética». La del Peje, claro está. Así la mandé, así se publicó.

Eran casi las once de la noche, hora de irnos a Televisa. Recuerdo

que iba a entrar al baño, pero Carlos Marín abrió la puerta de mi oficina para avisarme, un poco desilusionado, que me fuera solo. Leopoldo Gómez lo acababa de llamar para informarle que, como el recuento iba para largo, en vez de *Tercer grado* habría una cobertura especial, como la que habíamos hecho el 2 de julio. «Pero que le chingues, porque ya van a empezar», me despidió mi amigo y director de *Milenio*.

Entré corriendo a los estudios de noticias al tiempo que López Dóriga concluía su noticiero. Me maquillaron de pie y me sentaron en un *set* que los ingenieros iluminaban contra reloj. Ahí estaban ya Denise y Carlos Loret, y ahí supe que no habría programa de Televisa Deportes y que, con Joaquín, los cuatro entraríamos al aire en dos minutos. Y que la transmisión sería hasta morir.

Hicimos lo que yo había hecho horas atrás en la radio, lo que harían TV Azteca y demás canales y difusoras: seguir el cómputo minuto a minuto, centésima a centésima. Conforme corría el tiempo, nos iban avisando que ya estaba listo un enlace en la casa de campaña de López Obrador, otro en la de Calderón y otro en el IFE.

A las cuatro de la madrugada, con 97.64% de los votos contados, Calderón dio la voltereta y se puso adelante 35.6 a 35.59. Nos enlazamos con su casa de campaña, comentamos su fría celebración y continuamos la transmisión hasta las seis de la mañana, hora de inicio del noticiero de Loret. Calderón lideraba por 0.22%.

Esa producción, esa cobertura de Televisa, fue calificada por el lopezobradorismo y el *lumpenperiodismo* que le besa los pies a Andrés Manuel de «descarado fraude mediático».

Lo cuento no sólo para agregar una microhistoria a las que Alejandro Almazán y Óscar Camacho desarrollan deliciosamente en estas páginas, sino para dejar constancia en un libro que camina con valor por el borde que separa el registro puntual de las acciones

perversas que se ejecutaron contra López Obrador, de las ficciones que el tabasqueño y los suyos tejieron para ver moros con trinchetes por dondequiera, que la cobertura de la noche del 5 de julio y la madrugada del 6 fue puro sentido común periodístico. Y para subrayar que quienes estábamos al aire teníamos como única preocupación tratar de decir algo coherente a esas horas y en esas circunstancias sobre una información que variaba mínimamente, pero que tenía que ser reseñada y analizada minuto a minuto, centésima a centésima. Si los *cazacomplots* vieron en ello un fraude, qué pena. Se pueden ir al diablo.

La victoria que no fue es un título muy afortunado para este reportaje que, con saludable distancia periodística, recorre a máxima velocidad, pero con las manos bien firmes en el volante, las realidades, mitos y leyendas de la derrota de López Obrador: la «no inversión» en televisión, la *guerra sucia*, la megalomanía del Peje, sus errores monumentales, así como la actuación torpe y tortuosa de muchos servidores públicos que, como Luis Carlos Ugalde, presidente del IFE, deberían haber tenido un desempeño impecable, pero no lo tuvieron.

Al concluir su viaje vertiginoso y extenuante, Óscar y Alejandro hacen la pregunta que nos hacemos y seguiremos haciendo muchos durante mucho tiempo: ¿Se perdió por un fraude o por una imperdonable cadena de errores?

Yo quisiera agregar una pregunta: con o sin fraude, ¿por qué perdió López Obrador? Porque al día de hoy sigo creyendo que la de 2006 era una elección que no podía perder, que no se podía perder.

Hasta la noche del primero de julio yo creía que de nada servirían los mensajes sobre el horror de un país gobernado por el candidato

del PRD, pues la gente había visto de cerca el rostro del foxismo y no le había gustado ni servido. Y porque Calderón había sido incapaz de darles una razón contundente para que le obsequiaran al PAN un segundo periodo en Los Pinos.

Creía que, como en el 2000, la gente apostaría por el cambio. Que no lo harían con la alegría de entonces, porque a diferencia de Vicente Fox, López Obrador no es suave al tacto, ni al gusto ni al oído. Pero que finalmente tomarían la apuesta.

Y que votarían por él porque parecía ser el más interesado en las minúsculas historias cotidianas de la gente. Porque parecía estar más al tanto de sus embrollos, carencias y dolores. Y porque si en el 2000 el electorado se entregó al más valiente, en el 2006, diría Vasconcelos, se entregarían a «un hombre inteligente y bueno» que los escuchara y comprendiera, que no les diera largas.

La mayoría de las encuestas finales marcaban que votarían unos cuarenta millones de mexicanos. De entre ellos, unos seis millones no sabían qué hacer: si correr el riesgo con Andrés Manuel o jugar a la segura con Felipe. Pero —así lo creía yo— jugar a la segura sería reproducir los viejos paisajes de la desolación: el hijo que no tiene futuro, el dinero que nunca alcanza, la policía que nunca está donde se le necesita, el viejo que a nadie le importa, las clínicas sin medicinas ni alma. ¿Por qué tendrían que apostar por la fórmula de más de lo mismo?

Calderón era el mal menor; López Obrador, la ilusión. López Obrador, sí, asustaba, agrietaba, dilataba, desfondaba. Pero era también el héroe de una película mexicana. Y el único que parecía traer el reloj con la hora exacta. Por eso tanta gente lo había admirado con fascinación estos años. Mucha más gente, creía, de la que estaban registrando las encuestas.

El sábado primero de julio me fui a dormir convencido de que

millones le darían la victoria el domingo. Y que su victoria, como escribí cuatro días después en *Milenio*, sería poética. No sólo por la capacidad de supervivencia que desplegó, sino porque, como en las buenas novelas francesas del siglo XIX, cada vez que estaba a punto de desfallecer, surgía en él una misteriosa energía que algunos llaman inspiración.

López Obrador había sido más inteligente que sus temibles enemigos. Y más hábil. En esa guerra depravada en que se convirtió la política mexicana en el último trienio, él salió mejor librado que nadie. Por eso su victoria, además de todo, tendría el toque poético.

Pero no hubo triunfo, ni poesía, ni nada. Perdió. En la derrota, me costó ver a esa figura carismática y poderosa, que tuvo dinero, recursos materiales y logísticos, que fue el tipo más codiciado en los programas de radio y televisión, mal armando un penoso entramado para pepear 250 mil votos.

Ésa, para mí, fue la derrota de López Obrador: no llegar al epílogo de la elección con una reserva de votos suficiente para pasar por encima del presunto fraude. Él era un seductor dotado para el 40, 42, 45%, no para acabar en una triste pepena de actas y boletas, en un claudicante «¡Voto por voto, casilla por casilla!»

El libro de Óscar y Alejandro nos da pistas sólidas para depurar esa y otras hipótesis, para confrontar dudas y verdades acaloradas. Ésa es la gran virtud de esta obra: llegar antes que nadie, construir un piso bien hecho para los historiadores, escribir un reportaje que nos ayudará a comprender qué demonios ocurrió en esa primavera y verano envenenados por la intriga y las mentiras, por los mitos y las leyendas.

CIRO GÓMEZ LEYVA

Ciudad de México

27 de septiembre de 2006

I

Vamos a ganar sin la televisión

Unos segundos después de beber otro sorbo de café chiapaneco, Andrés Manuel López Obrador les advirtió a sus colaboradores: «Voy a ser el primer candidato en ganar sin la televisión».

Aún no conseguía la candidatura presidencial, pero Andrés Manuel profetizaba que su triunfo se construiría en los andamios de una campaña a ras de tierra. Así es él: le reconforta más recorrer pueblos al fin del mundo, estar frente a ese México que asemeja a un niño enjuto con la panza inflada, que sentarse frente a una cámara donde periodistas con ínfulas de Ministerio Público terminan acorralándolo.

Bernardo Gómez, vicepresidente de Televisa, ignoraba que en las prioridades de López Obrador estaba desdeñar a la televisión, sobre todo a esa empresa que en tiempos electorales trasmuta en una glotona del financiamiento público.

Sin saberlo, en aquellos primeros días de diciembre de 2005, Gómez buscó algún encuentro con Andrés Manuel, como candidato de la Coalición Por el Bien de Todos, para ofrecerle facilidades de tarifas. En las reuniones del Consejo de la televisora se había deter-

minado darle a López Obrador crédito y horarios estelares con tal de tentar su austeridad y provocar que se anunciara.

Los cerca de 400 millones de pesos que el IFE le daría a la coalición (compuesta por el PRD, el PT y Convergencia) era un gustoso bocado para la gula de Televisa. Pero López Obrador no quiso tener ningún encuentro con Gómez.

Para Andrés Manuel, Gómez había sido parte de la conspiración que el panista Diego Fernández de Cevallos, el ex presidente Carlos Salinas de Gortari y el empresario Carlos Ahumada habían confabulado para exhibir en Televisa a colaboradores lopezobradoristas que se embolsaban fajos de dólares.

Federico Arreola, el hombre que dejó la dirección general del diario *Milenio* para conseguirle a López Obrador financiamiento empresarial, terminó por sentarse con Gómez como en sus buenos tiempos de amigos. Federico lo escuchó, pero en el fondo no le interesaba la oferta: tanto él como Andrés Manuel estaban convencidos de que la televisión no era necesaria para ganar.

Se sostenían en un dato: *Reforma*, un periódico que a López Obrador le provoca repulsión por su desmesurado panismo, nunca había necesitado de la televisión para lograr el éxito. Pensaban que «si un diario conservador y hasta cierto punto fascista» lo había conseguido por sí solo, también podría hacerlo un candidato que parecía inalcanzable en las encuestas.

La propuesta que Gómez le planteó inicialmente a Federico no era nada flexible: el paquete de spots en horarios triple A y en partidos de fútbol tendría un costo de unos quinientos millones de pesos. Pero esa cantidad ni la tenía la Coalición, ni pensaba destinarla para televisión.

En sus cálculos, Andrés Manuel había determinado únicamente un monto de ochenta millones de pesos para medios y serían utili-

zados sólo en caso de una emergencia: si es que en las encuestas Felipe Calderón o Roberto Madrazo atentaran contra la cómoda ventaja que para entonces gozaba López Obrador.

«Si compramos spots en este momento ya no vamos a tener dinero para el final», decía Andrés Manuel en la lógica de preparar un bombardeo de propaganda en televisión, si era necesario.

«Desde entonces se subestimó el marketing de la tele», nos dice uno de sus colaboradores. «Fue una grave equivocación de todos no entender desde el inicio que lamentablemente un spot en televisión vale más que tres plazas llenas.»

Gómez no podía convencer a Federico. Bien sabía que el negocio de las elecciones nunca es un bocado menor. Además, en su lógica empresarial, sabía que Andrés Manuel podía llegar a la Presidencia de la República. No era, por tanto, dejarlo ir así como así. Y Gómez, entonces, abrió la oferta. Bajar costos y ofrecer mayores bonificaciones para la Coalición: por 260 millones de pesos en publicidad para Televisa, él, Bernardo, garantizaba que Andrés Manuel tendría en la televisora los mismos espacios que Calderón y Madrazo.

Y, como bonificación, Gómez prometió que serían olvidados todos esos desencuentros entre Televisa y López Obrador ocasionados por el desafuero. Es más: no habría recriminaciones futuras aun cuando entonces en Televisa ya se sabía que Andrés Manuel se oponía a la torcida Ley de Medios y era obvio que ordenaría a los senadores perredistas votar en contra de ella. Incluso, se le ofreció que por el mismo costo se abrirían entrevistas con los principales conductores de noticias cuantas veces fueran necesarias y spots insertados en programas o telenovelas con alto rating. Como aquellos que tuvieron Felipe Calderón en la comedia *La Fea más Bella*, o Madrazo en *Bailando por un sueño*.

Pero no, no hubo trato con Gómez. Fiel a su idea de ganar sin la

televisión y sin apartarse un solo milímetro de esa obsesión de no hacer compromisos con nadie, absolutamente con nadie, López Obrador dijo, a través de Federico Arreola, que no, que no habría trato.

En ese momento, Gómez se fue sin ningún centavo de la coalición. Escuchó a Federico decirle que Andrés Manuel no quería compromisos con nadie. «A mí no me va a pasar lo que a Lula», solía comentar en corto López Obrador como jefe de Gobierno capitalino, refiriéndose al presidente de Brasil, que tuvo todo para gobernar y terminó atado de manos por los empresarios brasileños. Lo mismo que le ocurrió a Vicente Fox con los millonarios mexicanos.

Con esas ideas arrancó López Obrador su trato con Televisa, la empresa a la que terminaría acusando de bloquearle el paso a Los Pinos y de la que diría ser víctima en su política informativa.

Y sí, quizá no le faltarían razones a Andrés Manuel para afirmar tal cosa al final de su campaña, más en los días de la lucha postelectoral, pero sin duda olvidó muy rápido que en un principio Televisa le puso la mesa, lo buscó, le abrió sus noticieros y quiso pactar con él. Y que para ello, López Obrador sólo tuvo como respuesta el mismo desprecio con que la televisora terminó tratándolo en la recta final.

Al concluir las elecciones, Andrés Manuel dobló las manos. Enfrentado a la propaganda negra de Felipe Calderón y a la fuerza de los miles de spots con que Vicente Fox se entrometió en la campaña para apoyar al panista, López Obrador acabó doblegado ante esa y las demás televisoras: sumó 16,316 spots, que equivalen a tres días y seis horas, unas cuatro horas más que Calderón, para convertirse en el candidato que más gastó en spots televisivos.

Pero lo hizo demasiado tarde, sin estrategia, con spots hechos al vapor y cuando en la opinión pública habían calado hondo los mensajes televisivos de su principal oponente, que terminó por ganarle la Presidencia: Felipe Calderón. El hombre que, con sus excesos

publicitarios y su guerra sucia, echó abajo el discurso inicial con el que Andrés Manuel se jactaba que recorrería la campaña: ganar sin la televisión.

Después de Año Nuevo, algunos lopezobradoristas cavilaron que Andrés Manuel traía algo entre manos. Por algunas muecas y comentarios concluyeron que sólo él, su chofer Nicolás Mollinedo y César Yáñez, el incondicional jefe de prensa, sabían de lo que se trataba. Un lunes de reunión en casa de campaña, el secreto al fin fue revelado: López Obrador tendría un programa de televisión en TV Azteca.

—Es por si nos cierran los espacios en televisión, desde ahí marcaremos la agenda, como en las mañaneras... —les explicó Andrés Manuel a sus colaboradores que no entendían el porqué de esa decisión, pues López Obrador les había dicho que ganaría sin la televisión.

La idea había surgido por iniciativa de uno de sus colaboradores, Ricardo Monreal, y del periodista Ricardo Rocha. Andrés Manuel compró el proyecto de inmediato: de lunes a viernes, de 6:00 a 6:30 horas, como en las conferencias mañaneras que realizó en la jefatura capitalina. La conductora sería Martha Zamarripa por petición de López Obrador, aunque Rocha se molestara. De hecho, en una ocasión Rocha la corrió del programa, pero Andrés Manuel la reinstaló contra todo. «Es una ganga», dijo Andrés Manuel cuando informó a la prensa que dicho programa le costaría unos dieciocho millones de pesos.

«El Doctor Simi lo puede avalar, él también utiliza esos espacios matutinos como infomerciales», argumentaban los lopezobradoristas cada vez que se ponía en duda el costo del programa *La otra versión*.

El periodista Ciro Gómez Leyva escribió en *Milenio*:

López Obrador parece haber hecho una muy buena compra en TV Azteca y TV Azteca una buena inversión con López Obrador.

El candidato presidencial del PRD informó que pagará a la televisora dieciocho millones de pesos para transmitir 115 emisiones en el Canal 13 de un programa de treinta minutos llamado *La otra versión*. Esto es, 156 mil pesos por programa. Esto es, 2,600 pesos cada treinta segundos.

Se trata, sin duda, de una extraordinaria negociación para López Obrador, porque según el reporte de tarifas que TV Azteca le presentó al IFE, el costo del minuto en el horario matutino del Canal 13 es de 222,500 pesos. Esto es, 111,250 pesos cada treinta segundos. Esto es, TV Azteca le está vendiendo el tiempo a López Obrador 42 veces por abajo del valor reportado [...].

—¿Y los principios? ¿No hay una incongruencia al contratar a TV Azteca? —le preguntamos en aquel entonces a Monreal.

—No, no hay ninguna incongruencia. Es que es lo más barato.

Lo más barato... Lo más barato había olvidado cómo TV Azteca golpeó a la izquierda, al PRD, al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, y al propio López Obrador. Lo más barato había olvidado la toma del Chiquihuite que asaltó al Canal 40 y que a López Obrador le pareció, en aquel entonces, una barbarie. Lo más barato había olvidado al vicepresidente de TV Azteca: Ernesto Vidal, el que se hacía cargo de la dirección de Medios Audiovisuales de Los Pinos, el hombre de Marta Sahagún, el que muchas veces fue nombrado no gratamente en las reuniones de gabinete cuando López Obrador fue jefe capitalino. Lo más barato había olvidado que la génesis de TV Azteca está

marcada por Raúl Salinas de Gortari, el hermano de Carlos Salinas, *El Innombrable*.

—¿En Televisa deben estar muy enojados, no? —le preguntamos a Monreal.

—Sí, pero queremos ver si los suavizamos y bajan sus costos, no tenemos dinero.

Escribió *Ciro Gómez Leyva*:

El 65% de la inversión publicitaria en la televisión mexicana es para Televisa y el 33% para TV Azteca. Estamos hablando de un mercado de unos 2.5 millones de dólares. De unos 1,600 millones para Televisa y unos 850 millones para TV Azteca. En esas cuentas, los poco menos de dos millones de dólares que se pagarán para difundir *La otra versión* [de López Obrador] son cacahuates.

—¿Y eso de que no iban a invertir en medios electrónicos? ¿De que López Obrador decía que se podía ganar una campaña sin televisión?

—No se quiso correr un riesgo innecesario —nos respondió Monreal.

La otra versión terminaría por ser un fracaso absoluto. Hay lopezobradoristas que aún dicen que ese programa no alcanzó el impacto requerido porque «era aburrido, nadie lo veía y Andrés nunca marcó agenda. Una dinámica es la de jefe de Gobierno donde todos los medios rescatan tus declaraciones y otra la de un candidato donde a cada medio debes darle información que sienta suya. Era una locura creer que Televisa iba a recuperar imágenes de TV Azteca para reproducirlas».

En una de las tantas reuniones de los lunes en casa de campaña se valoró el programa. La conclusión fue que no había servido para

nada y que únicamente se fueron a la basura dieciocho millones de pesos. Raro en Andrés Manuel, pero terminó por entender que, en efecto, aquella idea que tanto había guardado en secreto, fue inútil.

A los directivos de Televisa no les enfurecía que Andrés Manuel se opusiera a la Ley de Medios ni que criticara a la televisora por su parcialidad hacia Calderón. Lo que en verdad les sacaba de quicio era que López Obrador hubiese escogido a TV Azteca para el programa *La otra versión*. Bernardo Gómez llegó a pensar que en aquella charla con Arreola había quedado reducido a un tonto.

El viernes 3 de febrero, en el hotel restaurante Rodavento de Valle de Bravo, Gómez dejó que la cantante colombiana Shakira terminara su espectáculo ante unas cien personas, todas ligadas a Televisa, para luego invitarlos a presenciar una pelea de gallos en un palenque improvisado. Gómez dijo «De este lado está el gallo de Televisa, y en el otro, el gallo de TV Azteca».

Cuentan que su jefe Emilio Azcárraga Jean se le acercó y le sugirió no hablar del tema. Gómez, sin embargo, sujetó a uno de los gallos y les dijo a los presentes: «Aunque Emilio no quiere que se mencione a nadie, sí quiero decirles que esto le puede pasar a quien se atreva a retar a Televisa». Y degolló al gallo.

Gómez realmente estaba furioso. Y más porque un día antes, López Obrador había llegado sorpresivamente a la encerrona de Valle de Bravo. Había sido invitado, sí, pero para el 3 de febrero. Andrés Manuel, sin embargo, cambió sus planes y apareció intempestivamente, provocando desconcierto entre los asistentes. El encuentro no fue nada cordial.

Lo que irritó a López Obrador fue que en las primeras filas estaba sentado Roberto Hernández, el banquero y empresario que Andrés

Manuel ha acusado de ser beneficiado por las políticas fiscales de Fox (vendió el grupo Banamex por doce millones de dólares a CitiGroup sin pagar un solo centavo de impuestos). Y Gómez fue a quien le dio la palabra después de la bienvenida al tabasqueño:

—Señor candidato —soltó Roberto Hernández— yo quisiera preguntarle si tiene usted algún problema personal conmigo.

—Ningún problema, señor, solamente que pague usted sus impuestos —le respondió Andrés Manuel.

—Pero yo no hice nada ilegal, todo lo que hice fue legal —replicó el banquero.

—No sé si fue legal o no, pero lo que usted hizo, obtener ganancias de ese tamaño y no pagar impuestos, es inmoral, ofende al pueblo.

—Pero yo le insisto en si usted tiene algún problema de tipo personal.

—Ninguno, que pague usted sus impuestos... Y los va a tener que pagar en el 2007 —insistió Andrés Manuel antes de voltearse a otro lado y dejar con la palabra en la boca al banquero.

La versión de los lopezobradoristas es que la presencia de Hernández no fue acordada ni se le había informado a Andrés Manuel.

En los días en que Calderón remontó en las encuestas externas e internas, Televisa se las cobró sin pudor: López Obrador envió a Manuel Camacho Solís a negociar un contrato con Televisa. Antes de dejarlo plantear el acuerdo, le dijeron al ex regente capitalino que el PRD tenía una deuda atrasada y que no habría trato hasta que se liquidaran algunos millones no pagados por Rosario Robles, una ex dirigente nacional del perredismo que por ahora hace política desde una columna en el diario *Milenio*.

Dentro del equipo lopezobradorista se concluyó que fuera

Marcelo Ebrard quien negociara con Televisa. La posición de Marcelo era más cómoda: no había duda que ganaría la jefatura capitalina y con él habrían de mostrar algo de respeto.

Se dice que Marcelo llegó a las instalaciones de Televisa en Santa Fe y no se dejó intimidar por Bernardo Gómez: «No sé si Andrés Manuel gane, pero yo sí y tú tienes muchos negocios en el DF, Bernardo, así que vas y chingas a tu madre. Vamos a negociar», le dijo Marcelo, palabras más palabras menos.

Los que conocen esta historia cuentan que Gómez se quedó petrificado, inmóvil, sin saber qué contestarle a Marcelo.

Todavía cuando Marcelo se retiró y dejó en claro que él sería el negociante de la publicidad de Andrés Manuel le restregó a Bernardo: «Y vas y chingas a tu madre».

«Televisa no se cerró», dice uno de los colaboradores de Andrés Manuel. «La trampa fue abrir la puerta y nos metimos, ¿ahora cómo vamos a defender el discurso de que la tele hizo ganador a Calderón?»

Ciertamente, Televisa favoreció a Calderón, lo cuidó, lo mimó, quizá porque él sí estuvo a favor de la Ley de Medios que le regaló más poder a Televisa y a TV Azteca. Y eso será recordado durante mucho tiempo. Pero, ¿qué decir cuando al final de la campaña se informa que Andrés Manuel fue el candidato que más se anunció en televisión, Calderón en radio y Madrazo en espectaculares y prensa escrita?

De las pocas cosas que hay que creerle al IFE está su monitoreo sobre la propaganda, que abarcó del 19 de enero al 28 de junio:

De acuerdo con ese reporte, López Obrador sumó 16,316 spots (319,155 segundos) por 11,904 de Calderón (275,309 segundos) y 10,475 de Madrazo (276,311 segundos).

En la contabilidad de los programas de larga duración en televi-

sión, Andrés Manuel aparece con 178 emisiones (296,498 segundos) y Calderón sólo con uno (1,799 segundos, un programa especial).

En radio, Calderón fue el campeón: tuvo 106,960 spots (1,889,295 segundos) por 60,410 de López Obrador (1,218,434 segundos) y 59,414 de Madrazo (1,520,659 segundos).

Andrés Manuel ahora ya sabe una cosa: no fue el candidato que logró ganar sin usar la televisión.

Con la radio fue otra situación. Cuando Grupo Radio Fórmula y Radio Centro acapararon el financiamiento de los presidenciables, la mayoría de los radiodifusores se quedaron bramando.

Calderón sacó dinero de sabrá Dios dónde y resarció el malestar de los radiodifusores: terminó anunciándose en 106,960 spots radiales o lo que es lo mismo: casi veintidós días, unos seis días más que Andrés Manuel.

Sin plata, López Obrador pensó que al menos los radiodifusores que se oponían a la Ley de Medios no le cerrarían los micrófonos. Con algunos ocurrió así: entrevistas, mítines en vivo y cápsulas informativas con audios de su discurso. Pero otros, en la lógica mercenaria de los medios, le restregaron que para aparecer debía pagar. Ya no era el jefe de Gobierno capitalino para marcar la agenda política.

Hubo otro grupo cuya fobia hacia Andrés Manuel le dio por hablar extravagancias antes, durante y después de la campaña. En ese grupo figuran Óscar Mario Beteta y Pedro Ferriz de Con.

Federico Arreola, en su libro *2006: la lucha de la gente contra el poder del dinero*, escribió que Beteta, en los días del desafuero, llegó a sugerir que asesinaran a López Obrador para acabar con el asunto. Algo de Andrés Manuel le ha de enfadar a Beteta para desear tal locura.

Con Ferriz, la historia de los lopezobradoristas dice que la ruptura entre él y Andrés Manuel se debe a un lío de plata: cuando López Obrador llegó al Gobierno capitalino eliminó privilegios y uno de esos los tenía Ferriz al cobrar la publicidad del Metro a través de una empresa de su propiedad.

Beteta y Ferriz no pasaron desapercibidos en la impugnación que presentó la Coalición ante el Tribunal Electoral:

Mario Beteta, a través de sus noticieros de Radio Fórmula, y Pedro Ferriz de Con en Imagen Informativa, tuvieron durante toda la campaña un sesgo informativo en contra de López Obrador.

Pasadas las elecciones, las fobias de Andrés Manuel se extendían: *Reforma*, Sarmiento, Chabat, López-Dóriga, Krauze, Maerker, Micha, Trujillo, Pepe Cárdenas... Algunas, hasta ahora, son comprensibles: hubo quienes crucificaron a López Obrador con el discurso fácil, la retórica de los trogloditas del poder. Pero hubo otros comunicadores que sólo cumplieron con su papel: escuchar y no creerle a ninguno de los dos bandos. Y eso, para Andrés Manuel, fue y será estar en su contra.

En prensa escrita, la estrategia se basó en el estado de ánimo de López Obrador. Cada vez que sus colaboradores le insistían sobre entrevistas para medios escritos, Andrés Manuel les decía textualmente y sin recato: «La prensa me da güeva».

Se le había olvidado a López Obrador que él nació en la prensa escrita, que no se curtió por la televisión ni por la radio.

Ahí está la entrevista que *La Jornada* le hizo en julio de 1988 y en

la que se destapó como candidato del Frente Democrático Nacional para la gubernatura de Tabasco.

Ahí están las miles de páginas que contaron los fraudes que Carlos Salinas y Madrazo orquestaron para que Andrés Manuel nunca fuera el mandatario tabasqueño. Ahí están, impresos, aquellos días de los éxodos por la democracia y los del infame desafiado.

«¿No sé qué les pasa a los periódicos?», decía Andrés Manuel en las juntas de los lunes en casa de campaña. «Nos tratan muy mal. Ya se parecen a *Reforma* y a *Crónica*.»

Andrés Manuel nunca dejó un resquicio de duda: él era el estratega de toda la campaña. Y la voz de un candidato no se contraviene, aun cuando el subordinado sepa que una mala táctica sólo alimenta la derrota.

López Obrador pensaba en mil cosas a la vez y otros operaban esa madeja de ideas. En medios de comunicación, ese trabajo le correspondió a César Yáñez.

César es un colimense que empezó su carrera de jefe de prensa con Porfirio Muñoz Ledo. De ahí pasó a la procuraduría capitalina con Samuel del Villar, donde le tocó sortear el complicado caso Paco Stanley. Desde entonces mostró sus tres virtudes: la lealtad, la discreción y el respeto a los reporteros. Pero también sus limitaciones.

No es fácil encontrar a un hombre de sangre liviana en el papel de los burócratas con corsé. Esas cualidades lo llevaron a acercarse a Andrés Manuel y a ganarse su confianza de inmediato. Aunque lleva pocos años con López Obrador, César conoce muy bien a su jefe. Sabe cuándo está de mal humor, cuándo es el momento de plantearle ciertos asuntos y cuándo no hay que contradecirlo.

César empezó la campaña presidencial con un terrible mal en la garganta. Las visitas al hospital prácticamente le absorbieron la plata y el tiempo. Convaleciente, llegaba a su oficina para intentar darle

orden a la política de medios que para entonces parecía no tener sentido alguno. Siempre transparente, intentó jugar limpio con los reporteros.

El problema de César en la campaña, sin embargo, se llamó López Obrador.

Cada vez que César le sugería a Andrés Manuel que debía promoverse en los medios escritos, su jefe solía contestarle: «Luego vemos, luego vemos». Y eso, sin proponérselo, le provocó a César ciertos forcejeos con los reporteros que cubrieron la campaña. Los mayores reclamos de los reporteros hacia César fueron el desdén por la información y la tardanza de la agenda del candidato. En descargo de César, la culpa fue del propio López Obrador al encargarle a Nicolás Mollinedo toda la logística. Y eso incluía el manejo de los tiempos: Nico autorizaba cuándo se distribuía la información a los medios, «por cuestiones de seguridad».

Hay otros reporteros que se molestaron con César por otorgarles ciertos privilegios a dos muy buenas personas: el fotógrafo Carlos Ramos Mamahua, de *La Jornada*, y el camarógrafo Luis Barajas, de Detrás de la Noticia, empresa de Ricardo Rocha, el mismo que producía el mañanero programa televisivo de *La otra versión*.

El 19 de marzo de 2006, la reportera Gloria Leticia Díaz escribió en la revista *Proceso*:

[Mamahua y Barajas] Son los únicos reporteros gráficos que pueden estar cerca de López Obrador en el trayecto hacia los mítines —si es que decide bajar a comprar un café o ir al sanitario de las gasolineras, donde invariablemente alguien lo reconoce y lo saluda—, o cuando atraviesa las vallas para subir a los templetes.

El resto de los fotógrafos y camarógrafos no pueden acercársele a menos de dos metros, y para subir al templete tienen que esperar a

que Carlos y Luis bajen. Sólo entonces pueden subir, de dos en dos y durante un minuto, para hacer sus tomas. La despedida del candidato pertenece exclusivamente a Carlos y Luis.

Pero aquí tampoco tuvo algo que ver César. La verdad fue que Nico autorizó y Andrés Manuel avaló que Mamahua y Luis tuvieran esa concesión y hasta viajaran en la camioneta de los guardaespaldas, separados de las dos camionetas donde el resto de los reporteros serpenteaban hacinados las carreteras. Y si era una orden de López Obrador, César no podía echarla abajo.

Donde algunos lopezobradoristas comentan que César sí llegó a tener un tipo de responsabilidad directa fue durante esas veces en que Monreal y Camacho Solís llegaron a telefonearle para plantearle algunos asuntos sobre medios, relacionados con transmisiones gratuitas que radiodifusores de ciertos estados estaban dispuestos a hacer para apoyar el movimiento.

Y César nunca les contestó al instante. Es más: les regresaba la llamada días después. Tanto Monreal como Camacho terminaron frustrados al ver que en las plazas visitadas por López Obrador cualquier tipo de medio local sufría el menosprecio. Menosprecio que no era de César, sino de Andrés Manuel.

En una campaña presidencial todo exaspera. Y podría ser que esas cosas de los privilegios o la ignominia terminen por perdonarse cuando el jefe las autoriza. Pero algo que no es fácil de olvidar es haberse peleado con uno de sus aliados históricos: *La Jornada*. Y es que, en su desdén por la prensa, López Obrador no cuidó el trato ni siquiera con sus aliados.

Después de semana santa, cuando los días felices de Andrés Manuel terminaron, Carmen Lira, la directora general de *La Jornada* y entrañable amiga de López Obrador, decidió retirar de la gira al

reportero y al fotógrafo del diario; la campaña, determinó, se cubriría únicamente con corresponsales del periódico. Para algunos tabasqueños lopezobradoristas la razón de la directora general del periódico fue una frivolidad: los desplantes de César.

Pero hay otros lopezobradoristas, que también saben del asunto, y que cuentan que *La Jornada* buscó, legítimamente y como cualquier otro medio, un convenio de publicidad con la Coalición. Carmen Lira envió a los publicistas del diario a buscar personalmente a López Obrador, pero el candidato ni siquiera los recibió y los envió con Leonel Cota, el presidente nacional del PRD. Cuando la gente del periódico estuvo con el sudcaliforniano, éste les dijo con cierta petulancia que no había dinero y que dejaran de molestar.

—Deberías de firmar un convenio con *La Jornada*, Andrés —le aconsejaban algunos de sus colaboradores.

—¿Y por qué? —respondía inescrutable.

—Pues porque es *La Jornada*.

—No, para mí es un periódico como cualquier otro, su trabajo es informar, no tengo por qué pagarles para que informen.

Hasta donde se sabe, fue Arreola quien tuvo que recomponer la relación con *La Jornada*. A nadie le interesaba sentarse con Carmen Lira. Y tenían sus razones: Jesús Ortega, el coordinador de la campaña, por ejemplo, es de esos personajes que por filias y fobias de las tribus jornaleras es *non grata* para el diario; Camacho Solís es un fantasma en la cobertura del periódico; y a Agustín Ortiz Pinchetti no le interesaba pelearse con Lira.

Hasta que Arreola compuso las cosas (fotógrafo y reportero regresaron a cubrir la gira) fue que Carmen Lira le volvió a tomar la llamada a Andrés Manuel para perdonarse, como lo hicieron en el 2000, cuando López Obrador se negó a acompañar a Cuauhtémoc Cárdenas a la UNAM, pues el tabasqueño pensó que la imagen

del ingeniero le restaría votos para la jefatura capitalina. En aquella ocasión, la periodista le reclamó a Andrés Manuel y se distanciaron un poco.

Luis Enrique Mercado, director de *El Economista*, hubiese querido estar en los zapatos de Carmen Lira, pero no. Durante toda la campaña, la línea de *El Economista* fue golpear a López Obrador, como ocurrió con otros medios: *Crónica*, *Reforma*, Televisa, Imagen Informativa, por ejemplo. Días antes de la elección, los lopezobradoristas cuentan que Mercado buscó a Andrés Manuel presuntamente para llegar a un acuerdo. Pero el candidato perredista ni siquiera le tomó la llamada. Molesto, el directivo no quiso dejar las cosas así: publicó un supuesto informe confidencial donde César, Nico y algunos ex funcionarios del Gobierno capitalino habrían lavado dinero para la campaña perredista. Comunicadores antipejistas se dieron el gran banquete con la noticia y hasta los calderonistas terminaron en la PGR denunciando los hechos. Un lopezobradorista piensa al respecto de ese texto: «Fue una mamada, una venganza pendeja».

Descompuestas las relaciones con algunos medios, sobre todo escritos, César regresó de base a la casa de campaña. Andrés Manuel le había ordenado que se abstuviera de las giras y se concentrara en la política de comunicación. La razón: la campaña atravesaba días críticos y alguien de su confianza debía estar al pendiente. César acató la orden, pero aunque intentara recuperar la confianza con los medios, la actitud de López Obrador no le ayudaba para nada.

Muchos lopezobradoristas culpan a César de la mala estrategia de medios. Su única responsabilidad, sin embargo, fue no haber contravenido a Andrés Manuel, como también lo hicieron los que condenan a César.

El trabajo del reconocido cineasta Luis Mandoki estuvo a punto de correr la misma suerte que *La otra versión*, el fracaso.

Después del éxito en las salas cinematográficas de *Voces Inocentes*, Mandoki regresó al Distrito Federal y se encontró con que a López Obrador lo querían destituir como jefe de Gobierno capitalino.

Como a muchos, a Mandoki le pareció un abuso por parte del Estado foxista que intentaran desaforar a Andrés Manuel nada más por construir un puente para un hospital, en terrenos de un particular que luego se sabría que no lo era. López Obrador todavía era jefe capitalino cuando el cineasta fue a visitarlo al antiguo ayuntamiento. Le propuso hacer un documental sobre el asunto. Reacio a las cámaras y a vestir de traje, López Obrador terminó convencién-dose que la lente de Mandoki podía ayudar a entender el delirio del desafuero.

El caso es que cuando empezó la campaña presidencial, Mandoki aún no había exhibido el documental. Uno de los colaboradores le dijo al cineasta que era hora de sacarlo o de lo contrario terminaría condenado al olvido.

Mandoki estuvo de acuerdo y se lo planteó a su colaboradora Lynn Fainchtein, periodista y especialista en bandas sonoras —ella seleccionó la de *Amores Perros*—. Pero Lynn no aceptó: deseaba que el documental concluyera en la victoria o en la derrota de Andrés Manuel. Terminaron peleándose y cada uno se quedó con parte del material grabado.

Entonces Mandoki sacó el documental *¿Quién es el Señor López?* y decidió que para contribuir a la imagen de Andrés Manuel rescataría algunas imágenes y haría spots, los mejores que tuvo la campaña. Hubiese sido una desgracia desaprovechar el ojo de Mandoki.

El fracaso se evitó en este caso, pero todo ello obedeció a la suerte. Porque igual que para la televisión, la radio o la prensa, en

el equipo de López Obrador nunca hubo una estrategia de medios. Simple y sencillamente porque a Andrés Manuel no le interesaba.

En las sobremesas, Andrés Manuel siempre esquivó las preguntas de los reporteros. Pero los divertía cuando asumía el papel de traductor del lunfardo tabasqueño: «Zangavilote: quiere decir un pendejo grandote». Mientras picaba la comida y se la empujaba con agua, optaba por hablar del beisbol y de las proezas del bateador mexicano Beto Ávila en Cleveland, Baltimore, Boston y Milwaukee; se jactaba de ser un buen catador de café; recordaba estampas de aquellos días del desafuero cuando panistas y priistas quisieron enviarlo a prisión; y contaba anécdotas de su Tabasco.

Sólo unos cuantos sabían por qué Andrés Manuel actuaba de esa manera. En su razonamiento, López Obrador pensaba que los reporteros que cubrían sus giras sólo debían dar cuenta de los discursos que ofrecía en los mítines. No le interesaban las entrevistas banqueteras pues creía que el mitin de ese día, con la plaza a reventar, quedaría como mera anécdota. Deseaba que sus propuestas llegaran a la gente a través de los medios sin tener que pagar por ello.

En esa lógica, también determinó no dar entrevistas exclusivas a a nadie. Ni medios locales, ni nacionales, ni internacionales.

En Tijuana, por ejemplo, Jesús Blancornelas, el hombre que retó al narcotráfico y sobrevivió para contarlo, le pidió una entrevista. Andrés Manuel dijo a sus colaboradores: «¿Blancornelas? ¿Quién es Blancornelas para darle una exclusiva? No, se van a enojar los otros medios si se la doy, yo no voy a estar con los periodistas de elite». Y no se la concedió.

Pero en los días en que a López Obrador se le ocurría conceder entrevistas lo hizo directamente con los conductores del rating en

radio y televisión, con esos periodistas de elite que despreciaba en los estados del país. Nunca se las dio a los reporteros que lo cubrían. Ellos, como los mítines, parecían simples juegos pirotécnicos.

La primera entrevista de la gira, por ejemplo, Andrés Manuel decidió concedérsela a TV Azteca. Desde el municipio más pobre del país, Metlatónoc, Guerrero, López Obrador salió a cuadro a las siete de la mañana. Todos los reporteros se acercaron para entrevistarlo o, al menos, para grabar algunas de sus palabras después de la veda informativa que el IFE había impuesto a los candidatos. Pero Andrés Manuel los paró en seco, diciéndoles que no iba a hablar con ellos, que se esperaran al mitin. Edith Gómez, de W Radio, fue la única que lo enfrentó: «Qué poca madre». Y Andrés Manuel se quedó trabado.

En el mismo reportaje de Gloria Leticia Díaz del 19 de marzo se lee:

Los contactos con los reporteros que cubren la campaña han sido escasos, ya que López Obrador se ha propuesto dar la nota en los mítines. Incluso, en muchas ocasiones recurre al llamado bateo o evasión de las preguntas.

Así ocurrió cuando fue cuestionado sobre los encuentros de Federico Arreola con el empresario textilero Kamel Nacif, acusado de pederastia. «Yo no quería batear, pero ustedes me orillan a esto», dijo al respecto López Obrador en Guadalajara, el 23 de febrero. Un día después, en la misma ciudad y en conferencia de prensa, tuvo que apoyar incondicionalmente a su colaborador.

También en Guadalajara, y después en Michoacán, el tabasqueño evadió informar sobre su encuentro con el cardenal Juan Sandoval Íñiguez.

Esa reunión, llevada a cabo el 23 de febrero, se mantuvo en secreto

hasta que esta reportera, lo mismo que los enviados de *El Universal* y *Reforma*, advirtieron movimientos inusuales del equipo de seguridad de López Obrador, acostumbrado a permanecer en su hotel afinando su discurso antes de cada mitin programado.

Fue entonces cuando César Yáñez —quien primero negó que hubiera un cambio de rutina—, llamó al resto de los reporteros para que se trasladaran a la residencia del cardenal en Tlaquepaque y evitó así que los reporteros y fotógrafos que montaron guardia en el hotel se llevaran la exclusiva.

Una hora después de que saliera López Obrador, en su insistencia por obtener una declaración, la reportera de *El Economista*, Elena Michell, le impedía el paso a la camioneta conducida por Nico. López Obrador le dijo: «Mejor te doy un besito», al tiempo que le acercó los labios a la mejilla.

Al día siguiente, en Morelia, Michoacán, la misma reportera se acercó para obtener información cuando el perredista estaba fuera de la Casa de Gobierno, donde lo recibió Lázaro Cárdenas Batel. Para acallar sus preguntas, el candidato le dijo a Michell: «Qué, ¿quieres otro?»

Para Andrés Manuel era entendible actuar así: «ellos preguntan lo que quieren y yo respondo lo que quiero, no me pueden obligar». Y está en su derecho. El problema radicaba en que sus acciones con los medios no obedecían a una estrategia sino a un hartazgo. Por eso, cuando en infinidad de ocasiones Andrés Manuel se ha dicho ser víctima de los medios, su discurso deja de lado todos los errores que tuvo en campaña: la ausencia de una estrategia real para medios electrónicos; su desdén hacia la prensa; su flojera para dar entrevistas.

Víctima de los medios, por lo menos, no fue en esta campaña sólo por culpa de algunos medios. El cerco informativo lo comenzó

a cimentar él mismo. Hubo incluso reporteros que no reclamaron el desdén de Andrés Manuel: imantados por el personaje, sabían que en sus medios los directivos sólo deseaban golpear al perredista. Y no iban a contribuir con la guerra sucia contra López Obrador. Como si la incongruencia no fuera una de las características de su relación con los medios, López Obrador se daba el lujo incluso de hacer re-criminaciones de congruencia. Como ocurrió con un reportero que militó en la izquierda años atrás. Andrés Manuel le reclamó la línea editorial que seguía su diario.

—No es cosa mía, Andrés, es la línea del periódico —le dijo ese reportero que llegó a dirigir a las juventudes comunistas hace tiempo.

—Ya sé, ¿pero y tu ética? ¿Dónde está?

El extravío, en todo caso, había sido mutuo. Porque si algo dejó en claro Andrés Manuel en su campaña fue el desprecio por la prensa, ese acompañante incómodo que, sin embargo, nunca dejó de cubrirlo.

A *Proceso* tampoco se la perdonó. Un reportero del prestigiado semanario dice que Andrés Manuel nunca entendió que una cosa era que don Julio Scherer lo asesorara de vez en cuando, que Julio y Hugo Scherer le diseñaran parte de la publicidad, o que la revista fuera su aliado desde hacía años, y otra que *Proceso* se dedicara a informar.

El 17 de febrero en Torreón, por ejemplo, en una entrevista a grupo Multimedios que fue transmitida simultáneamente por radio y televisión, Andrés Manuel sacó su enojo contra una nota de *Proceso* que fue titulada como «Una legión de desprestigiados» y que tenía que ver con los priistas que en busca de candidaturas eran aceptados sin trámite alguno por el PRD, como Arturo Núñez, José Guadarrama, Raúl Sifuentes o Víctor Anchando, por ejemplo.

«El PRD es el partido que menos vinculación con organizaciones

criminales tiene», creyó necesario aclarar, y añadió desencajado: «Lo del priismo es una enfermedad que se quita con el tiempo».

Pero quizá la anécdota que pinta más su enojo hacia *Proceso* es la que escribió la reportera de ese semanario, Gloria Leticia Díaz, el 19 de marzo de 2006:

El 23 de febrero, en el mitin de Guadalajara, el intento del fotógrafo de *Proceso* Benjamín Flores de obtener tomas desde atrás del candidato molestó al general Martínez Zapata. El militar con licencia jaloneó y retuvo por varios minutos al fotorreportero hasta que se identificó plenamente. La explicación que dio al día siguiente el militar fue: «Es que [Benjamín] se movía mucho».

De hecho, una fotografía de Flores, publicada en el número 1528 de este semanario, molestó a López Obrador durante varios días: tomada desde la parte baja del templete, capta al candidato de espaldas y en segundo plano; en el primero, destacan los pies de personas que lo acompañan. Por eso, el 13 de febrero, un día después de su publicación, López Obrador señaló en un encuentro con legisladores federales de su coalición que sus giras marchaban bien, «aunque nos saquen los pies y no a la gente». Desde entonces, ordenó a los fotógrafos que subían al templete: «No me tomen los pies».

Y el 19 de febrero en el aeropuerto de Ciudad Victoria, Tamaulipas, ya de regreso a la capital, López Obrador le reclamó de manera indirecta esa misma fotografía a Benjamín, pero rehuyó cuando el propio reportero gráfico le preguntó: «Qué, ¿no le gustó mi foto?»

Pero los señalamientos siguieron. Durante la gira por el Estado de México para promover candidatos perredistas a alcaldes y diputados, en el mitin de Jilotepec, dijo que enviados del «Bucareli News» vigilaban su paso por el estado. «Son esos los que me toman los pies», indicó.

De acuerdo con los fotógrafos, a partir de esa toma incómoda los guardias de seguridad de López Obrador restringieron todavía más el acceso a la parte trasera del templete. «Así pasó con Carlos Salinas siendo presidente, cuando no le gustó una foto que salió en una portada de *Proceso*, en la que se veían su espalda y su calva. No se permitía que los fotógrafos nos colocáramos detrás de él», recuerdan.

Como político, y específicamente como aspirante a la Presidencia, a López Obrador sólo le gusta retratarse con simpatizantes. Cuando el fotógrafo de este semanario sacó su cámara para tomarlo antes de recoger su equipaje en el aeropuerto, el candidato utilizó su «dedito» para prohibirlo y complementó: «Aquí no se pueden sacar fotos».

Mientras Andrés Manuel se peleaba con medios escritos, Calderón y Madrazo ofrecían entrevistas a granel. Quizá decían tonterías o nada para recordar, pero aparecían en los diarios.

Fue más de uno quien le sugirió a Andrés Manuel que debía conceder algunas entrevistas a medios escritos. Nunca faltó quien le comentara que determinado periódico estaba ansioso por entrevistarle y que incluso sería a modo de charla para no perjudicarlo. Andrés Manuel, sin embargo, siempre respondió: «La prensa me da güeva».

Un columnista de *The New York Times* se fastidió de esperar y terminó platicando con los lopezobradoristas para escribir su columna. El reportero del *Washington Post* lo esperó en La Paz, Baja California Sur, para una entrevista nocturna y Andrés Manuel se la concedió hasta el día siguiente a las cinco de la mañana. Si esa suerte corrían los periódicos más influyentes del mundo, ¿qué esperaban los demás?

Con la televisora Aljazeera ocurrió lo mismo. El canal más pres-

tigiado en Medio Oriente recibió un contundente «no» a su solicitud de entrevista después de viajar miles de kilómetros únicamente para entrevistarlo a él, pues para la empresa árabe López Obrador sería el próximo presidente.

Le pasó a *LA Times*, al diario londinense *The Guardian*, al español *El País* y hasta a medios coreanos y japoneses que terminaron por conformarse con un espacio en la sala de prensa que la coalición montó para el 2 de julio.

«Andrés fue el antimarketing», nos dice un lopezobradorista. «Todos vienen a buscarte, te dan como ganador ¿y les sales con que no quieres recibirlos? Eso, sin lugar a dudas, fue un gran error.»

Curioso: después del 2 de julio, Andrés Manuel se dedicó a hacer lo que no hizo en campaña: entrevista tras entrevista. Claro: con los medios que él quiso. Ni estar contra la pared provocó en él una actitud más sensata. En los días postelectorales, dijo que había un cerco informativo en su contra. Con algunos medios tenía razón. Pero con otros simplemente fue paranoia: él fue el hermético.

Un caso retrata a ese Andrés Manuel hurafío. Un ex reportero de *La Jornada* que cubrió el éxodo de 1991 («Tus crónicas fueron la mitad del éxodo, gracias», le dijo López Obrador aquellos días y desde entonces lo consideró un buen amigo), buscó una entrevista con Andrés Manuel prácticamente desde la campaña. Nada. Pasado el 2 de julio, insistió el reportero, quien hoy es subdirector de una revista independiente. Y nada. A finales de agosto, mientras el cielo se desfondaba, el reportero, caminando, interceptó el auto donde viajaba López Obrador. Sin detener el vehículo, el candidato apenas bajó el vidrio y ni siquiera escuchó al que decía era su amigo. Sólo le dijo: «Ái velo con César». Y César, mojóndose a unos metros, sólo se encogió en hombros, pagando una vergüenza ajena.

«El flojo trabaja doble», nos dice un colaborador de López

Obrador. «Si Andrés hubiese hecho su trabajo con los medios quién sabe si estuviéramos en esta situación de derrota.» Se dice que sobre el escritorio de César quedaron más de 150 solicitudes de entrevistas sin respuesta. Todo porque en las sobremesas, Andrés Manuel prefirió seguir arisco, hablar del beisbol, del buen café de altura y traducir que camaján, en tabasqueño, quiere decir «verdadero hijo de puta».

II

La guerra sucia de Calderón

Un día la historia ajustará cuentas con Felipe Calderón. Un día no sólo será el hombre que defendió con rabia su medio punto porcentual, sino también el hombre que con toda la propaganda negra que avaló rompió este país en dos. Habrá historiadores que hablen de aquellos publicistas que le ayudaron a sembrar el miedo y cosechar rencor, como el español Antonio Solá y el estadounidense Dick Morris.

Habrán otros cuantos que incluyan a colaboradores calderonistas que nunca dudaron en respaldar los ataques a López Obrador y así polarizar a México: José Camilo Mouriño, Maximino Cortázar, Josefina Vázquez Mota, Juan Ignacio Zavala y Jorge Iñesta.

No faltará quien haga un especial énfasis en otros personajes que llevaron su fobia pejista al extremo: José Luis Barraza, presidente del Consejo Coordinador Empresarial; los editores del pasquín La neta y algunos sacerdotes, por ejemplo. La historia ajustará cuentas. El crimen siempre paga.

El primero de los 13 spots del miedo que lanzaron al aire los panistas fue aquel donde se formaba una pared con tabiques específicos: el

segundo piso del periférico, las pensiones a los adultos mayores y la deuda del Distrito Federal. Después, la barda se derrumbaba mientras una voz en off advertía que vendría una crisis económica, una devaluación, desempleo, embargos. Y desde entonces quedó claro el mensaje que Calderón buscaba propagar: «López Obrador, un peligro para México». Una vez que fue exhibido el promocional, Monreal, Jesús Ortega y Camacho Solís le propusieron tímidamente a Andrés Manuel que se le contestara al PAN. Pero López Obrador les dijo que no lo haría: «Yo no voy a hacerles el juego con otra guerra sucia. La gente no es tonta, se le va a revertir al PAN». A sus colaboradores no les pareció una buena estrategia, pero tampoco le insistieron: ya para entonces, contravenirlo era contraproducente.

Andrés Manuel terminó por proponerle a la publicista Tere Struck un spot sin violencia. Después de una lluvia de ideas en la sala de juntas, se concluyó que la escritora Elena Poniatowska fuera el personaje del promocional para que, con su autoridad moral ganada, les dijera a los panistas que mentían, que no había tal deuda en el Distrito Federal, aunque en los hechos sí la había, pero no tan exagerada como los calderonistas señalaban en cada espacio informativo donde eran invitados.

El spot de Poniatowska sólo le dio más armas a los publicistas de Calderón. Y atacaron sin misericordia:

En un nuevo promocional, los calderonistas se mofaron de Poniatowska con un letrero usado normalmente en las películas del cine mudo y la vincularon a René Bejarano. «Ahora resulta que los segundos pisos y las pensiones de López Obrador se hicieron con buen Gobierno, ahorro y honradez. ¿A quién quiere engañar? López Obrador es un peligro para México», decía una voz fuera de cuadro.

Para entonces las encuestas empezaron a sufrir una variable en

contra de Andrés Manuel. Arreola, Monreal y Camacho Solís fueron algunos que le advirtieron a López Obrador que se debía hacer algo al respecto. Andrés Manuel, sin embargo, no los tomó en serio:

—Nos quieren chingar con las encuestas, están truqueadas, es una estrategia de ellos para confundir a la gente. Ya sabíamos que eso iba a ocurrir —decía Andrés Manuel.

—Pero las encuestas de nosotros también sugieren que tomemos provisiones, Andrés.

—No, no, no, vamos bien. Y ya no me digan nada.

Y nadie, otra vez, lo contradijo. Días después, a finales de marzo, Andrés Manuel caería en la trampa de Fox. El 18 de marzo, durante el aniversario de la expropiación petrolera, el presidente aprovecharía el momento para mandarle un mensaje a Andrés Manuel: lo llamó populista por prometer bajar los costos del gas y la gasolina si llegaba al poder. Eso enfadó a López Obrador y al día siguiente le respondió a Fox con dos frases que siempre serán recordadas: «Cállese, ciudadano presidente» y «Cállate, chachalaca». Los publicistas calderonistas no desaprovecharon la ocasión. Era oro molido. Perdieron todo pudor: en una pantalla oscura aparecía la palabra «Intolerancia» y una voz en off decía: «Esto es intolerancia [mientras salía la imagen del presidente venezolano, Hugo Chávez, quien comentaba: "presidente Fox, no se meta conmigo, caballero, porque sale espinado"]». Entonces, en el siguiente cuadro se presentaba a López Obrador diciendo: «Cállese, ciudadano presidente». Luego, con otra imagen de Andrés Manuel se escuchaba un eco: «Cállate, chachalaca». Se congelaba el rostro de López Obrador y sobre él se colocaban letras rojas con las palabras «No a la intolerancia». Abajo, muy debajo de la pantalla, una leyenda decía: «Partido Acción Nacional».

Por esos mismos días llegaron los cortes de las encuestadoras internas. López Obrador había perdido tres puntos porcentuales de un

solo tiro. En los análisis de Covarrubias y Parametría se le advertía a Andrés Manuel que a la gente no le había gustado la falta de respeto a la figura presidencial.

Se le sugirió a López Obrador que evitara los vituperios, pues él mismo había dicho que no quería una campaña de descalificaciones. En esta ocasión, sin embargo, no aceptó que era un error. Pensaba que, tarde o temprano, ese tipo de frases tomaría otro sentido entre la población y saldría ganando más simpatías. «Vamos bien, vamos bien», decía cada vez que alguien le planteaba un problema. Cuentan que alguien le dijo entonces en una junta en casa de campaña:

—¿Andrés: te sabes el chiste del loquito en el periférico? Pues un día Gutiérrez Vivó anuncia que hay un loco en el periférico, que va en sentido contrario. Entonces un automovilista lo escucha y dice: ¿Un loco? Son un chingo... Creo que eso te está pasando.

—Pues la línea es que vamos bien —atajó molesto Andrés Manuel—. Si piensas lo contrario, puedes irte.

—Mmm... Entonces somos un chingo de locos —y ese colaborador renunció por unas horas.

López Obrador creó la moda de la «chachalaca». Donde se paraba, lo repetía hasta el hartazgo. Muchos periodistas de radio, televisión y prensa escrita lo sobredimensionaron. Y una frase que en el lenguaje de Andrés Manuel no significaba más que una persona que se la pasa hable y hable para denostar al adversario, pronto se convirtió en una ofensa equiparable a una mentada de madre.

Fue hasta una semana después, en la siguiente reunión con sus colaboradores, cuando Andrés Manuel entendió que haber llamado a Fox o llamarle chachalaca había sido un error que sus adversarios habían utilizado para golpearlo: «La verdad es que creo que me excedí». Y lo decía fundamentalmente porque en sus encuestas Calderón lo había empatado. Algo tenían que hacer. Calderón ya estaba al tú por tú.

Pero nadie encontraba una solución, menos cuando Andrés Manuel se aferraba a no contestar a la propaganda negra.

Antonio José Solá Reche tiene en España el número fiscal 39343758G. La empresa donde es socio director, Asesores de Comunicación Ostos-Sola & Asociados, SL, se localiza en Conde de Peñalver 52, en Madrid, y reconoce un total activo de 121,672.04 euros.

Solá y su socia Gloria Ostos cobraron fama en España por haber asesorado la propaganda en contra de José Luis Rodríguez Zapatero, actual presidente español. Esa campaña negra fue impulsada por grupos como la Confederación Católica de Asociaciones de Padres de Familia, la cual, según su evangelio, está en contra de los matrimonios homosexuales, el aborto y los anticonceptivos.

A Solá no le costó trabajo atacar a Rodríguez Zapatero: desde joven, el publicista milita en el Partido Popular y se le ha vinculado a la Fundación de Análisis y Estudios Sociales, la cual es presidida por José María Aznar, el adversario político de Zapatero y quien a principios de 2006 viajó a México para apoyar abiertamente a Calderón.

Solá encontró trabajo pronto en México cuando el publicista Francisco Ortiz fue despedido de la campaña calderonista. Ortiz quiso quitarle a Felipe esa careta de autoritario, quiso rodearlo del pueblo y hasta intentó hacerlo sonreír. Pero ir contra su propia naturaleza sólo le trajo una pérdida de puntos en las encuestas. Calderón necesitaba a un verdadero mago del engaño. Y Aznar se le dio.

Al principio los calderonistas negaron la incorporación de Solá. Y era entendible su postura: las leyes mexicanas sancionan a los partidos políticos que recurran a extranjeros durante etapas electorales. Pero nunca se puede sostener una mentira por mucho tiempo. El 23

de mayo de 2006, James McKinley Jr., reportero de *The New York Times*, logró que Juan Camilo Mouriño, uno de los principales colaboradores de Calderón, reconociera que Solá «era el arquitecto de la campaña» en contra de López Obrador.

Un día después, la reportera Claudia Herrera escribió en *La Jornada*:

Por más que los panistas trataron de desvincular al español Antonio Solá de la campaña de Calderón, ayer reconocieron que el dueño de Docsa, la empresa consultora en la que supuestamente labora este consultor, es Jorge Manzanera, también coordinador de las redes del candidato presidencial.

César Nava, secretario general adjunto del PAN, informó lo anterior, pero en repetidas ocasiones afirmó que Solá simplemente es un «prestador de servicios que trabaja para una compañía privada».

Sin embargo, desde la precampaña interna panista Solá ha tenido una participación activa en el equipo de Calderón en manejo de imagen, y es sabido que asiste con regularidad al llamado cuarto de guerra, donde cada mañana se definen las estrategias de la campaña.

Precisamente a Solá y a Jorge Iñesta, otro integrante del cuartel calderonista, se les atribuye el diseño de los spots en contra de López Obrador.

A pesar de ello, Nava aseguró que Solá no trabaja para el PAN ni para Calderón y «mucho menos participa en la toma de decisiones de la campaña».

No obstante, reconoció que el consultor labora en Desarrollo y Operación de Campañas [Docsa] y que el dueño es Jorge Manzanera, el «coordinador de las redes» de Calderón.

La Coalición por el Bien de Todos acudió a la Secretaría de Gobernación para exigir que se le informara sobre la calidad migratoria de Solá. Nunca hubo respuesta. Y la solicitud para que le fuera aplicado al español el artículo 33 constitucional quedó guardada en un escritorio de Bucareli.

Escribió la reportera Andrea Becerril en *La Jornada* del 18 de mayo de 2006:

Los grupos parlamentarios del PRD en la Comisión Permanente exigieron a las autoridades de la Secretaría de Gobernación que informen sobre la situación migratoria del publicista español Antonio Solá, ligado al ex presidente José María Aznar, quien es el encargado de la campaña «del miedo y el terror» contra López Obrador.

El diputado Inti Muñoz preguntó quién paga los honorarios de Solá. ¿Se ha informado al Instituto Federal Electoral de los honorarios que recibe o está siendo financiado por el Partido Popular de España?, cuestionó el legislador perredista.

La bancada del PAN, por medio del diputado Juan Molinar Horcasitas, minimizó la denuncia. Dijo que Solá trabaja para una empresa mexicana y que la respuesta sobre el carácter migratorio del español la dará el Gobierno federal.

Muñoz contrató. En tribuna nuevamente advirtió que Solá aparece en los actos de campaña de Calderón y participa directamente en la campaña mediática, fundada en trampas y mentiras, en calumnias contra los opositores.

El diputado de Convergencia, Jesús González Schmal, recalcó que se trata de un «publicista español electoral, electorero, vinculado al ex jefe de Gobierno José María Aznar, quien perdió las elecciones por mentirle a su pueblo» y por aprobar la agresión bélica contra Irak.

Aznar, agregó, tiene fuertes intereses económicos en el país, ya

que se «apoderó de los aeropuertos mexicanos del Pacífico», donde empresas españolas tienen concesiones por cincuenta años, prorrogables a cien años.

El 2 de junio, el reportero Jenaro Villamil envió la siguiente nota a la agencia de noticias de *Proceso*:

El representante de la coalición Por el Bien de Todos ante el IFE, Horacio Duarte, solicitó ante la Secretaría de Gobernación una investigación en torno a la actuación del español Antonio José Solá Roche.

A través de un oficio enviado al secretario ejecutivo del IFE, Manuel Bernal, Duarte subraya que el segundo párrafo del artículo 33 de la Constitución «dispone que los extranjeros no pueden inmiscuirse de ninguna manera en asuntos políticos del país».

Apunta que los medios de comunicación han hecho público que Solá Roche participa en distintas formas en la campaña de Calderón Hinojosa, «fundamentalmente en el diseño y estrategia de difusión de propaganda negra que divulga el referido partido político en contra del candidato de la coalición».

También detalla que el artículo 25 párrafo 1 del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales establece la obligación de los partidos políticos de incluir, en su declaración de principios, la obligación de «no aceptar pactos o acuerdos que los sujete o subordine a cualquier organización internacional o la haga depender de entidades o partidos políticos extranjeros».

Esos mismos argumentos fueron los que Duarte presentó en la impugnación de la elección presidencial entregada al Tribunal Electoral. A estas horas, sin embargo, Solá ha de estar en Madrid

pensando cuándo volverá a México. Nada se lo prohíbe. No fue reprendido por el Estado foxista.

James C. McKinley Jr., reportero de *The New York Times*, entrevistó a Juan Camilo Mouriño y éste le dijo: «Felipe ha tenido conversaciones informales con Dick Morris». Pero según el calderonista se decidió no contratar al ex publicista de Bill Clinton.

El 29 de abril, el reportero José Gil Olmos escribió en la revista *Proceso*:

De acuerdo con distintas fuentes partidistas y algunos estrategas mexicanos, Calderón contrató de nueva cuenta a Dick Morris y Rob Allyn para manejar no sólo su imagen, sino el desarrollo de su campaña.

Como en 2000, el trabajo de Dick Morris y Rob Allyn, los dos consultores estadounidenses que llevaron al triunfo a Vicente Fox, es mantenido en secreto por el equipo de Calderón. Pero ambos están en contacto directo con Josefina Vázquez Mota, con el español Antonio Solá y con el empresario neoleonés Alfonso González Migoya, cercano a la coordinadora de campaña de Calderón y encargado del enlace del candidato con empresarios.

Aunque trabajan en sigilo, se sabe que los estadounidenses diseñan la imagen y la estrategia de medios de Calderón. Por las manos de Morris y Allyn pasa cualquier decisión que se tome en la campaña, ya sea el debate, los spots en contra de López Obrador, el discurso, la forma de hablar del candidato y hasta su vestimenta. En el año 2000 fue igual: estos consultores diseñaron el golpeteo de Vicente Fox contra Francisco Labastida.

Con el tiempo se ha sabido más sobre la participación de Morris en la campaña calderonista.

Algunos colaboradores de Calderón empiezan a contar en las sobremesas que al dúo Morris-Solá es al que Felipe le debe la victoria: «ellos construyeron la campaña negativa». Morris, ahora conductor en la televisora Fox y quien cobra unos diez mil dólares al día por asesorar a candidatos presidenciales, no sólo ayudó a Calderón en el diseño de la propaganda. También lo perfiló en medios estadounidenses.

El 3 de abril escribió un artículo para el diario *New York Post*. Lo llamó «Menace in Mexico» («Amenaza en México»). Escribió:

El 2 de julio, el pueblo mexicano decidirá si elige o no como su próximo presidente al ultraizquierdista Andrés Manuel López Obrador. Por meses, los rumores dicen que la campaña de López Obrador ha sido financiada por el presidente venezolano Hugo Chávez. El mes pasado, Jim Kolbe, un republicano moderado de Arizona, dijo a algunos legisladores mexicanos que tenía reportes de inteligencia donde se detallaba el apoyo de Chávez al PRD.

Chávez es un firme aliado de Fidel Castro. Ante la emergente izquierda latinoamericana, López Obrador podría ser la pieza que falta en los planes de Chávez y Castro para doblegar a Estados Unidos.

¿Creen que (los estadounidenses) tenemos problemas de seguridad con Fox? Sólo esperen a que tengamos en nuestra frontera a un amigote de Chávez y Castro.

La campaña contra López Obrador era evidente. El 28 y 29 de octubre de 2005, Morris estuvo en México y asistió al hotel Fiesta Americana para el Seminario Internacional de Dirección Política llamado «Ganar: el único objetivo». Ahí, el estadounidense llegó a

decir: «El PRD sería un desastre para México. López Obrador sería un peligro, México perdería todo lo logrado».

Era la esencia que meses más tarde Calderón utilizaría en contra de López Obrador. El 10 de julio pasado, Morris escribió un artículo para una página en Internet donde se celebra a sí mismo: «Mexico's Election: The Defeat of The Latin Left» («La derrota de la izquierda latina»).

Una vez que el centrista Felipe Calderón se ha convertido en presidente y ha derrotado a López Obrador, el electorado mexicano ha impedido que la alianza entre Hugo Chávez y Fidel Castro tenga éxito en su intento por dominar el futuro político de Latinoamérica con líderes y políticas de izquierda.

Los resultados en México ha dado un importante revés a las fuerzas de Chávez. La victoria de Calderón es un sobrio indicador de la inteligencia del electorado en ese país. López Obrador prometió incrementar veinte por ciento al salario, habló de defender el petróleo y de reducir los gastos en gas y electricidad, pero mucho sirvieron las alertas que Calderón ofreció al electorado mexicano sobre López Obrador: el país se hubiese colapsado con esas medidas populistas.

La lección de estas elecciones es que el electorado entendió que el presidente Fox (con sesenta por ciento de aprobación) ha manejado bien el país con políticas sociales y económicas adecuadas y no quisieron arriesgarse a las populistas propuestas de López Obrador. Si existieran más este tipo de políticas, ya no habría más Chávez ni Castros en el mundo.

Morris, sólo como apunte, dejó de ser el consultor de Bill Clinton cuando salió a la luz pública su debilidad por las prostitutas, a quienes contrataba para lamer y chupar los dedos de los pies.

El 15 de mayo pasado, Edgar González Ruiz, maestro de filosofía autor de libros sobre los grupos derechistas en México, escribió para la agencia Adital de noticias con sede en Brasil:

Conocido como un genio del engaño colectivo, que se ufana de poder hacer creer a alguien que su perro es un gato, el publicista texano Rob Allyn ha estado asesorando a la derecha mexicana por lo menos desde 1997 y ahora forma parte de las fuerzas que quieren llevar a la Presidencia a Calderón, mediante la publicidad, la manipulación de encuestas, una de las especialidades de Allyn, e incluso el fraude electoral.

En 1983, Rob Allyn fundó Allyn & Company, con sede en Dallas, y que fue adquirida en 2002 por Omnicron, la mayor empresa de mercadotecnia en el mundo. En 2005, Allyn & Co. se ufanaba de contar entre sus clientes a quinientas corporaciones, industrias, equipos deportivos y movimientos políticos, en Estados Unidos, México, Asia y el Caribe.

Según la empresa, había ayudado a ganar más de trescientas victorias electorales, y entre los «estadistas» que requerían de sus servicios se contaban George Bush y Vicente Fox.

En efecto, Allyn ayudó a Bush a ganar la gubernatura de Texas en 1994, así como las dos campañas presidenciales, de 2000 y de 2004, y se le considera uno de los principales asesores de Fox en su campaña de mercadotecnia con la que ganó las elecciones del 2000.

Allyn conoció a Fox en 1997, en una reunión del entonces gobernador de Guanajuato y precandidato a la Presidencia con empresarios texanos. Allyn lo consideró una especie de Ronald Reagan mexicano y en el otoño de 1997 decidieron hacer precampaña durante los fines de semana.

En febrero de 2001, la revista *Etcétera* publicó un reportaje acerca

de las actividades de Allyn con Fox, donde se citaba el siguiente testimonio del texano:

«Me registré en cuartos de hotel bajo tantos nombres que no podía recordar cómo pagar la cuenta; preparé debates en villas amuralladas llenas de catres para guardias con subametralladoras, tomando notitas en cuartos llenos de humo de cigarro y español rápido. Tuve el privilegio de intercambiar palabras con el brillante y sin igual equipo de mexicanos que llevaron la campaña de Fox: historiadores izquierdistas, especialistas en economía, guerreros callejeros, ejecutivos corporativos preparados en Procter & Gamble y Aeroméxico».

Las declaraciones anteriores no son para tomarse a la ligera en el actual panorama de la competencia electoral en México. Prueban que, tramposamente, de incógnito, con visa de turista, según otras fuentes, Allyn estuvo trabajando e interviniendo directamente en los asuntos políticos del país.

Allyn usó el secreto con que había estado trabajando para Fox como premisa de otra estrategia tramposa que organizó para garantizar el triunfo de su cliente y fue la de organizar encuestas de salida, fuera de las urnas, para proclamar anticipadamente la victoria del candidato derechista, el 2 de julio de 2000.

Democracy Watch, la supuesta encuestadora, se negó a informar a las autoridades mexicanas de dónde provenían los fondos para ese proyecto que pretendía suplantar al IFE como vocero autorizado de los resultados. Desde luego, Allyn no dijo que estaba trabajando directamente con el entonces candidato Fox.

La táctica de estas encuestas tramposas es la que se ha estado usando prolijamente en la campaña de Calderón.

A estas horas, Allyn y Morris deben estar revisando cuánto crecieron sus cuentas bancarias y agregando a su currículum que con-

tribuyeron a aplastar a López Obrador y a inflar a un candidato que en septiembre de 2005 tenía sólo el dos por ciento de las simpatías electorales. Dos por ciento. Tan gris como sus trajes.

En mayo, López Obrador observó las encuestas internas y se le fue el color. Era cierto lo que decían las encuestas de *Reforma*, Arcop (una empresa que trabaja para el PAN) y las de GEA-ISA: Calderón lo había rebasado por dos y tres puntos. El panista se colocaba entre 37 y 36 puntos, por 34 del perredista. En las gráficas de Parametría y Covarrubias la línea azul había cruzado esa la línea amarilla que parecía inalcanzable. La pérdida para Andrés Manuel, comparando las anteriores, eran cuatro puntos y ascendiendo.

¿Había sido lo de chachalaca? ¿Fue lo de lo de ¡cállese, señor presidente? ¿Tenían qué ver las candidaturas externas con personajes siniestros? ¿Era por no contestarles de una vez por todas? ¿Eran las causas por no asistir al primer debate? ¿O era que a los panistas les había salido muy bien el trabajo comparándolo con Hugo Chávez y poniendo sobre la mesa la deuda del GDF? Era todo eso, pero sobre todo la guerra sucia de Calderón, a la que López Obrador seguía empeñado en no responder.

El ánimo general entre los lopezobradoristas era un nudo de nervios. Ahora sabían por qué los empresarios ya no querían aportar dinero para la campaña cada vez que Arreola los buscaba.

—¡Ya debemos de contestarles en la televisión, nos están fre-gando! —le dijo uno de sus colaboradores.

—¡Pues ya no me estén diciendo, háganlo! —les respondió un López Obrador muy desencajado. Fue el peor rostro que mostró durante la campaña.

La publicista Tere Struck no entendió el mensaje de Andrés

Manuel, pero al vocero perredista Gerardo Fernández Noroña, Martí Batres y Jesús Ortega les quedó perfectamente claro. A trabajar. La ofensiva estaba en marcha.

Por separado, Fernández, Batres y Ortega se apoyarían en la creatividad e imágenes grabadas por el cineasta Luis Mandoki y de la producción del periodista Ricardo Rocha. Un par de días después se vio que los nuevos spots no tenían la calidad esperada, pero cumplían con el objetivo: contestarle a Calderón con lo de su apoyo al Fobaproa y al IVA en alimentos y medicinas, aunque de música de fondo la propaganda incluyera esa cancioncita del PRD que tanto enfada a Andrés Manuel.

Con los spots aprobados, López Obrador le hizo cambios a la estrategia. Ordenó varios puntos:

1. Que Batres, Fernández Noroña y Ortega produjeran más spots donde se cuestionara el pasado político de Calderón, pero que fuera el CEN perredista el que se hiciera responsable de su difusión. No fuera a ser que el IFE aprovechara ese resquicio para eliminarlos antes de la contienda.

2. Los spots también irían dirigidos a los mandos medios del partido y a las redes para que levantaran el ánimo y se pusieran a trabajar en lo fundamental: la representatividad de las más de 130 mil casillas. Los promotores del voto y brigadistas parecían a esas alturas unos zombis ante la falta de ofensiva de López Obrador.

3. No se iba a mostrar debilidad. Estaba prohibido que a alguien se le saliera que, en efecto, estaban debajo en las encuestas. Mientras que otras no se dieran a conocer y avalaran las hechas por sus adversarios, se diría que en una encuesta interna la ventaja de Andrés Manuel era de diez puntos y en ascenso.

No le iban a dar la razón a *Reforma*, a Arcop, a GEA-ISA y ni a la de María de la Heras que estaba por publicar en *Milenio* y que,

según se habían enterado, vendría a maltratar más la popularidad del perredista.

4. A partir de ese instante, serían cuatro los voceros que se encargarían de contestar cada una de las intervenciones de los panistas. Habría un equipo de monitoreo para ayudar a entrar al aire, en radio y en televisión, y replicar los comentarios. Esas cuatro personas encargadas de defender como sabuesos a López Obrador eran Batres, Duarte, Claudia Sheinbaum y Jesús Ortega. Y en la medida de lo posible, también participarían Monreal, Camacho Solís y Porfirio Muñoz Ledo.

5. Habría mensajes a la nación. Días atrás, alguien le había sugerido a Andrés Manuel lo siguiente: «¿Por qué no le hacemos caso a Madrazo? Dice que sólo los jefes de Estado mandan mensajes a la nación. Que Andrés envíe uno». No importaba el mensaje que se diera, sino la expectativa que se generaba entre la población. Era un arma propagandística.

Entonces Mandoki y los equipos de Rocha y de Tere Struck se pusieron a trabajar. Lo único que hacía falta era el dinero: un millón de pesos por cada spot, en cuatro canales, darían cuatro millones de pesos por un minuto. Hicieron cuentas. Les alcanzaba. Los lanzaron al aire. Los reportes que Ibope les proporcionaría luego dicen que cada uno de los tres spots tuvo en promedio 7 puntos de rating. En las encuestas internas, eso les daría dos puntos y medio. Nada mal.

Mientras se hacían los cambios a la estrategia, esperarían a que el PAN regresara a la curva de la campana, como dicen los estadísticos a la tendencia máxima del voto, y le apostarían a no bajar más una vez que Fox dejara de promover sus logros del sexenio. Cuando terminó la reunión, López Obrador les dijo: «No se doblen, el que se aflige se afloja».

Antes de que surtiera efecto el contraataque, la distancia máxima

que Calderón alcanzó en las encuestas perredistas fue de siete puntos. Pero ya era finales de mayo y pocos creyeron que hubiera tiempo suficiente para remontar esos siete puntos. A López Obrador se le había hecho tarde.

El primer spot para amortiguar la propaganda negra panista era un claro mensaje que, a partir de ese momento, se acababa la misericordia: los lopezobradoristas mostraron a un Calderón que hablaba de aplicar el IVA a alimentos y medicinas, además de beneficiar a los ricos «quitándole» dinero a los pobres.

La contestación no se hizo esperar. Los publicistas de Calderón produjeron un spot que empezaba con una voz en off diciendo: «López Obrador miente nuevamente sobre el IVA». Y lo acusaban de haber manipulado el video donde Calderón ponía el tema en una mesa de debate.

«De manera fraudulenta, manipuló un video para engañarte. Lo que realmente propuso Felipe Calderón fue esto: devolver dinero en efectivo a los más pobres. López Obrador te quiere ver la cara», decía la voz fuera de cuadro, spot supuestamente pagado por los candidatos panistas al Senado.

El siguiente promocional salido del cuartel lopezobradorista se basó en la idea de las «manos limpias» de Calderón. Le dieron el giro y resaltaron su aprobación al Fobaproa, su silencio ante el escándalo de los hijos de Marta Sahagún, su paso por Banobras donde se otorgó un crédito inmobiliario, su aceptación a la Ley de Medios y su interés porque fueran aprobadas las reformas energéticas y eléctricas. «¿Cuáles manos limpias?», recalcaba la propaganda perredista.

Los calderonistas lanzaron otro misil: un spot que fue llamado «La estrategia del avestruz». Una voz en off, en tono burlón, decía

mientras se exhibía a René Bejarano recibiendo dinero de Carlos Ahumada: «Ésta es la estrategia del avestruz. Sorprenden a tu secre embolsándose un lanón y tú...»

Entonces aparecía la caricatura de un avestruz en la que se veía cómo esconde su cabeza debajo de la tierra mientras cobra forma la palabra «complot». Al mismo tiempo se escuchaba pronunciar dicha palabra como si fueran graznidos.

En el spot, lo acusaron de no haber asistido al debate, de desacreditar las encuestas y de cuestionar la marcha en contra de la inseguridad, realizada en la Ciudad de México en julio de 2004 y que López Obrador siempre ha minimizado.

Las encuestas de los lopezobradoristas no remontaban, pero Calderón tampoco crecía. «Hasta ahí llegó la burbuja», decían. «Se va a empezar a caer el pinche enano». Pero Andrés Manuel y sus colaboradores entendieron que para aspirar a ganar la Presidencia no podía descuidarse nada, como ellos lo hicieron con su política de spots. Sin embargo, necesitaban todavía más: una bomba informativa. Y llegó.

Un día de mediados de mayo un grupo de hombres acudió a la casa de campaña de López Obrador. Querían verlo, con urgencia. Pero el candidato no estaba, andaba recorriendo el país. César Yáñez los subestimó como a muchos otros. Y, para deshacerse de ellos, los envió con Octavio Romero, el encargado de las finanzas, y con Alberto Pérez Mendoza, el responsable de cubrir en su totalidad la representatividad de las casillas. Los envió con los más fieles amigos de Andrés Manuel.

Les dijeron que eran trabajadores de la empresa Hildebrando, cuyo director era Diego Zavala, cuñado de Calderón. Se desahogaron

con Octavio y con Alberto: les comentaron que eran empleados de honorarios y que tenían problemas para sus pagos. Más allá de las frustraciones laborales, lo que estaba hasta el fondo de la charla era el golpe esperado: la compañía resultó beneficiada con contratos millonarios por Calderón cuando éste había sido secretario de Energía. Por si fuera poco, gracias al tráfico de influencias, la empresa había conseguido transacciones con Pemex, con los gobiernos panistas y con el del perredista Lázaro Cárdenas Batel. Pero lo más grave era su convenio con el IFE que le permitía acceder a la base de datos de los electores.

En secreto, Octavio y Pérez Mendoza reunieron toda la información. Y hasta que la tuvieron completa se la proporcionaron a López Obrador, quien también la mantuvo reservada para evitar alguna filtración.

Pero era una información que ya asomaba parte de su cuerpo en *La Jornada*. El 13 de mayo, el diario ya había publicado algo al respecto. La mezquindad de los otros medios, sin embargo, la condenó al olvido parcial.

Los reporteros Enrique Méndez y Roberto Garduño escribieron que a través de la empresa Hildebrando SA de CV, Diego Zavala Gómez del Campo había construido el portal electrónico de la campaña presidencial de su cuñado, Calderón, y que esa página se alimentaba con información estratégica contenida en el padrón del IFE y en otros proyectos a cargo de la firma, como los cinco programas de ayuda a los pobres impulsados por la Sedesol.

Según la nota, que la misma *Jornada* no valoró como una noticia de ocho columnas, Hildebrando había creado una base de datos «para visualizar el trabajo desempeñado por las personas que integran la red ciudadana» de Calderón, así como una «segmentación» del territorio nacional en 96 registros.

Es decir, el sistema aplicado en la página electrónica del candidato panista multiplicó por tres las 32 entidades para obtener los 96 registros, y este mismo procedimiento se utilizó para segmentar los 300 distritos electorales con el fin de «contar, al menos, con 900 registros» de zona.

Entonces llegó el famoso 666: el 6 de junio de 2006. El día del segundo debate. Andrés Manuel no hizo *sparrings*, sólo pidió tarjetas informativas con temas y algunas sugerencias para responder. Fue entonces que les comunicó a sus colaboradores sobre la información de Hildebrando y que la soltaría hasta el final del debate, cuando Calderón ya no tuviera mucho tiempo para contestar.

Sólo se le pidió un favor a López Obrador: «No te enojas, si te enojas, Calderón va a ganar el debate». Al final, como estaba previsto, López Obrador soltó lo de Hildebrando y en el postdebate, comandado por Claudia Sheinbaum, machacó el asunto. A Calderón se le vino el mundo encima. Los medios ya tenían nota para regodearse: Hildebrando. Dos días después del debate, el 8 de junio, en diarios como *El Día*, *El Sol de México*, *Excélsior*, *Milenio* y *La Jornada* se publicaba que la titular de la Sedesol, en su comparecencia ante la Comisión Permanente, reconocía que la dependencia tenía un contrato con Hildebrando. Todo lo dicho por López Obrador cuadraba.

La periodista Carmen Aristegui también contribuyó a la lluvia informativa del asunto. En su noticiero radiofónico, Aristegui comentó que le había sido proporcionada una clave, hildebrando117, con la que había comprobado cierta vinculación entre la página de Calderón y el padrón electoral en poder del IFE.

A los calderonistas, en ese momento, sólo les restó que Diego Zavala desmintiera la información con ayuda de las televisoras. En TV Azteca, por ejemplo, el conductor Javier Alatorre presentó la entrevista con Zavala como si fuera en vivo cuando la realidad había

sido otra: se grabaron seis versiones hasta que el empresario se mostró convincente; luego, se engañó al televidente diciéndole que era una conversación en directo.

López Obrador, obviamente, no desaprovechó el momento y su segundo mensaje a la nación se centró en los contratos que la empresa Hildebrando había recibido en dependencias federales.

El contraataque calderonista fueron dos spots donde le decían a López Obrador que mentía, que falseaba los hechos. «Felipe Calderón nunca otorgó ningún contrato a algún pariente suyo», afirmaba la propaganda.

Uno de esos spots era el siguiente: en un fondo oscuro, aparecían letras negras con una leyenda que decía: «¡LÓPEZ OBRADOR le miente a México!» Al mismo tiempo, una voz fuera de cuadro comentaba: «López Obrador miente con descaro a México. Mintió con lo del Fobaproa. Mintió con el IVA en alimentos y medicinas, y mintió de nuevo en el debate».

Posteriormente salía Calderón en un podium diciendo: «Nuevamente miente usted, señor López Obrador, bajo mi mandato en la Secretaría de Energía, ni un solo contrato fue otorgado a algún pariente mío, López Obrador es el candidato de las mentiras, su fuerza es mentir». Pero el golpe estaba dado: la duda entre la población empezó a crecer. Y Calderón se fue a la baja en las encuestas.

Cuando todo parecía que López Obrador se recuperaría fácilmente, se abrieron otros frentes en la contienda: los empresarios, sacerdotes e Internet.

Los siguientes spots son para recordarlos. *Uno*: Una voz fuera de cuadro le pregunta a un niño que está sentado en una escalera mientras dobla un billete de veinte pesos:

—¿Son tuyos esos veinte pesos?

El niño contesta y dice:

—Sí, es mi billete.

La voz fuera de cuadro vuelve a intervenir y dice:

—Y si te digo que hubo una devaluación y que tus veinte pesos ya sólo valen diez.

Y el niño le responde:

—Me estás mintiendo, ¿verdad? Aquí dice veinte pesos, me estás bromeando.

El niño continúa jugueteando hasta que toma su bicicleta para salir del cuadro, mientras que la voz fuera de cuadro prosigue: «No te parece maravilloso que tus hijos ya no entiendan lo que nosotros tuvimos que sufrir. Esto es producto de diez años de estabilidad económica. Apostarle a algo distinto es retroceder. Defendamos lo que hemos logrado».

Dos: La pantalla es toda para Hugo Chávez. Un letrero debajo de él dice: «Hugo Chávez, presidente de la República Bolivariana de Venezuela», pronunciando un discurso en el siguiente sentido: «Comenzarán a llegar los fusiles Kalashnikov para armar a nuestro pueblo». Se ven escenas de armas, manifestaciones, personas vestidas en trajes militares. Luego aparece la imagen de una persona de la tercera edad que suspira y saca de su chamarra una credencial electoral. Al mismo tiempo una voz fuera de cuadro dice: «En México no necesitas usar armas para defender tus ideas, sólo tienes que votar, ¡Ármate de valor y vota!»

Y tres: Nuevamente Chávez. Y ahora dice: «Vayamos preparándonos para la guerra asimétrica. ¡Socialismo o Muerte!» Lo anterior se acompaña con escenas de guerra y conflictos bélicos. Luego, aparece una mujer a cuadro y que toma con sus manos el cuello, como si estuviera pasando saliva mientras medita su voto en la urna. La voz en

off dice: «En México no necesitas morir para definir tu futuro, sólo tienes que votar, ¡Ármate de valor y vota!»

Los anuncios provenían de las venas del Consejo Coordinador Empresarial. José Luis Barraza, su presidente, no quiso dejar ninguna duda sobre su aversión a López Obrador.

El 20 de junio, *La Jornada* publicó la siguiente nota: «Empresarios disfrazan el apoyo a Calderón». Y tres días después, en *El Universal*, se escribió que la Coparmex era quien patrocinaba dicha propaganda contra Andrés Manuel:

El Centro de Liderazgo y Desarrollo Humano [Celiderh], organización que recibe beneficios de la Confederación Obrero Patronal de México es la que promovió los spots, en el sentido de vincular a AMLO con el presidente Hugo Chávez.

De acuerdo con información de la página de la Celiderh, Luis Enrique Terrazas Seyffert, actualmente vicepresidente de Coparmex de Chihuahua, también es el presidente del Centro de Liderazgo.

Al descrédito de López Obrador se sumaron otras empresas. *Jumex*: Difundió un promocional en la que llamaba a votar el 2 de julio, utilizando de manera subliminal los colores que identifican al PAN.

Grupo Infra: Distribuyó entre sus empleados un DVD con un mensaje de promoción de voto a favor de Calderón, y se les invitó a una «plática» para ensalzar las virtudes del panista y los defectos de López Obrador. «Yo sé que la mayoría de los que están aquí son azules, pero vamos hacer un esfuerzo por los que no lo sean y vamos a tratar de convencerlos por la buena», les dijeron.

Dulces de La Rosa: En la revista de circulación interna de la empresa, llamada *Noti-Chupaletas*, Germán Michel, presunto socio,

indujo a los trabajadores al voto a favor de Calderón. «NECESITAMOS VOTAR POR FELIPE CALDERÓN», «La propuesta que me parece la más adecuada para nuestro país es la de Calderón...», les hizo saber.

Alea: A la Coalición Por el Bien de Todos les llegó información de que la empresa —conglomerado de Domino's Pizza, Starbucks Coffee, Burger King, Popeye's Chicken & Seafood y Chili's— presionó a su personal para que favorecieran al panista.

Sabritas: Promovió una campaña para votar «por las manos limpias», que era uno de los slogan de Calderón.

Y Coppel: Distribuyó un periódico en todo el territorio nacional, pero no anunciando sus ofertas en electrodomésticos, como acostumbra la empresa sinaloense radicada en Culiacán, sino que pedía a la gente votar por Calderón.

Por si fuera poco, Enrique Coppel Luken, propietario y representante legal de la compañía, mandó, vía email, una carta a todos sus empleados para que su voto fuera a favor del panista y que intentaran convencer a sus familiares y amigos de que la mejor opción era Calderón. «Yo creo que ningún ser humano puede desempeñarlo como todos quisiéramos, pero de los tres, el más capaz, actual y de nivel es Felipe», escribió el empresario.

En el recurso de impugnación que la Coalición entregó al Tribunal Electoral y que sirvió de nada, se lee:

El tope de gastos de campaña fijado por el Consejo General del Instituto Federal Electoral en el acuerdo CG239/2005, en \$651,428,441.67 (seiscientos cincuenta y un millones cuatrocientos veintiocho mil cuatrocientos cuarenta y un pesos 67/100 M. N.). El gasto erogado por el Partido Acción Nacional por rubro (sólo medios de comunicación) fue el siguiente:

LA GUERRA SUCIA DE CALDERÓN

PAN	
19 DE ENERO AL 28 DE JUNIO 2006	
PRODUCTO	INVERSIÓN TARIFAS IFE
CALDERÓN + CANDIDATOS AL SENADO	\$65.146.560
CALDERÓN + SENADORES	\$156.240
CALDERÓN	\$315.528.780
CANDIDATOS AL CONGRESO	\$25.714.150
CANDIDATOS AL SENADO	\$165.217.910
DIPUTADOS FEDERALES	\$1.821.300
PAN	\$47.153.270
PRECANDIDATO CALDERÓN	\$40.000
JUMEX	\$13.143.476
SABRITAS	\$16.496.800
DEMETRIO SODI	\$77.904.250
CONSEJO COORDINADOR EMPRESARIAL	\$136.476.555
ARMATE DE VALOR	\$30.663.600
SUB TOTAL PAN	\$895.462.891

Según la coalición, el PAN habría rebasado el tope de gastos por 244 millones, tan sólo en medios de comunicación.

El 28 de junio, *El Universal* publicó un monitoreo de medios de comunicación (realizado por la empresa Verificación y Monitoreo S.A de C.V. del Distrito Federal, Guadalajara y Monterrey) en el que se establece que el PAN gastó \$574,455,824 pesos sólo en esas entidades.

Denunció la Coalición en su impugnación:

Es indispensable tomar en cuenta respecto a Televisa todos los programas donde aparece la imagen de Calderón como «integración de productos», como en el caso del programa *Muévete* de Maribel Guardia, donde salen espectaculares de Calderón dentro del con-

tenido del programa. Otro ejemplo son las declaraciones donde *La fea más bella* se pronuncia por Calderón al aire con 10.83 puntos de rating.

La propaganda negra estaba en el desenfreno. Y en el IFE sólo se reflexionaba al respecto, pero no había acciones contundentes que detuvieran tanta rabia; rabia que se extendió a Internet, a las homilías dominicales de ciertas parroquias y a las calles del país con folletos y pasquines.

Fue Calderón el primero que utilizó a la religión en su propaganda. El 3 de mayo, el día de la Santa Cruz, el día de los albañiles, Calderón realizó un acto en la Ciudad de México y se repartieron estampas con la imagen de la Virgen de Guadalupe. Todas fueron firmadas por el candidato.

Lo que el código electoral asienta sobre abstenerse de utilizar símbolos religiosos fue ignorado por el IFE. Antes, el 16 de abril también había quedado como mera anécdota: durante la celebración de una misa en el Distrito Federal, ciudadanos distribuyeron separadores de libros, con una figura religiosa consistente en una paloma que, entre los católicos, significa «El Espíritu Santo», y las leyendas «Espíritu Santo, llena nuestros corazones de amor y paz. Te pedimos por Felipe para que lo protejas, lo bendigas, en esta noble tarea por tener un México mejor». Por eso no fue raro que en estados como Guanajuato, Jalisco y Michoacán, la coalición empezara a detectar que en ciertas iglesias católicas se les invitara a los fieles a votar por Calderón.

Un email enviado por José Guillermo Ballesteros Inda, coor-

LA GUERRA SUCIA DE CALDERÓN

dinador de los trabajos de pastoría social de la Diócesis de Lázaro Cárdenas, Michoacán, decía:

ASUNTO: PARTICIPA Y HAZLO CON CONCIENCIA

DIÓCESIS DE CD. LÁZARO CÁRDENAS

Este 2 de Julio construyamos el Reino de Dios en nuestro país.

NO ir a votar implica dejar en las manos de CUALQUIER persona los destinos de nuestra nación; es permitir que personas que no tienen los valores necesarios para gobernar y construir en nuestra nación el Reino de los cielos, se instalen en el poder en perjuicio nuestro, pero especialmente de los más necesitados.

Pero hoy, gracias a Dios, tenemos el Internet y otros medios a nuestro alcance que nos dan la posibilidad de acceder a muchísima información sobre los candidatos que están contendiendo.

No permitamos, que por nuestra pereza o negligencia, errores del pasado, malos gobiernos y gobernantes, vuelvan a llevar a la opresión a nuestra querida nación.

A continuación te recordamos algunos de los más importantes elementos a considerar para tu elección:

Quien nos ha de gobernar:

▪ Ha de ser una persona que respete la Palabra de Dios y que no use la libertad para promover el pecado, ni en su vida ni en la de los que han de estar bajo su Gobierno, ya que haciendo eso convertiría a sus gobernados en sus esclavos o en esclavos de las bajas pasiones que se mueven en el hombre.

▪ Ha de ser una persona honesta, capaz de perder hasta la propia vida, como Jesús, antes que corromperse.

• Ha de hablar con la verdad, es decir, no mentir para obtener un bienestar personal y no prometer cosas que sabe de antemano no podrá cumplir.

- Debe ser una persona que en sus mandatos anteriores ha elegido a su equipo de trabajo tomando en cuenta no sólo la capacidad, sino la honestidad. Que ha dado cuentas claras y que no se le ha vinculado con robos, extorsiones, y otros delitos del fuero común y que no tenga nada que ocultar en su pasado.
- Ha de tener la capacidad y la autoridad moral para hacer que las leyes se cumplan cabalmente sin hacer distinción entre personas, pobres o ricos, analfabetas o letrados, chicos o grandes.
- Ha de tener un gran temor de Dios.
- Ha de buscar ser un imitador de Cristo, por lo que ha de estar libre de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; envidia, homicidios, contiendas y engaños, de manera que realmente se pueda comprometer a crear leyes que impidan que se propague la inmoralidad en la sociedad.

Cuando los lopezobradoristas observaron este tipo de propaganda concluyeron que debían detenerla.

Ricardo Monreal fue el encargado de reunirse con arzobispos del Episcopado Mexicano. Ahí, le dijeron al zacatecano que ellos ya habían detectado ese comportamiento, pero que les era imposible reprender a ciertos obispos que suelen estar siempre con los candidatos conservadores. Le prometieron que harían todo lo que estuviera en sus manos por acabar con esa propaganda, pero le reiteraron que en esas entidades los obispos veían su cargo como un coto de poder incuestionable.

El favoritismo a Calderón en ciertas iglesias no sería controlado. La separación entre Iglesia y Estado ya sólo era una quimera desde que Fox había tomado posesión besando a un Cristo y visitando La Villa para darle gracias a la Guadalupana.

El folleto decía: «¿QUÉ MÉXICO QUIERES PARA TUS HIJOS? NO DEJES

QUE UNOS CUANTOS DECIDAN POR TI. COTA ESTE DE JULIO». El folleto contenía fotografías de los tres principales candidatos presidenciales, con recuadros en blanco para ser llenados por la gente, y a un costado estaba un cuestionario con las siguientes interrogantes:

1. ¿A cuál de ellos identificas con el candidato más honesto?
 2. Todos queremos más empleos, ¿qué candidato crees que nos brinde más oportunidades?
 3. En caso de ganar la elección, ¿quién crees que sea el más respetuoso de las leyes?
 4. En caso de ganar la elección, ¿qué candidato crees que entregue cuentas reales de sus gastos de Gobierno?
 5. En tu opinión, ¿cuál de ellos crees que cumpla sus promesas de campaña?
 6. ¿Cuál de estos candidatos escogerías para que fuera el maestro de tus hijos?
 7. ¿Con cuál de los tres estarías más de acuerdo que una hija tuya se casara?
 8. Si estuvieras por iniciar tu negocio y tuvieras que elegir a un socio, ¿cuál de los tres te parece el más confiable?
- Tú decides qué México quieres para tus hijos.

El cuestionario terminaba con la siguiente advertencia: «Te presentamos algunos de los puntos que debes tener claros al momento de ejercer tu derecho a votar: Democracia... Voto... Populista... Inflación... Globalización...»

Era obvio que el folleto estaba hecho a modo para Calderón. Los lopezobradoristas denunciaron ante el IFE que tal propaganda circulaba en todo el país. A Horacio Duarte sólo le dijeron que lo analizarían. Un consejero llegó a comentarle: «Pónganse listos, los

quieren chingar a como dé lugar. No les van a hacer caso por más denuncias que pongan».

El periódico *La Neta* merecería un libro o un estudio aparte. Un amigo sociólogo nos definió a la publicación como «el odio social convertido en tinta». *La Neta* se publicó y difundió durante el mes de mayo en todo el país. Su primera plana resaltaba por su naturaleza:

El «Peje» debe ir a la cárcel, no a la Presidencia. Es culpable de numerosos delitos contra el Estado y contra particulares.

López Obrador es un peligro para México.

No es AMLO es MALO... se sabe por lugareños... que fue bautizado y registrado con el nombre de Manuel Andrés... cambiándose el nombre en su juventud...

En la página 2 del periódico escribe un tal Lázaro Sahagún. Y dice cosas como éstas:

... Un hombrecillo de tan baja ralea como Manuel Andrés López Obrador (es) fratricida, ladrón, tramposo, hipócrita, subversivo, conspirador, chantajista, inculto, vulgar y manipulador...

... Manuel López, siendo menor de edad mató de un balazo en la cabeza a su hermano José Ramón...

... Por más de dos años organizó constantes marchas, protestas públicas, plantones, mítines, bloqueos carreteros, secuestros, éxodos, invasiones y extorsiones por todo el territorio tabasqueño...

... Ésta es la síntesis de lo que Manuel Andrés López Obrador hizo contra las comunidades y habitantes de su propio estado de Tabasco... esta misma edición da cuenta del desastre de Gobierno

que hizo en el Distrito Federal con sus mismos sistemas de agitación, violación de la leyes, populismo y, sobre todo, falta absoluta de escrúpulos para rodearse de una mafia de corruptos que le hacen el trabajo sucio...

La página tres no es menos violenta. Un tal Anastasio de la Torre escribe:

¡Por supuesto! López Obrador es un peligro para México.

Hoy López Obrador pretende engañar a los mexicanos mostrando un rostro de falso pacifista...

Pero ésa es la verdadera cara del perredista: el de la intolerancia, el de la violencia física y verbal...

Buscará a través de la violencia obtener aquello que los votos no le dieron, y para ello no se detendrá ante nada...

... Y la violencia es el origen de López Obrador...

No hay nada más cierto que... López Obrador es un peligro para México.

Página 4, comentario de quien dice llamarse Agustín Adalid:

¿Quieres dictadura?... Vota por MALO...

López Obrador manipuló y engañó a los votantes... les propone el camino fácil de hacer dinero despojando a los que tienen...

Como jefe de Gobierno del D.F. mostró afanes dictatoriales...

Manejó al Distrito Federal como dictador, dejó una deuda que supera los cuarenta mil millones de pesos, realizó obras sin concurso... y a los pobres los trató como limosneros para que voten por él...

El tal Adalid escribe también «El corrido del Pejegalarto»:

... Dio muerte a su hermano llamado Ramón... promovió el desorden, secuestró a las gentes, cerró carreteras...

Cuánto odio. Cuánta mentira.

El primero de julio fue el último corte de las encuestas internas lopezobradoristas. Dos puntos. Dos puntos arriba de Calderón. No era nada a comparación de los diez, doce que López Obrador había llegado a tener. Pero haber recuperado la ventaja a muchos les devolvió un poco la sonrisa. El contraataque y el caso Hildebrando habían funcionado. Tenían razón los que le insistían a Andrés Manuel que la guerra sucia se contrarrestaba con guerra sucia, aunque dejara una estela de miedo y odio entre la gente. Dos puntos. Andrés Manuel se fue a dormir temprano un poco intranquilo. Sí: tenía ya dos puntos de ventaja, pero no todos los representantes de casilla que se había propuesto. Eso le comenzó a perturbar más que la propaganda negra.

En la sobremesa, el panista que tenemos enfrente reflexiona: «La gran virtud de Felipe fue la propaganda negra, sembrar odio entre el electorado. El problema es que ése puede ser su peor defecto como presidente: cosechará mucho odio a donde vaya y eso lo puede acabar». El crimen siempre paga.

III

La campaña soy yo

El 30 de octubre del 2005 fue un domingo muy bueno para López Obrador. Durante horas recorrió toda la zona oriente del Estado de México. Miles y miles de habitantes de Neza, Chalco y Ecatepec lo vitorearon, desearon estar cerca de él y algunos incluso fueron regañados por el candidato perredista cuando intentaron a golpes subir al templete donde ya no cabía un alfiler.

Las crónicas de esos momentos lo describen feliz, desenfadado, retador. «Al diablo, lo que digan mis adversarios me tiene sin cuidado...», soltaría con ácida voz a las críticas de quienes le llamaban, ya por entonces, paternalista y populista.

Era todavía precandidato y en aquella ocasión sostenía su duodécimo día de gira en apoyo a los candidatos del PRD en el Estado de México. Diez mil manifestantes en Chalco; veinte mil en Neza; ocho mil en Texcoco. Eran aún los días felices de Andrés Manuel. Las encuestas le daban diez puntos de ventaja sobre Calderón y casi veinte puntos arriba de Madrazo. Tres meses atrás, el 29 de julio, López Obrador había dejado la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal con ochenta puntos de simpatía en las preferencias políticas de los ciudadanos. Y durante tres meses «placearía» su figura sin que

adversario alguno se le acercara siguiera en las encuestas a niveles que pudieran representarle un riesgo real. Por eso, seguramente, cuando el enjambre de reporteros se le acercó al final de su gira por el oriente del Estado de México, y en medio del éxtasis al que sus correligionarios le habían llevado durante las últimas horas, López Obrador dejó ver eso que para muchos fue uno de sus grandes errores en la carrera a la Presidencia de la República: su soberbia.

«No... no... no, hablar de Calderón me da güeva», diría López Obrador, con ese desdén de quien se piensa fuerte, superior, indestructible. Nada era Calderón para López Obrador. El panista había arrancado su precampaña con dos por ciento de preferencias electorales tres meses atrás, cuando se atrevió a retar al presidente Fox, al lanzar su precandidatura en el PAN por la libre, cuando tuvo que renunciar a la secretaría de Energía tras el regaño del presidente, quien por ese entonces dejaba ver que quería a Santiago Creel como candidato del PAN.

Para qué perder el tiempo entonces, los minutos, hablando de Calderón. Quizá nunca pasó por la cabeza de López Obrador que Calderón, ya como candidato del PAN, no estaría solo. Que al final de cuentas, los panistas terminarían cerrando filas en torno a él. Que le darían su apoyo absoluto. Que el presidente Fox volcaría en su favor toda la fuerza del Estado. Que grandes empresarios dejarían fluir de sus arcas millones de pesos para apoyar su campaña. Que la Iglesia católica lo arroparía. Que medios de prensa afines le darían también su respaldo. Que la televisión terminaría siendo su aliada. No, para López Obrador, el indestructible, el hombre que se ufanaba de que nadie le había quitado una pluma a su gallo, para el líder de las encuestas y las simpatías electorales, Calderón no le merecía atención alguna. No era adversario de nivel. Le daba «güeva». Le tenía «sin cuidado» dijera lo que dijera. Él era ANDRÉS-MANUEL-LÓPEZ-OBRAADOR. ¿Qué no

sabían eso los reporteros? El político que le había doblado las manos a Carlos Salinas de Gortari con su Éxodo por la Democracia en 1991. El dirigente que sacó del marasmo electoral al PRD, entre 1996 y 1999. El jefe de Gobierno del Distrito Federal que retó y venció al presidente Fox en el desafuero. EL PRE-CANDIDATO de la izquierda a la Presidencia de la República. El indestructible. El hombre que se podía dar el lujo de no prestar atención a su adversario, de no elaborar una estrategia para enfrentarlo, para derrotarlo. El que podía ir administrando su ventaja porque pensaba que nadie, nadie estaba a su altura en la carrera presidencial. El que pensaba que «Ja... ja... ja...» Para qué hablar de Calderón, si éste era «un candidato inflado por los medios...», decía, en octubre, Andrés Manuel.

Política de izquierda que ofreció un proyecto alternativo en donde había espacio para movimientos discriminados o no tomados en cuenta por otros partidos, Patricia Mercado fue la única mujer que contendió en los comicios presidenciales y alcanzó un millón de votos. Los suficientes como para alcanzar su registro. Pero más aún, cuatro veces lo que fue la diferencia entre Calderón y Andrés Manuel. Los suficientes como para que el tabasqueño se hubiera ahorrado plantones, marchas, bloqueos, resistencia civil y todo aquello que marcó los días postelectorales al 2 de julio. Los suficientes, en síntesis, para que López Obrador hubiera ganado la Presidencia de México si hubiese concretado una alianza con ella.

Si en lugar de ofrecerle a Mercado tan sólo «unos cuantos espectaculares» en las calles de la Ciudad de México, Andrés Manuel y su equipo hubiesen tenido la visión para reconocer que esa mujer había logrado construir un proyecto de izquierda en el que miles de ciudadanos creían. Un millón de votantes, por lo menos. Porque los

que apoyaron a Patricia Mercado fueron, voto por voto, casilla por casilla, votos de izquierda. Pero de una izquierda diferente. Votos de hombres y mujeres que nunca sintieron que en el Proyecto Alternativo de nación, promovido por López Obrador, hubiera espacio para ellos: homosexuales, lesbianas, mujeres que exigen una verdadera equidad de género, jóvenes que piden espacios para la cultura, intelectuales desencantados de las prácticas autoritarias de los gobiernos de izquierda. Hombres y mujeres que veían con simpatía la audacia de una mujer que se atrevía a proponer en campaña la legalización de la marihuana. Pero que también recordaban cómo, por ejemplo, a finales del 2003 y principios de 2004, el Gobierno de la Ciudad de México presidido por Andrés Manuel no se atrevió a asumir un compromiso a favor de alguno de esos grupos.

Hombres y mujeres que recordarían cómo López Obrador mandó a la congeladora la Ley de Sociedades de Convivencia, en la cual se establecía el reconocimiento jurídico a la unión entre personas del mismo sexo. No fue asunto del PRD ni de sus legisladores en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal. La orden de frenar tal iniciativa fue directa de López Obrador.

De nada importó que previamente los diputados perredistas defendieran abiertamente el proyecto de Ley y que comprometieran su palabra públicamente.

Como lo hiciera Julio César Moreno, diputado perredista y presidente de la Comisión de Derechos Humanos de la ALDF: «El dictamen será aprobado sin moverle una sola coma». O como advirtiera Lorena Villavicencio, diputada del PRD, cuando públicamente salió a batirse con la jerarquía de la iglesia católica que, por esos días de diciembre del 2003, presionaba para que la ley se desechara: «No vamos a legislar con sotanas». O tal como defendieran la ley diputadas como la actriz María Rojo, quien se opuso hasta a que hubiera

una consulta popular entre la ciudadanía del DF para saber si estaba o no de acuerdo con la ley. Nada de eso sirvió.

Las presiones del Cardenal Norberto Rivera Carrera parecieron surtir efecto y al final, Andrés Manuel ordenó que la Ley de Sociedades de Convivencia se congelara.

Antonio Medina, coordinador de la agencia de noticias NotieSe, especializada en temas de salud, sexualidad y Sida, consideró entonces que el veto constituía un acto retardatario, «y refleja tanto la homofobia de López Obrador como su disposición a complacer a los grupos de ultraderecha y a la Iglesia católica, en detrimento de los derechos de una minoría. Y al afirmar que era necesaria una consulta pública sobre la ley, López Obrador está generando discriminación, porque los derechos de una minoría no se pueden someter a la opinión pública, simplemente deben reconocerse y respetarse», afirmó en entrevista con Cimacnoticias.

El desencanto, entonces, brotó en muchos de quienes creían en López Obrador. Muchos de quienes, dos años después, verían en Patricia Mercado una alternativa real y comprometida con esos movimientos sociales que ningún otro partido o candidato parecía tomar en cuenta.

A Patricia Mercado, sin embargo, se le quiso conquistar con cacahuates. Una tarde de finales de octubre del 2005, Mercado fue contactada por el equipo de Andrés Manuel. Se pensaba, en efecto, ofrecerle un acuerdo, una alianza. La idea partía de una base sencilla: pedirle a Mercado que declinara a favor de López Obrador y, a cambio, la Coalición por el Bien de Todos le daría apoyo para que su partido promocionara a los candidatos del Partido Alternativa, con el fin de que pudiera alcanzar su registro.

Manuel Camacho Solís hizo el contacto y el encuentro se llevó a cabo. El ex regente de la Ciudad de México ofreció el acuerdo

y Mercado no dijo que no, pero dejó en claro que antes que nada debería de haber la disposición para que en el programa de Gobierno de López Obrador se incluyera una serie de compromisos con sectores que confiaban en el Partido Alternativa.

Compromisos que, en caso de ganar la Presidencia de la República, obligaran al tabasqueño a concretarlos en acciones de Gobierno a partir del 2006.

La sorpresa, entonces, se apoderó de Manuel Camacho. La idea no era ésa. Patricia Mercado no estaba en condiciones de imponerle condiciones a López Obrador. Y así se lo haría saber. Pero más aún, tan pronto como le fue posible, dejó en la mesa en claro lo que Andrés Manuel sólo estaba en condiciones de ofrecerle: «Si apoyas a Andrés Manuel se te podrían dar unos espectaculares en la ciudad para la promoción de tu partido...», le diría a Patricia Mercado el negociador de López Obrador.

Sin perder su sonrisa, Mercado dio por terminado el encuentro. Le agradeció la «generosa» propuesta, pero sin dudarle dijo que no, que gracias, que ella seguiría su camino y que estaba segura de que alcanzaría los votos suficientes como para obtener el registro de su partido Alternativa.

En la noche del 6 de julio, terminado el cómputo distrital, Patricia Mercado sabía que abrirle espacio a las minorías le había redituado un millón de votos y, con ello, el registro de su partido. López Obrador, por su parte, salía de ese cómputo con 250 mil votos menos que Calderón. Una cuarta parte de los sufragios que alcanzó la mujer a la que quiso conquistar políticamente con unos cuantos espectaculares. Con bananas y cacahuates.

Cuando Andrés Manuel se subía a su camioneta, todo era diferente. El mundo cambiaba. Los sonidos eran otros. Las palabras, los diálogos mutaban.

Ahí, en esa camioneta blanca, la que muchos llegaron a bautizar como la Nico-Spa, Andrés Manuel se relajaba, hablaba de todo sin tener que cuidarse de nada. Era su espacio más íntimo de campaña, con sus compañeros de viaje más cercanos, los que nunca le dirían que no a nada. «Pejelandia», definirían otros cercanos a López Obrador que alguna vez fueron invitados a viajar con él en sus giras de campaña. Al volante: Nicolás Mollinedo, el famoso Nico; Andrés Manuel en el asiento delantero derecho; y atrás, justo a espaldas de Nico, un integrante de Redes Ciudadanas, a veces Monreal, a veces Federico Arreola, o Socorro Díaz o José Agustín Ortiz Pinchetti; y a un lado, César Yáñez y el general responsable de la seguridad del candidato perredista, Audomaro Martínez. Qué mundo. Tanto que los integrantes de Redes Ciudadanas contaban que nunca habían disfrutado, con López Obrador, «de un ambiente más relajado que ése». Ahí, en la Nico-Spa, la campaña marchaba excelente.

—Muy bien, licenciado, muy bien —le decía Nico una y otra vez después de cada mitin.

Ahí el mundo era feliz.

—No haga caso de la prensa, licenciado, usted ya sabe como es...—soltaba Nico, cada vez que en los diarios aparecía alguna crítica a la campaña de López Obrador. Como aquélla, cuando el perredista se enredó con el «ya-cá-lle-se, cha-cha-la-ca», contra Fox.

—Yo creo que eso estuvo muy bueno, licenciado, se lo merece Fox por andarse metiendo con usted... Qué buen discurso... —no se cansaba de vitorear Nico.

—Hay muchas críticas... —decía tibiamente, casi como un sollozo, López Obrador.

—No haga caso, licenciado, lo están magnificando... magnificando... no haga caso... yo creo que la campaña va muy bien... usted ya sabe cómo es la prensa, licenciado... —volvía Nico.

A lo que López Obrador, convencido, terminaba por rematar, relajado, aflojando las piernas y soltando con desdén los periódicos:

—Sí... es una prensa vendida...

«Esa camioneta envió a Andrés», considera uno de los más allegados colaboradores de López Obrador en la campaña, quien cuenta cómo «las palabras de Nico» terminaron ejerciendo una influencia determinante que Andrés Manuel iba teniendo de la campaña electoral. «Nico llegó a ser el principal consejero y asesor de Andrés, siempre le decía que todo iba muy bien, que no se preocupara de nada, que él ya tenía segura la Presidencia, que sólo era cuestión de esperar a las elecciones».

Y con Nico, López Obrador también se soltaba. Y entre plática y plática donde recordaban sus tiempos en Tabasco, los compadres, los amigos de otras épocas en Teapa, Andrés hablaba como no lo hacía en otros sitios «Se va a chingar la derecha», decía cuando la plática llevaba a tocar el tema de Calderón, los empresarios o Televisa.

«Nunca había una idea para enfrentarlos, no se sugerían ninguna estrategia... no había propuestas para confrontarlos. Solo la descalificación, seguida del sí, licenciado...», revela quien alguna vez fue testigo de ello.

O si en algún momento aparecían en la conversación los cuestionamientos que se hacían desde el PRD a las Redes Ciudadanas, López Obrador no tenía reparo para externar: «La izquierda vale madres».

Ni por asomo aparecía, ahí, voz alguna que señalara la necesidad de atender las diferencias entre los perredistas y los integrantes de Redes Ciudadanas, que cada día crecían más en los estados.

E invariablemente la voz de Nicolas Mollinedo se imponía: «No les haga caso, licenciado». Era su espacio, su intimidad y sus más cercanos colaboradores. Era la Nico-Spa, «el sitio donde se tomaron muchas de las más importantes decisiones de la campaña», territorio liberado de incomodidades, críticas, cuestionamientos y puyas. El mundo feliz de la campaña de López Obrador. El reino de la soberbia política.

Si algo muestra a qué y cómo jugó López Obrador durante la contienda presidencial fueron los difíciles días de abril y mayo. Si algo dejó ver hasta qué punto López Obrador llegó a creer que tenía en su bolsa la Presidencia y que la campaña era un trámite que debería tan sólo de resistirse, fueron esos días.

Ahí, a muchos les quedó claro que, en realidad, el candidato de la Coalición por el Bien de Todos nunca jugó a ganar. Confiado en la ventaja con que arrancó la contienda, su estrategia estuvo basada en administrar la delantera que había conseguido a partir de su popularidad como jefe de Gobierno del Distrito Federal. Pero la contienda se fue comiendo los diez puntos que lo tenían adelante en las preferencias de los ciudadanos. Aunque él se resistiera a creerlo.

O bien, lo engañaron rotundamente quienes le hacían encuestas, especialmente Covarrubias, pues no había ocasión en que hasta con sus colaboradores afirmara que las encuestas mandadas a hacer por él le decían que estaba con diez puntos de ventaja.

Y cuando quiso reaccionar... el mundo se le había venido encima.

Desde principios de abril, en una de las reuniones que tenía con su equipo todos los lunes, Andrés Manuel les dijo que solo acudiría a un debate y nada más. Y nadie se atrevió siquiera a hacerle el más

mínimo señalamiento. Todos sabían que había asuntos en los que López Obrador no admitía réplica y que la forma en que se conducía la campaña era una facultad sólo de él. Andrés Manuel nunca trabajó en equipo. Y quienes lo rodeaban, su gente cercana, fueron únicamente satélites, que hacían lo que López Obrador les ordenaba.

Fue, sin duda, la de López Obrador, la campaña de un caudillo que se creyó infalible, indestructible. Que nunca trabajó en equipo, que nunca escuchó a nadie. Y por eso, la responsabilidad del resultado final no podrá endosársele a nadie más que a él. Ni siquiera podrá escudarse en el argumento de que entre sus colaboradores no hubo quien intentara abrirle los ojos y advertirle de los riesgos que hubo en la campaña, de la necesidad de tomar otras decisiones. Y el mes de abril del 2005 fue ejemplo de todo ello. Hasta ese momento, la campaña de López Obrador había caminado relativamente bien, mientras que en la acera de enfrente, Calderón reconocía en televisión que se había equivocado en su estrategia de campaña y anunciaba un «relanzamiento» de la misma.

Comenzarían, entonces, los días difíciles para López Obrador. Primero fue el pleito con el presidente Fox, quien arreciaría sus críticas al candidato perredista hasta lograr que Andrés Manuel perdiera el control y soltara el «cá-lle-se, cha-cha-la-ca», que de inmediato le quitó por lo menos dos o tres puntos en las encuestas. A lo que López Obrador le diría a su gente: «No pasa nada, vamos bien».

Vino luego el spot que más lo golpeó. Ese con el que el PAN abrió la guerra sucia de la campaña. El que presentaba a López Obrador como «un peligro para México...» Ése que le quitaría otros dos o tres puntos.

Y de remate estaría aquella encuesta que el diario *Reforma* publicó el 25 de abril, en la que por vez primera Andrés Manuel perdía la delantera y era superado por Felipe Calderón.

Ese 25 de abril, López Obrador leería: «Calderón, 38%; AMLO, 35%; Madrazo, 23%».

Y como era su costumbre, descalificaría sin más dicha encuesta. «Está manipulada.» «La hicieron en Los Pinos.» «Es parte de lo que hace la prensa vendida.»

Y, de nuevo, mandaría «al diablo esas encuestas...», igual que lo hiciera la primera vez que dos sondeos de opinión le advirtieron que su ventaja de diez puntos se había reducido significativamente. Tal como ocurrió en noviembre del 2005, cuando la empresa Consulta Mitofski dio a conocer que la ventaja del candidato perredista sobre Calderón se había reducido a cinco puntos, en tanto que otra del diario *Reforma* lo colocaba ya sólo un punto arriba.

«Al diablo con las encuestas», diría enfurecido y montado en su soberbia López Obrador.

Pero en la noche de ese 25 de abril del 2005 habría, todavía, un hecho más: el primer debate presidencial. Ese al que López Obrador se negó a ir, a pesar de que la mitad de los ciudadanos consideraban que era un error su decisión.

Y en la mañana de ese difícil día, tres colaboradores intentaron advertirle sobre la necesidad de cambiar, de revisar la estrategia, de tomar otras decisiones para frenar la caída en picada que estaban registrando las encuestas. Pero López Obrador no cedió.

Daniel Lizárraga, reportero de la revista *Proceso*, documentó así la reunión de aquel martes 25 de abril:

En vísperas del debate televisivo, tras un intenso bombardeo de spots en su contra y justo cuando el diario *Reforma* difundió la encuesta que lo colocó por vez primera en segundo lugar, Andrés Manuel López Obrador avisó a sus más cercanos colaboradores que

no modificará su estrategia de campaña y continuará dirigiéndola personalmente.

Durante una reunión en la sede de la coalición Por el Bien de Todos, que inició a las 10:00 horas del martes 25 de abril, en la colonia Roma de la Ciudad de México, pidió a sus asesores, a los cinco coordinadores regionales de las Redes Ciudadanas y al líder nacional del PRD, Leonel Cota, mantenerse unidos ante los tiempos difíciles que corren y, sobre todo, darle un voto de confianza.

Nada más.

Al iniciar la junta, el coordinador de la campaña, Jesús Ortega; el encargado de las finanzas en las Redes Ciudadanas, Federico Arreola, y uno de los coordinadores de las redes, Manuel Camacho Solís, intentaron plantear alternativas para amortiguar los golpes mediáticos que está recibiendo el candidato, pero López Obrador los detuvo en seco:

«Bueno, bueno, ya no le sigan».

No dejó hablar a nadie más.

Sin rodeos —de acuerdo con versiones de tres asistentes a la cita recogidas por *Proceso*—, aseguró que él sabe lo que está haciendo y pidió que recordaran cómo salió a flote del desafuero, de los videoescándalos y, más recientemente, de la campaña de spots en los que el panismo lo exhibió llamando «chachalaca» al presidente Fox.

Dijo apoyarse sólo en el pueblo, sin invertir en medios de comunicación.

«Y ésta no va a ser la excepción», les advirtió, «pues la ruta marcada es una sola: la movilización ciudadana».

Las alternativas que plantearían los allegados a López Obrador ante la virulenta campaña mediática en su contra se quedaron en intentos. En la reunión, López Obrador les puso sobre la mesa el resultado de una encuesta según la cual lleva la delantera con cua-

renta por ciento de la intención del voto, contra treinta por ciento de Calderón y veinticinco por ciento de Madrazo».

Por eso no acudió al primer debate. López Obrador sabía, efectivamente, que no acudir le haría perder «dos o tres puntos, no más», según decía a sus más cercanos colaboradores.

Y pensaba que aún con todo ello podría seguir administrando lo que consideraba todavía una ventaja importante de diez puntos. «Pero nunca consideró la posibilidad de que las encuestas que tenía le estuvieran mintiendo. Y si lo supo, tampoco les dio importancia», revela quien estuvo muy cerca de él esos días.

El mismo que confía que después del debate «todo fue un desastre. Por no asistir, Andrés Manuel perdió tres puntos, pero en los días siguientes todavía estuvo peor, pues además se dejó vacío el post-debate».

Y explica que ello se debió a que «como unos días atrás Camacho y Ortega habían reconocido públicamente que López Obrador tuvo una baja en las encuestas, éste le ordenó a todos el equipo que ya nadie hiciera declaraciones». Y entonces, nadie salió a cubrir el post-debate. Nada más Federico Arreola lo hizo, pero eso porque ya tenía un espacio desde antes en el noticiero de Carmen Aristegui. Y no sólo se perdieron los puntos por no ir al debate, sino también por dejar vacío el post-debate. «Fue, sin duda, un doble error que tuvo un costo muy alto».

A pesar de todo, Andrés Manuel no le dio importancia a los signos y señales que decían que había sido un error no asistir. Y en la crónica del día siguiente, reportada por Daniel Lizárraga, quedaría de manifiesto:

LA VICTORIA QUE NO FUE

Un día después de ese cónclave, el 26 de abril, durante un mitin en Tula, Hidalgo, López Obrador reveló que había mandado hacer una encuesta para tranquilizar incluso a sus asesores, que andaban medio nerviosos:

Les dije: tranquilos, no pasa nada. Tenemos diez puntos arriba. Su estrategia de mercadotecnia política no va a funcionar, tampoco sus encuestas a la medida. Me los sé de memoria, sólo tratan de inflar al candidato de la derecha», sentenció.

Micrófono en mano, preguntó a la gente:

—¿Afectó que no asistiera al debate?

—¡No! —gritaron eufóricos sus seguidores, y López Obrador sonrió satisfecho.

Luego, como era su costumbre, subiría a su camioneta, y ahí, en la Nico-Spa, su chofer, amigo y operador de logística, Nicolás Mollinedo, le diría eso que López Obrador acostumbraba escuchar, que le gustaba oír después de cada mitin: «Muy bien, licenciado, vamos muy bien».

IV.

«Hay que parar a ese loco...»

Corría el mes de noviembre y en uno de sus fríos días, en la residencia oficial de Los Pinos, el presidente Vicente Fox recibió un aviso: «Señor presidente, Jorge Emilio González Torres ya está aquí». Minutos después, ambos se quedarían a solas en el despacho del primer mandatario y el diálogo fluiría libremente. Con un tema único: las elecciones del año siguiente. Con una petición aún más precisa: «Jorge Emilio, quiero que apoyes a Felipe Calderón...»

Y con una advertencia insólita dicha en voz alta por un presidente de México: «Voy a hacer todo lo posible para que ni Madrazo, ni López Obrador lleguen a la Presidencia...» Y vaya que cumpliría su palabra. Porque la contienda electoral y la suerte de López Obrador en los comicios del 2006 no podrían entenderse sin la intervención abierta que tuvo el presidente Fox.

Un presidente que ofreció en su toma de posesión ejercer democráticamente el poder presidencial, pero que terminó convertido en uno de tantos reyezuelos corrompidos por el poder.

Y al grito de «hay que parar a ese loco» —que su esposa Martha Sahagún soltara en una cena de fin de año, en la casa del diputado

priista Francisco Arroyo Vieyra, en Guanajuato— Fox no reparó en gastos ni costos.

En cinco meses, de enero a mayo del 2006, Fox utilizó 1,709 millones de pesos del erario público para transmitir casi medio millón de spots como vía de promoción para reforzar la campaña de Calderón. Pero como no era suficiente, a lo largo de seis meses desplegó toda una ofensiva verbal contra el candidato del PRD en por lo menos doscientos discursos que pronunció en cuanto acto público estuvo, los cuales destinó a descalificar un día sí y otro también a López Obrador. Y de ribete, dejó que corrieran y se utilizaran libremente los recursos del Gobierno federal y de sus programas sociales en respaldo de Calderón.

Sin duda, más allá de cualquier formalismo, Fox fue el verdadero coordinador de campaña de Calderón y del PAN. Todos los días y todas las semanas, durante seis meses, en la residencia oficial de Los Pinos se dio seguimiento puntual y meticuloso al curso de la contienda. Semana a semana se recibían, se analizaban, se procesaban, en la casa presidencial, las encuestas que iban marcando la pauta de la campaña. Y desde ahí se desplegaría también toda una campaña de medios para satanizar a Andrés Manuel y ensalzar la figura de Calderón.

Mejor candidato que presidente, Fox revivió sus andanzas proselitistas de 1991 en Guanajuato y del 2000 en todo el país, en la elección presidencial del 2006. Y muy pronto quedaría a la vista la doble moral, el doble discurso y el doble cargo de Fox.

En el discurso, Fox, el presidente, diría el 30 de noviembre de 2005, en una entrevista a la Organización Editorial Mexicana:

Me he asegurado que dentro del Gobierno se cierre totalmente toda posibilidad de utilizar fondos públicos para campaña; pero

además está la advertencia muy clara para todos los funcionarios públicos que tengan cuidado con cualquier situación de desvío de recursos, cualquier apoyo partidista con recursos del Gobierno será severamente castigado. Mi comportamiento será claro, de no injerencia.

En los hechos, Fox, coordinador de la campaña de Calderón, se reuniría, el mismo mes de noviembre, con el dirigente del Partido Verde, Jorge Emilio González Torres, para pedirle «todo su apoyo» a favor de un Felipe que no figuraba en los sondeos y advertirle que haría todo para que López Obrador no llegara a la Presidencia.

En el discurso, Fox, el presidente, diría que estaba garantizado que ningún funcionario hiciera uso de recursos públicos para apoyar campaña alguna, de candidato alguno.

En los hechos, Fox fue el primer funcionario que rompió dicho compromiso. Cientos de miles de spots, hasta sumar casi medio millón, inundaron desde enero las pantallas de televisión y las bocinas de las radios de este país, con promocionales de las acciones de Gobierno de Fox, cuyo mensaje implícito era darle respaldo a Calderón. ¿Cuánto gastó el presidente Fox en esa campaña? Es algo que en Los Pinos se han negado a hacer público de manera oficial. Pero no por ello es un dato que no exista. De acuerdo con un estudio de la empresa Verificación y Monitoreo, entre el 15 de enero (fecha que coincide con el arranque de la campaña presidencial) y el 15 de mayo del 2006, el presidente gastó 1,709 millones de pesos, en la transmisión de casi medio millón de spots de radio y televisión. Para ser precisos 462 mil spots en sólo cuatro meses.

Tal cantidad de dinero público fue destinado a la promoción, en tiempos electorales, de programas como Oportunidades, Seguro

Popular, Becas, Vivienda, Economía y Trabajo, a un ritmo de 115 mil spots por mes o 3,800 por día.

De acuerdo con el mismo estudio, en el mes de enero el Gobierno de Fox había colocado 8 mil spots en radio y televisión para promover dichos programas. Pero ya para el 15 de febrero, cuando las campañas estaban en pleno arranque, Fox aumentó el número de sus spots (en términos redondos) a 77 mil. En marzo fueron 55 mil. En abril difundió 150 mil spots. Y cerró mayo con 162 mil. La campaña del presidente Fox la pagaron todos los mexicanos y tuvo un costo de 1,709 millones de pesos.

Sin embargo, esa cantidad nunca fue contabilizada como parte de los gastos de la campaña calderonista. Un hecho que, de haberse dado, habría bastado para anular la contienda presidencial por rebase en el tope de campaña.

Para darse una idea de lo que significa este monto, basta citar que de enero a mayo, los cinco candidatos presidenciales gastaron en conjunto 982 millones de pesos sólo en spots de radio y televisión.

Es decir, que el presidente Fox desembolsó, por sí solo, 627 millones de pesos más de lo que erogaron Andrés Manuel, Calderón, Madrazo, Patricia Mercado y Roberto Campa en conjunto en propaganda de radio y televisión.

No era, sin embargo, la primera ocasión que Fox hacía esto. Durante la campaña electoral para renovar la Cámara de Diputados en el 2003, Fox gastó 6,600 millones de pesos del erario público para promover entre la ciudadanía la idea de «quitarle el freno al cambio» y con ello inducir a la gente a votar por los candidatos del PAN. Aquel año, Fox difundió un millón y medio de spots. Es decir, que en sólo dos campañas federales —la del 2003 y la del 2006—, el presidente Fox gastó 8,309 millones de pesos del erario público y dos millones de spots para apoyar a los candidatos de su partido.

Los discursos del miedo fueron la vía principal que usó Fox para promover y respaldar el proyecto y la candidatura de Calderón. La otra, la que utilizó para descalificar y satanizar al aspirante de la Coalición, Andrés Manuel, corrió de la mano de sus discursos diarios como primer mandatario.

Durante casi cinco meses y hasta que la Suprema Corte de Justicia de la nación le ordenó callarse, todos los mexicanos fueron testigos de la forma en que Fox se dedicó a tejer una serie de ataques y descalificaciones en contra de López Obrador.

Al grado de que, en un acto público en la lucha contra el consumo del tabaco, el inconsciente lo traicionó cuando Fox se manifestó en contra del «tabasquismo».

Contrariamente al cansancio físico que mostró en meses anteriores —el cual llevó a especular que el presidente padecía de depresión y tomaba Prozac—, en los días de campaña, Fox pareció recobrar los bríos que mostró en sus días de candidato.

Alegre, dicharachero, peleonero, enjundioso, bravucón, no dejó que pasara un día sin hacerle la guerra a López Obrador. En un puntual reportaje publicado en la revista *emeequis*, el reportero Humberto Padgett dio cuenta de ello. Con un minucioso recuento de las intervenciones públicas del presidente, Padgett demostró cómo los discursos de Fox estuvieron saturados por una serie de palabras cuyo destinatario era siempre López Obrador:

Populismo.

Demagogia.

Dádivas.

Promesas fáciles.

Falsas ilusiones.
Tentación del populismo.
Desorden.
Exceso de gasto.
Circo.
Teatro.
No somos habladores.
Paternalismo.
Clientelismo.
Vomito el populismo.
Engaño.
Mentira.
Populismo de izquierda.
Endeudamiento.
Crisis financiera.
Devaluaciones.
Acelerados.
Izquierda.
Socialismo.
Distrito Federal.

Y al mismo tiempo, llenó sus discursos de frases recurrentes que buscaron identificar a Calderón con el proyecto que «nos hará mejor que ayer»:

Preservar en el esfuerzo.
Seguir avanzando.
Seguir por el camino trazado.
Más vale paso que dure y no trote que canse.
Proteger la estabilidad.

Proteger el patrimonio.

Sigamos juntos por este camino.

Ir hacia delante.

Cambiamos de jinete pero no de caballo.

Si seguimos por este camino, México será mejor que ayer.

El reportero de la revista *emeequis* lo definió así: «Aunque no está registrado en el IFE, Vicente Fox está de nuevo en campaña». En sólo seis años, Fox pareció perder la cordura política. Y en su desmemoria olvidó todo aquello que alguna vez fue. Un candidato que en 1991 se rebeló a los designios de la dirigencia nacional del PAN y salió a las calles a defender su triunfo electoral y a manifestarse en contra del fraude en los comicios por la gubernatura de Guanajuato.

Un candidato que en 1999 se definió asimismo como «el más populista entre los populistas», en una entrevista con la revista *Proceso*, que lo publicó en su portada del 11 de marzo de ese año.

Un candidato que en los meses previos al 2 de julio del 2000, ya como aspirante presidencial, no se cansó de gritarle y exigirle al presidente Ernesto Zedillo que sacara las manos de esa elección y dejara de apoyar al priista Francisco Labastida Ochoa.

«Zedillo sabe bien que está equivocando el camino al apoyar con todo el aparato del Estado a Labastida. Exijo a Zedillo que suspenda ya la publicidad y la promoción que está haciendo. Se ven claras señales de preocupación en la filas de nuestros adversarios. El PRI está echando mano de Ernesto Zedillo para que haga campaña a favor de sus candidatos. El presidente ha tenido que salir a dar la cara por Labastida», dijo el candidato Fox el 4 de junio de 2000. Un candidato que ofreció el cambio y que terminó justificando su abierta intervención en el proceso electoral, tal como lo hicieron todos aquellos presidentes priistas en contra de sus adversarios polí-

ticos: «Sencillamente quiero defender lo que he visto que es bueno para México, lo que tiene sentido que continuemos haciendo». Algo le pasó a la cabeza de Fox en estos seis años.

Fox no entendía y ni escuchaba. Estaba obsesionado. Llegó a tal punto su desmesura que fue necesaria la intervención de la Suprema Corte, del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación y del mismo IFE, para que frenara un tanto sus discursos y spots en medios impresos y electrónicos.

El 4 de mayo del 2006, los dirigentes de todos los partidos, incluido Manuel Espino del PAN, dirigieron un exhorto al presidente solicitándole que «evite emitir juicios de valor en torno a las elecciones» y pidiéndole que se revise el contenido de sus spots del Gobierno federal. El exhorto fue suscrito por Leonel Cota, Manuel Espino, Jorge Emilio González, Alberto Begné (de Alternativa), Miguel Ángel González (de Nueva Alianza), Luis Maldonado (de Convergencia) y Mariano Palacios Alcocer. Cuatro días después, el 8 de mayo del 2006, el propio IFE le hizo un llamado al presidente Fox para acatar el acuerdo de neutralidad establecido por ese instituto el 19 de febrero inmediatamente anterior.

El IFE le pidió al presidente adoptar «una actitud plenamente neutral en sus declaraciones públicas y en las acciones de su Gobierno» a fin de garantizar un voto libre, auténtico y efectivo para el 2 de julio. Fox ignoró la exigencia.

Para el 10 de mayo, el vocero presidencial, Rubén Aguilar, anunció en su conferencia mañanera que el presidente continuaría inaugurando obras realizadas por su Gobierno y que mantendría su discurso a favor de la continuidad. Hubo incluso funcionarios que

no dudaron en aceptar públicamente que las acciones del presidente tenían como fin influir en la elección a favor de Calderón.

Como José Luis Luege Tamargo, secretario de Medio Ambiente y Recursos Naturales, quien el 18 de mayo admitió que la campaña de información de los logros del Gobierno busca «que la gente pueda discernir» entre los distintos candidatos a la Presidencia.

Tan encarrilado estaba Fox en su campaña de proselitismo, que aun cuando entró en vigor la tregua ordenada por el IFE a mandatarios para abstenerse de hablar en público de política (22 de mayo), el presidente se fue de gira al día siguiente a los Estados Unidos, donde siguió hablando en la misma línea que meses anteriores.

Como Fox parecía no entender, el 26 de mayo prácticamente recibió el único tibio regaño del presidente del IFE, Luis Carlos Ugalde, quien lo exhortó a limitar sus acciones y declaraciones que, aunque no estuviesen vinculadas a las elecciones, podrían ser percibidas como una injerencia en el proceso electoral.

«Vicente Fox tiene una responsabilidad política especial que lo compromete aún más con la equidad de los procesos electorales y la necesidad de mantenerse al margen de la contienda», le recriminaría Ugalde. Pero de nueva cuenta, Fox no se dio por aludido. Desde Seattle, Estados Unidos, no sólo rechazó que con sus declaraciones promotoras del Seguro Popular hubiera violado la tregua decretada por el IFE, sino que advirtió que sus actos de Gobierno no se detendrían por el hecho de que hubiera una elección en México.

Por ello, el 8 de junio, el PRI insistió ante el IFE para que frenara el «activismo electoral» del presidente Fox, así como tomar acciones para impedir que el Gobierno federal manipulara el padrón de pobres con que cuenta la Secretaría de Desarrollo Social a favor de Calderón.

El presidente fue incluso cuestionado por expertos del Programa

de las Naciones Unidas para el Desarrollo, quienes en un análisis sobre los comicios mexicanos establecieron que «el apoyo del presidente de la República a uno de los candidatos (a sucederlo, Felipe Calderón) enturbia sin lugar a dudas la campaña electoral y podría ser aprovechado para cuestionar la legitimidad del proceso en una situación de resultados muy cerrados».

No fue, entonces, sólo López Obrador quien le pidió a Vicente Fox que ya se callara. Fueron todos los actores políticos. Aunque para Fox eso no importara.

Como en los capítulos negros del PRI, el Gobierno foxista echó mano de una diversidad de programas sociales para comprar o inducir el voto a favor de Calderón. Las huellas de todos ello quedaron impresas a lo largo de la campaña, sin que autoridad alguna actuara para frenarlo. Una de las primeras denuncias se dio a conocer en la revista *Proceso*. Bajo el título «Elecciones de Estado y su manual de operación», publicada el 7 de mayo, la reportera Jesusa Cervantes dio a conocer en detalle la forma en que actuaron dirigentes y diputados del PAN con funcionarios de la Sedesol, para apoyar y promover la campaña de Calderón, con recursos por 1,300 millones de pesos:

Desde el 2004, el grupo parlamentario del PAN en la Cámara de Diputados, la dirigencia nacional panista, un expriista y algunas secretarías de Estado conformaron una «estructura» al servicio del ahora candidato Calderón.

La idea era proveerlo de millonarios recursos federales bajo el rubro de «gestión social» a través de programas del Gobierno de Vicente Fox.

Documentos internos del Grupo Parlamentario del PAN

(GPPAN), oficios de legisladores dirigidos a funcionarios de la administración pública federal y denuncias por desvío de recursos ante instancias penales y administrativas, dan cuenta de la obtención de 1,300 millones de pesos, durante los dos últimos años, destinados a la desarticulación de organizaciones del PRI, del PRD y el fortalecimiento de agrupaciones de filiación panista.

La idea, sostiene un ex priista que se dice artífice de esta estructura, es crear las condiciones para llevar adelante una «elección de Estado» a favor de Calderón.

Uno de los documentos [elaborado a manera de informe por el diputado federal Jorge Luis Preciado Rodríguez y entregado a sus compañeros de partido bajo el nombre de «Principales logros y avances en programas federales»] resume que durante 2004 y 2005 se logró reunir la cifra mencionada a través de diversos programas sociales, principalmente de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) y Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación.

Para ello, se utilizó la estructura nacional de la Federación Nacional de Productores Agropecuarios, Forestales y Pesqueros, A. C.

Una prueba de que estos programas tienen un interés político, es la aseveración del diputado Preciado Rodríguez de que se apoyó al sector cañero con 5.8 millones de pesos, y de que «logramos que poco más de siete mil productores de caña de azúcar se incorporaran a asociaciones afines al PAN».

El documento finaliza con la solicitud de que para llevar adelante este esquema, se recontrate a Arnulfo Montes Cuen, quien se desempeñó como secretario técnico del área de programas sociales del GPPAN.

«Lo anterior se justifica plenamente en virtud de que la mayoría del grupo de diputados firmantes hemos encontrado respuesta con

Montes Cuen utilizando la estructura nacional de Fenpa A. C, con una inversión superior a los 1,300 millones de pesos. No podemos seguir en desventaja con el PRI y el PRD, que cuentan con áreas técnicas especializadas en estos temas».

En entrevista, Montes Cuen [dice que] «La idea fue que reuniera a los líderes sociales y les explicara cómo operan los programas y cómo deben obtener recursos. En resumen, que les diera la receta».

Actual dirigente nacional de Fenpa, Montes Cuen revela que con su ayuda, de 2004 a la fecha el PAN logró formar veintidós organizaciones sociales: «Todos sus integrantes están en los padrones de Sedesol y Sagarpa, pero se manejan como independientes. Estas organizaciones son utilizadas, y estamos hablando de miles de millones de pesos que se están usando para el proceso electoral. Alguien está manejando por ahí que ésta es una elección de Estado, y efectivamente, se está dando así».

El compromiso público de Fox, de que los programas sociales estaban absolutamente blindados contra cualquier mal uso de carácter electoral, terminaría por venirse abajo cuando el reportero de *Proceso*, Álvaro Delgado, dio a conocer un documento en el que se detallaba la estrecha vinculación entre la campaña panista y el uso de programas sociales del Gobierno de Fox:

Lo que de muchas maneras se sabía queda confirmado documentalmente: Calderón, el candidato que dice tener las «manos limpias», apoya su campaña en estructuras y programas del Gobierno federal y aun en algunos de sus funcionarios, al más puro estilo priista de los no tan viejos tiempos. Un documento de la Coordinación Política de la campaña panista muestra el uso de una estrategia de «sinergia» entre el PAN y el Gobierno federal para la obtención masiva de

votos. El plan propone acciones abiertamente ilegales. Por ejemplo: «contar con el apoyo de los delegados del Gobierno federal» en los estados «donde el PAN no gobierna», así como utilizar el Programa Oportunidades y el Seguro Popular.

El documento, del que *Proceso* obtuvo una copia, tiene tres apartados:

1. Estrategia de Difusión Encuesta GEA-ISA.
2. Propuesta de Sinergia con el Gobierno Federal.
3. Temas varios.

El texto del reportero era inequívoco. La estructura del Gobierno foxista, incluyendo programas sociales y servidores públicos, estaría al servicio de la campaña de Calderón, lo que contravenía no sólo los códigos de conducta del PAN y del Gobierno, sino el marco de la legalidad electoral mexicana.

Como «el PAN adolece de una infraestructura electoral» en el país, se reconoce en el documento la «sinergia» con el Gobierno federal y se propone una vinculación en las áreas de comunicación, giras y discurso, así como la movilización de estructuras el día de la elección con base en estudios y padrones de los programas sociales.

Y en esa «sinergia» intervendrían servidores públicos como el principal consejero de Fox, Ramón Muñoz; el vocero presidencial, Rubén Aguilar, y los delegados estatales de las dependencias federales, entre ellas la Sedesol, de la que era titular Vázquez Mota, nombrada a finales de febrero coordinadora general de la campaña.

También, según el documento, se reconoce el afán de Calderón por allegarse el apoyo de la dirigente del magisterio nacional, Elba Esther Gordillo —con cuyo partido Alianza Social ya se alió, al

menos en Puebla y Guanajuato—, y aun el coordinador de Propuesta y Estudios de la campaña, Juan Molinar Horcasitas, contactó al publicista Carlos Alazraki «para tratar de incorporarlo como asesor externo y contar con nuestra propia evaluación de la campaña de medios».

En el documento, de 44 páginas, en el que se identifica por sus iniciales a quienes intervienen en el plan, se establecen los lineamientos para utilizar los padrones de los programas Oportunidades y Seguro Popular para crear —mediante cartografías— una estructura de movilización del voto y confrontar al PRD y al PRI.

«Con esta herramienta se puede obtener una ventaja y recuperar terreno en los estados donde el PAN no es Gobierno. En el DF, se hará uso de los padrones del Seguro Popular para contrarrestar al PRD», se instruye en el documento, que impone una meta: «Con esto se pretende obtener un piso de ocho millones de votos».

El largo texto de Delgado concluía que tanto el PAN como el Gobierno de Fox sí hacían un uso político de los programas de combate a la pobreza y que 4.4 millones de beneficiarios de programas sociales eran susceptibles de dicha manipulación político electoral.

El propio Delgado, junto con Carlos Acosta, escribiría otra nota para sustentar que la Sedesol era pieza clave en la campaña de Calderón:

Monitoreo de Programas Sociales en Contextos Electorales es el nombre del estudio encargado por la Sedesol, a propuesta del Comité de Transparencia de su Consejo Consultivo, que preside Sergio Aguayo.

Apoyaron en la investigación El Colegio de México y las empresas Berumen y Asociados y Probabilística. El Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) fue la institución responsable del proyecto, y Fundar, centro de análisis e in-

investigación, tuvo a su cargo la coordinación general del estudio. Sedesol pagó casi 5.5 millones por la investigación.

Para hacer el monitoreo, los investigadores seleccionaron cuatro entidades con elecciones recientes para gobernador. Por su importancia demográfica y política incluyeron Veracruz y el Estado de México —cuyos comicios fueron en 2004 y 2005, respectivamente—. Además, seleccionaron Nayarit y Tlaxcala, gobernados por partidos distintos a los que encabezaban las otras entidades, con el propósito de incluir en la muestra la variación en el partido gobernante y estados con contiendas competidas.

La investigación, que incluyó una encuesta a 4,650 beneficiarios y no beneficiarios de los programas con el fin de conocer la importancia y las modalidades de los intentos de compra y coacción del voto, se limitó al presupuesto federal y a la operación de los programas Oportunidades, Abasto Social de Leche [de Liconsa], Apoyo Alimentario [de Diconsa], Adultos Mayores y el Fondo de Aportaciones para Infraestructura Social Municipal, del Ramo 33.

Sus resultados son un rotundo mentís a lo dicho todos estos años por el Gobierno —señaladamente el presidente Fox y Josefina Vázquez Mota, aun ahora en su calidad de coordinadora de la campaña de Felipe Calderón— sobre el blindaje de los programas sociales y la imposibilidad de su uso y manipulación político-electoral.

La investigación encontró varias modalidades del uso electoral de los programas sociales. Las «ofertas clientelares» son las ofertas de incorporación a programas a cambio del voto y el «uso político» de los programas son las acciones directas con los beneficiarios para solicitar o coaccionar su voto.

Sobre cómo se convierten en votos las «ofertas clientelares», los investigadores descubrieron lo siguiente: visitas de los oferentes al hogar de los beneficiarios; transporte de éstos a la casilla el día de

la elección y solicitudes intimidatorias, como pedir fotocopia de la credencial de elector.

Tanto por sus hallazgos como por sus recomendaciones, el Monitoreo de programas sociales en contextos electorales se ha convertido en un documento incómodo para el Gobierno. El 5 de marzo pasado hubo una primera reunión del Consejo Consultivo de la Sedesol en la que los responsables de la investigación dieron a conocer los primeros resultados, que no gustaron a los funcionarios gubernamentales, quienes sugirieron cambios.

La historia dice que el martes 4 de abril habría una nueva reunión entre los investigadores y la dependencia para que se aprobara el estudio. Pero dos horas antes se canceló por falta de quórum. Sergio Aguayo, uno de los responsables, llegó a recibir un par de llamadas en la que le avisaban que no le iban a pagar. Vinieron desencuentros. Y nunca se aprobó para su difusión.

Y no sólo eso, Vicente Fox, el presidente que ofreció que ni un solo peso se utilizaría para apoyar a candidato alguno y que se sancionaría a cualquier funcionario que hiciera uso de recursos públicos con fines electorales, cerraría con broche de oro su intervención en la contienda electoral a favor de Felipe Calderón, copiando incluso la idea de López Obrador de dar apoyo a los ancianos (que Fox calificó de populista), así como inaugurando más de 350 obras en los meses finales del proceso electoral.

Cumpliría así aquella advertencia que manifestara ante el dirigente del PVEM, Jorge Emilio González Torres, en noviembre del 2005 en Los Pinos, cuando le dijo a éste que haría «todo lo posible» por evitar que «ese loco» —como llamara Marta Sahagún a Andrés Manuel—, llegara a la Presidencia de la República.

V.

Alberto y Francisco: el gran error de la campaña

Andrés Manuel disfrutó la bocanada del Raleigh y después de soltar el humo les dijo a todos los que estaban reunidos en la casa de campaña: «Si no logramos el ciento por ciento de representantes en las casillas y la promoción del voto es deficiente, nos van a ganar». Entonces hizo una pausa para aplastar la colilla en el cenicero y prosiguió mirando a dos de los asistentes a la reunión: «Dependemos de ti, Alberto, y de ti, Paco. No vayan a fallar, porque nos chingan».

Para entonces aún no empezaba la campaña. Era principios de enero y Andrés Manuel ya había decidido confiarle a Alberto Pérez Mendoza la compleja tarea de cuidar las más de 130 mil casillas el día de la elección, y al desconocido Francisco Yee promover el sufragio.

«Y con ellos no se metan, respétenlos. No quiero escuchar ninguna queja, apóyenlos en todo», les advirtió López Obrador muchas veces a sus colaboradores que para sus adentros protestaban por la decisión tomada.

A Monreal, Socorro Díaz, José Agustín Ortiz Pinchetti, Camacho Solís y Adán Augusto Hernández, los coordinadores de las cinco cir-

cunscripciones y de las redes ciudadanas, López Obrador les advirtió que ellos no debían involucrarse en el trabajo de Alberto y Yee, pero era su obligación apoyarlos cuando ellos lo dijeran. Es decir: Alberto y Yee pasaban a ser en el organigrama dos jefes más para los cinco políticos. El PRD, determinó Andrés Manuel, estaría ajeno a dicha labor. Ya Leonel Cota, el presidente nacional del partido, se había encargado de dar las instrucciones pertinentes. La estructura del perredismo sería relegada, pero era lo que menos importaba. Andrés Manuel se confió de los trescientos millones de pesos destinados para cuidar y promover el voto, y de Alberto y Yee. Se le olvidó que la confianza no necesariamente es sinónimo de eficiencia.

Alberto es el hermano no biológico de Andrés Manuel. Desde 1988, cuando López Obrador buscó la gubernatura de Tabasco por el Frente Democrático Nacional, Alberto ha estado a su lado. Nunca ha ejercido su oficio de reportero (sólo fundó un diario en Villahermosa: *La Verdad del Sureste*), pero esa suerte que suele acompañar al periodista él la ha tenido para que le filtren documentos que terminan ayudando a López Obrador:

Le dieron las pruebas de cómo el aparato priista aplastó a Andrés Manuel en ese fraudulento 1988, le contaron dónde estaban las famosas cajas con la documentación que acreditaban los más de 72 millones de dólares que Madrazo gastó para obtener la gubernatura tabasqueña en 1994, le ayudó a López Obrador a hurgar información sobre el Fobaproa...

No está en duda su lealtad a Andrés Manuel. Si su jefe cae o se levanta, Alberto es una réplica. Su problema, y eso lo sabían los colaboradores de Andrés Manuel, era que la única experiencia que Alberto tenía para vigilar casillas electorales la había obtenido en los

procesos de Tabasco. Y Tabasco, decían los lopezobradoristas cada vez que podían, no era todo el país.

Además, Alberto siempre había contado con la maquinaria del PRD para esa tarea, cosa que en esta ocasión, por instrucciones de López Obrador, estaría lejana de la operación. Por alguna extraña razón Andrés Manuel se aferró a que el perredismo no participara. Creyó más en el poder ciudadano que en la fe que todos los perredistas ya le habían dado.

Se lastimó al partido cuando Andrés Manuel le dio a Alberto el libre albedrío para que escogiera quién cuidaría el voto el día de la elección. Y eso le trajo problemas: en todo el país, los perredistas se sintieron desplazados, por eso optaron por guardarse en casa para soltar la rabia y el desprecio.

Horacio Duarte fue el elegido para conciliar entre la estructura de Alberto y el PRD. Hizo todo lo que estuvo a su alcance para apaciguar la soberbia de Alberto con el malestar de los líderes locales. Pero fue muy difícil: los perredistas no sólo debían soportar candidatos externos, a los que Andrés Manuel les dio el visto bueno, sino que ahora, en su trabajo de siempre, donde se habían curtido todos estos años, no eran requeridos. El perredista se sintió herido. En su idiosincrasia les había faltado una palmadita en la espalda.

Con Yee ocurrió lo mismo. Ex secretario de Seguridad Pública en Baja Sur con la administración de Leonel Cota, Yee traía en su currículum haber promovido el voto en regiones de pocos electores: La Paz, Cabo San Lucas, San Ignacio, Loreto y Santa Rosalía. En otras palabras: en Iztapalapa había más gente que en los lugares donde Yee propagó el voto a favor de Cota. En las charlas en corto entre lopezobradoristas hablaban de que el PRD, con la corriente de Nueva Izquierda, principalmente, podía hacer ese trabajo sin complicaciones, por ejemplo. Andrés Manuel, sin embargo, terminó por

comprarle a Cota la idea de que Yee era el mejor. Y Yee se regodeaba de ello. Los brigadistas de antaño, entonces, echaron al baúl sus ganas de promover a Andrés Manuel. Allí él.

A López Obrador le informaron que, si no llegaban donaciones de grandes empresarios, sólo contarían con un presupuesto de unos 450 millones de pesos para la campaña; el resto, casi 150 millones, estaban destinados al proselitismo de diputados y de senadores.

Entonces sacó cuentas, tachó gastos inútiles, cuadró números y ordenó a uno de sus dos mejores amigos, el tabasqueño Octavio Romero Oropeza, el ex Oficial Mayor del GDF que encabezaba los Asuntos Financieros de la coalición, que apartara unos 300 millones de pesos para ser invertidos en la estructura electoral, para los que defenderían el voto, los que ensalzarían la obra de Gobierno de Andrés Manuel como jefe capitalino; los que el 2 de julio, con lista electoral en la mano, movilizarían hasta la casilla a todo aquel que en los días previos a la elección hubiera jurado que votaría por Andrés Manuel.

«Le vamos a dar empleo, aunque sea temporal, a más de un millón de personas; sólo Wal Mart le da más trabajo en este país a una cifra más grande que ésa», nos confesó uno de los colaboradores de Andrés Manuel cuando explicó que la estructura electoral era la prioridad de López Obrador, que si algo ocupaba su cabeza es tener cubiertas las más de 130 mil casillas en todo el país para fines de febrero. «Andrés no quiere que nos roben la elección».

Alberto quiso imitar el modelo de Andrés Manuel: distribuir responsabilidades por células. Pero su problema fue sencillo: no conocía fi-

sicamente a sus operadores. «Un día llegó un grupo de representantes de casilla con Alberto y él ni sabía quiénes eran. ¿Cómo los escogió? Como Dios le dijo», nos comentó un lopezobradorista que sabe la historia. A otros que sí conocía físicamente lo engañaron.

En Durango, por ejemplo, quien fue nombrado el operador para tener el ciento por ciento de representantes de casillas, le dijo en febrero a Alberto contar ya con todos los ciudadanos para cuidar los votos. Alberto se sorprendió y hasta contaba a amigos suyos que «si en Durango, donde valemos madre, tenemos ya a la gente, imagínense qué bien iremos en estados perredistas».

Alberto se daría cuenta, después de una auditoría donde gastó parte de los trescientos millones de pesos destinados a la estructura y promoción del voto, que era mentira lo que en Durango le había dicho. Apenas había el veinte por ciento de representantes. Alberto no fue tan duro: perdonó y volvió a confiar. Le fallarían el 2 de julio.

En las listas que siempre cargaba Alberto había cientos de nombres de perredistas para que representaran a la coalición el día de las elecciones. Alberto, sin embargo, no les hizo caso. Todas eran sugerencias del coordinador de campaña, Jesús Ortega, y del secretario general del PRD, Guadalupe Acosta Naranjo. La tachó o la ignoró. Algunos lopezobradoristas llegaron a sugerirle a Duarte, por su cercanía con Alberto, los nombres de algunos buenos operadores para ser tomados en cuenta. Pero Duarte no podía hacer nada. Alberto era el jefe y no se le contravenía.

Esos nombres de perredistas fueron sustituidos por desconocidos. Un fax enviado desde Saltillo, Coahuila, a la sede nacional del PRD pinta el trabajo de Alberto. Firmado por Guillermo Guajardo, un militante que fungiría como representante de las secciones 951, 952 y 953 del IV distrito electoral envió el siguiente texto a las 10:51 horas del primero de julio:

Informo que en días anteriores se me entregó la documentación de nombramiento de los representantes de casillas, entre propietarios y suplentes. Al realizar el recorrido en diferentes ocasiones con la finalidad de hacer entrega de dicha documentación a las personas correspondientes, encontré como resultado que en diferentes domicilios no se encontraban viviendo las personas en dichas direcciones. Inclusive me parece un error dar validez a una persona que tiene dirección en el estado de Nuevo León, otro de ellos discapacitado de tercera edad con problemas de visión y a varios de ellos no se les hizo de su conocimiento sobre la participación en dicha elección como representantes. Todo lo antes mencionado se le hizo de su conocimiento al señor Elvis Jonathan Lerwiz González, representante que acredita.

El 2 de julio, a las casillas instaladas en Coahuila no acudirían 26.82% de representantes acreditados por la coalición. Quienes conocen la historia a fondo cuentan que eso ocurrió en todo el país. Y hay quienes desmenuzan más las fallas de Alberto. Uno de los lopezobradoristas cuenta que en los planes de Alberto había trescientos empleados de fijo que se encargarían de coordinar a cada uno de los miles de representantes en las casillas. Y a otro grupo, los promotores del voto, también se les pagaría para que las 24 horas del día estuvieran disponibles.

«El problema es que el dinero nunca llegó», dice uno de los colaboradores de Andrés Manuel. «Los trescientos coordinadores estaban muy molestos porque el dinero prometido no les había llegado. Con los promotores, a unos se les pagó y otros no. Un desmadre».

Aunque el IFE informó que la coalición tuvo representantes en más del setenta por ciento de las casillas, la realidad contradice el

dato: sólo vigilaron poco más de 72 mil casillas de las más de 130 mil instaladas. Es decir: menos del sesenta por ciento.

Los reporteros Gloria Leticia Díaz y Daniel Lizárraga escribieron en *Proceso*:

Cinco días antes de la jornada electoral, López Obrador recibió avisos de que algo no estaba funcionando en la logística tejida a su alrededor para convertirlo en presidente. Alguien pegó estos carteles afuera de su casa de campaña:

«AMLO: Faltan representantes de casillas y dinero para comidas, por un voto podemos perder.»

«Falta dinero para conteo rápido y para tarjetas de teléfono celular.»

Pero el candidato así como su equipo de colaboradores más cercanos, no leyeron estas advertencias y, para el momento en que se instalaron las mesas de recepción de votos, los representantes no llegaron, sobre todo en los estados en los que finalmente el PAN los apaleó al dos o tres por uno, como en Nuevo León, Sonora y Jalisco.

Los colaboradores sí estaban alertados. En cada estado en el que se paraban el reclamo era el mismo. Uno de ellos escuchó a un grupo de tabasqueños: «Pinche Alberto, no ha bajado la lana, coño, nos van a partir la madre».

En las últimas reuniones antes del 2 de julio, no faltó quien le advirtiera a López Obrador que los representantes de casilla y la promoción del voto estaba fallando. «¡Les he dicho que no se metan con Alberto ni con Paco!», se enfureció Andrés Manuel con quien le hacía ver esos resquicios que el PAN podría aprovechar.

Hubo también sugerencias para que veteranos perredistas en la promoción y en la defensa del voto se les entregaran las listas de

representantes simplemente para que dirigentes locales ayudaran a Alberto.

Tampoco fueron bien recibidas por Andrés Manuel.

Del texto de Gloria Leticia Díaz y Daniel Lizárraga:

Fue hasta una semana antes del 2 de julio, cuando López Obrador permitió que el PRD interviniera, distribuyendo las listas de representantes de casilla a dirigentes locales para coordinar la vigilancia.

A pesar de que esta información ya era pública en el IFE, en la casa de campaña se negó su distribución a militantes perredistas por la supuesta sospecha de que fueran «vendidas» al PRI o al PAN.

Un perredista que recibió la lista de representantes de casilla la medianoche del viernes 30 de junio, confió a *Proceso* que mientras a los militantes del sol azteca se les prohibió formar parte de la estructura electoral, cuando hizo el recorrido para coordinarse con los encargados de la vigilancia de la jornada, se encontró con que «en las fachadas de sus casas unos tenían propaganda del PRI o del PAN, por ello el domingo tuvimos que implementar un operativo para vigilar a nuestros representantes».

Contó que el 2 de julio fueron a buscar a quienes no asistieron a las casillas y le dijeron que mientras el PRD les daba doscientos pesos por cuidar la elección, hubo quien les dio mil pesos por no acudir.

La inesperada ausencia de representantes de casilla en todo el país —de alrededor de treinta por ciento— resquebrajó las expectativas de voto de López Obrador, sobre todo, en el norte y el noreste del país, zonas originalmente asignadas a Manuel Camacho Solís y Socorro Díaz.

Si se observan los registros del IFE, la Coalición aseguró que en Nuevo León cubriría el 90.55% de las casillas; pero la realidad fue diferente. Documentos manejados dentro del PRD —a los que

Proceso tuvo acceso— consta que solo tuvieron presencia en alrededor el 31%, lo que significó que López Obrador apenas obtuviera 272,205 votos, mientras Calderón logró 838,797. Una derrota de tres por uno.

En Sonora, la coalición registró ante el IFE representantes en 90% de las casillas. Pero en los hechos, solo pudieron atender el 49% de ellas. Aquí la votación quedó así: López Obrador 213,983 votos, por 422,858 sufragios del panista. La diferencia es casi el doble, a pesar de que se confiaba en un incremento significativo con la incorporación a la campaña de Alfonso Durazo, ex secretario particular del presidente Vicente Fox.

En Chihuahua protegió solo el 66.71% de las casillas y el resultado fue así: López Obrador, 186,778 contra 472,258 del panista. Una diferencia de 2.5, muy lejana a la expectativa que significó hacer candidato al Senado al ex secretario de Gobierno de Patricio Martínez, Víctor Anchondo, quien fue impugnado por dirigentes perredistas en su momento.

Desde el domingo por la noche cuando empezaron los problemas para López Obrador, una de sus coordinadoras regionales de redes ciudadanas, Socorro Díaz, no ha estado cerca de él, ni tampoco asistió las juntas de evaluación, ni ha atendido a los medios de comunicación en las ruedas de prensa organizadas por la casa de campaña.

Uno de los estados bajo su responsabilidad fue Jalisco. Según los datos internos del PRD consultados por *Proceso*, tuvieron representantes en el 51% de las casillas y la votación fue de 533,165 para López Obrador por 1,367,994 para Calderón. La diferencia entre el PAN y la Coalición fue más del doble.

En Guanajuato sucedió algo similar. La coalición solo tuvo representantes en 66% de las casillas y Calderón los cuadruplicó la ventaja. López Obrador sacó 242,438 sufragios y el panista 1,090,696.

En esta entidad —en la que también hubo elecciones locales— Lorena Villavicencio —quien fue enviada por el PRD para supervisar la elección federal— enumeró a la corresponsal Verónica Espinosa los errores de la coalición: «Divisionismo, falta de coordinación entre el PRD, las redes y los representantes de la coalición; los terribles errores al momento de registrar candidatos que nos dejaron sin participar en varios municipios y la elección de un mal candidato a gobernador, Ricardo García»

Para Lorena Villavicencio, «Guanajuato se convirtió en una piedrita o una piedrota en el zapato de López Obrador», quien había tenido cierres nunca vistos por el perredismo en la entidad.

Fue tan mal el trabajo de Socorro Díaz que un mes antes de las elecciones la reprendió diplomáticamente en la junta de evaluación: «Socorro, sólo te quedas con Guanajuato. Leonel [Cota] se encargará de tu zona». Y Socorro dejó en manos de Cota Baja California Sur, Baja California, Sinaloa, Sonora y Jalisco.

Socorro había fallado por una simple ecuación electoral: no subir a los templetes en los mítines a los dirigentes locales del PRD. Lo mismo hizo Camacho Solís, pero él no recibió ningún reclamo por parte de López Obrador.

La promoción del voto también fue un caos. Yee llegaba a las juntas de evaluación y entregaba enormes listas con supuestos promotores de voto, los cuales, decía en las reuniones, ya estaban adiestrados para visitar casa por casa, mínimo tres veces durante la campaña.

«Pero fuimos sabiendo que esos promotores no existían, no vivían en los domicilios que habían dado o que nunca fueron visi-

tados por los coordinadores distritales para ponerse de acuerdo», dice un lopezobradorista.

De acuerdo a este mismo colaborador de López Obrador, la estrategia de promoción de voto incluía pagar, por medio de un contrato firmado, el trabajo de los 32 representantes estatales, a los trescientos coordinadores distritales, a subcoordinadores de acuerdo a la complejidad del distrito, así como a representantes de cada sección electoral.

La estrategia no era nueva: fue la misma que Andrés Manuel implementó cuando fue dirigente nacional del PRD. Aquella vez, se apoyó en las Brigadas del Sol, que a nivel nacional coordinaba Rosario Robles. Como resultado de esa experiencia, el perredismo salió del marasmo.

Sin embargo, en esta ocasión, los dirigentes del PRD no recomendaban a López Obrador seguir esa fórmula, porque sólo fueron apoyados económicamente aquellos que formaran parte de Redes Ciudadanas y no los militantes de toda la vida, lo que agudizó los conflictos entre ambos bandos.

Según otros lopezobradoristas, la coordinación de promoción del voto que encabezó Yee Rodríguez no ha dado cuenta al partido de los recursos aportados a los promotores que, sobre todo en los estados del norte, no aportaron los votos comprometidos.

Nos dice un lopezobradorista: «El peor error de la campaña fue haberles dado a Alberto y a Yee tal responsabilidad. Cualquier otro hubiera hecho mejor trabajo: Monreal, Ortega, Camacho, Duarte, Martí o hasta Arreola. Si hubieran hecho la tarea, en lugar de un megaplantón hubiéramos estado en la entrega y recepción del poder.

Les dimos todo a los adversarios para que nos metieran todos los votos posibles».

López Obrador dijo alguna vez que con un par de nalgadas entendía, cuando su padre lo vio trabado de coraje. Pero eso parece no ser cierto.

Cuando el IFE anunció que en su conteo oficial Calderón ganaba, Andrés Manuel le ordenó inmediatamente a Alberto que se hiciera cargo de la impugnación.

Dentro del equipo hubo desconcierto: cómo le delegaba a Alberto tal acción si por su culpa estaban metidos en un laberinto como los que solía escribir Borges.

Duarte, Monreal, Arturo Núñez y Dante Delgado, los abogados lopezobradoristas, tuvieron que conformarse con armar lo que se llamó el recurso madre, donde se impugnaba el resultado del XV Distrito en la delegación Benito Juárez.

Mientras lo redactaban, entre ellos surgió un debate: impugnar toda la elección o sólo los 150 distritos que Alberto había ordenado. Núñez y Dante se inclinaban por obedecer las órdenes de Alberto. Duarte y Monreal, en cambio, estaban convencidos de que debía impugnarse toda y no dejar resquicios jurídicos que fueran derrumbados con facilidad. Cuando Duarte y Monreal convencieron a sus compañeros, se enfrentaron a un problema: Alberto les dijo que sólo contaba con información sólida en esos 150 distritos y no podía hacer más. Un poco desalentados por la información que Alberto les dijo, los abogados se pusieron a trabajar con lo que tenían: Monreal y Núñez redactaron la primera parte de la impugnación (la de las tesis) y Duarte se encargó del apartado donde se pidió la nulidad de la elección.

Un par de días antes de presentar la impugnación ante el Tribunal Electoral, otros abogados le comentaron a Duarte y a Monreal que debían de impugnar todos los distritos que pudieran. Y Núñez y Dante se convencieron de que así debía de ser. Su dilema fue contradecir las órdenes de Alberto. Sabían que si hacían otra cosa fuera del guión, Andrés Manuel les reclamaría pasar sobre su autoridad o sobre la de Alberto.

Se la jugaron. Enviaron correos electrónicos a muchos de los representantes de la coalición para que impugnarán todos los distritos posibles. Al final, serían 231 distritos los impugnados. Fue obvio: Alberto se molestó. Una discusión interna. López Obrador no dijo nada, pero tampoco aplaudió la insubordinación.

El tiempo les daría la razón a los abogados: de los 150 distritos que Alberto ordenó impugnar, la coalición sólo obtuvo cacahuates. En los otros 81, fue donde Andrés Manuel recuperó más votos, donde la sospecha del fraude, para los lopezobradoristas, estaba mejor cimentada.

Un columnista con nexos salinistas ha escrito que Duarte falló, que López Obrador se equivocó en relegar a Monreal y a Núñez. La verdad es que Andrés Manuel es un hombre que no entiende con dos nalgadas: volvió a darle el poder a Alberto y la coalición volvió a tener un fracaso, ahora en el proceso jurídico para documentar legalmente el fraude que aducían.

VI

Cárdenas: ¿Qué hacemos, Andrés Manuel...?

Paradojas de la política: en el 2000, Andrés Manuel fue acusado de «traición» por no apoyar a Cuauhtémoc Cárdenas. Seis años después, los seguidores de AMLO acusarían por ese motivo al primer líder moral del perredismo. Dieciocho años antes, nunca nadie hubiera siquiera imaginado que ahí, en la misma plancha del zócalo que fue la cuna que viera nacer al movimiento perredista, un día alguien se atreviera a gritar «¡Cárdenas, traidor!», como ocurrió el 8 de julio del 2006.

Pero más aún, que los gritos contra el ingeniero no hayan sido atajados por quien fuera producto de ese movimiento y de su líder histórico Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano: Andrés Manuel López Obrador. Pero así fue. Y antes que intentar siquiera acallarlos, López Obrador parecía solazado en ellos.

Derrotado en los comicios presidenciales, la primera factura interna que Andrés Manuel hizo circular entre sus allegados llevó como destinatario a su antiguo amigo, protector y promotor político: Cuauhtémoc Cárdenas.

Quien en 1988, como líder del Frente Democrático Nacional

(FDN), lo reclutó en Tabasco por recomendación de Rafael Aguilar Talamantes y del pintor Daniel Ponce Montuy. El mismo que lo llevó de la mano y lo propuso para dirigir al Partido de la Revolución Democrática de 1996 a 1999. Quién lo empujó a la candidatura del PRD para el Gobierno del Distrito Federal, privilegiándolo por encima de viejos militantes como Pablo Gómez o de amigos del ingeniero como Demeterio Sodi de la Tijera.

Convencido de que el ingeniero Cárdenas lo traicionó por no haberse sumado a su campaña presidencial, Andrés Manuel López Obrador no deja pasar oportunidad, cuando está entre su círculo de mayor confianza, de externar su desánimo y rabia contra él. Por eso la carta de Elena Poniatowska, una de las intelectuales que se abrazó al lopezobradorismo como a una religión y quien públicamente ha criticado a Cárdenas diciendo que «por envidia» nunca apoyó a López Obrador. Por eso la ruptura con el diario que antaño fue más cardenista que perredista, *La Jornada*.

Pero la historia va más allá que el simplista argumento de la «envidia». En realidad, lo ocurrido durante el proceso electoral del 2006 entre López Obrador y Cárdenas es la historia del choque de dos caudillos que han dominado la vida del PRD en sus dieciocho años de existencia.

Dos indudables figuras políticas de la izquierda mexicana que hicieron a un lado la generosidad mutua y optaron por andar el camino de la mezquindad, sin valorar que millones de mexicanos depositaron en ellos la posibilidad de un país mejor. Dos líderes que caminaron juntos de 1988 al 2000, pero cuya separación está sembrada de pequeñas historias que los fueron alejando cada día más.

Como aquella con la que arrancaron sus diferencias, ocurrida en el proceso electoral del año 2000, cuando Cuauhtémoc se postuló contra viento y marea por tercera ocasión a la Presidencia de la

República por el PRD y Andrés Manuel a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal.

Por aquellos días, López Obrador fue rescatado por Cárdenas de una inexplicable gira de mil días que Andrés pretendía hacer por Tabasco, luego de haber dejado la dirigencia nacional del PRD. López Obrador, entonces, no sabía qué hacer, qué camino seguir. Y en lo inmediato se propuso volver a buscar la gubernatura de su estado.

Su paso como presidente nacional del PRD había sido todo un éxito electoral: cuatro gubernaturas, cientos de alcaldías y una votación que llevó a su partido a dejar de ser el «partido del quince por ciento».

Pero López Obrador cometió un error que echó por la borda todo lo que había hecho: tres meses antes de terminar su gestión, abandonó el barco, «cansado de las presiones», según dijo, y dejó al garete la elección interna para sucederlo.

Lo demás es sabido: sin control alguno, las tribus perredistas escenificaron el bochornoso fraude interno que minó las preferencias electorales hasta regresarlo a ser «el partido del once o doce por ciento». Justo cuando tenían enfrente los comicios presidenciales del 2000.

Cárdenas entonces pidió a López Obrador limpiar la elección pero no anularlas. Sabía que la anulación tendría un efecto directo en sus posibilidades de alcanzar la Presidencia de México y que, junto con el PRD, Cuauhtémoc también se iría a pique. López Obrador, sin embargo, no atendió la petición y determinó que las elecciones se anularan. El primer choque con el ingeniero estaba dado.

A pesar de todo, Cárdenas lo volvió a buscar meses después, cuando López Obrador ya no era dirigente y se había ido por los caminos de Tabasco. Le pidió que considerara la posibilidad de ser el candidato del PRD a la Jefatura del Distrito Federal. Y luego de

consultarlo con amigos y periodistas, Andrés Manuel aceptó, tras valorar que la gestión de un año de Rosario Robles en el DF constituía un capital político que le permitiría convertirse en el segundo perredista en ser electo gobernante de la Ciudad de México. La pareja estaba otra vez formada.

En sus cálculos, Cárdenas pensaba hacer una campaña presidencial contando con el respaldo del tabasqueño en el Distrito Federal. López Obrador tenía otra idea. Sabedor de que el ingeniero estaba enfilado a la derrota ante Vicente Fox, decidió marcar su distancia y evitó «contaminar» su campaña con la de Cárdenas.

Esto le valió a López Obrador una fuerte recriminación de quienes entonces estaban cerca del ingeniero. «Eso es una traición...», le dijo la directora de *La Jornada*, Carmen Lira, cuando éste se negaba a asistir al mitin de Cárdenas en la explanada de la UNAM. Pero López Obrador se mantuvo en su estrategia y, al final, terminó ganando, mientras Cárdenas sufría su tercer revés. El remate vino en el zócalo de la Ciudad de México casi al filo de la medianoche del 2 de julio. Cárdenas y Andrés Manuel llegaron juntos a festejar el triunfo en la capital. Al mismo tiempo, el Instituto Electoral del DF decía que la distancia entre López Obrador y Creel se reducía cada vez más. Ya era sólo de tres puntos.

«Vamos a defender el triunfo en esta ciudad», dijo Cárdenas «y no reconoceremos a nadie que pretenda imponerse por la vía de la ilegalidad». Paso seguido le brindo todo su apoyo a López Obrador poniéndose a su disposición política con una pregunta, ante la posibilidad de que le arrebataran el triunfo al tabasqueño en el Distrito Federal: «Tú tienes la palabra, ¿qué hacemos?» Pero el gesto de Cárdenas cayó al templete. López Obrador respondería: «yo sí gané».

La ruta estaba marcada por Andrés Manuel: tú por tu lado, yo por el mío. Y desde entonces caminaría así. Con recurrentes desen-

cuentros y un alejamiento que culminó en los comicios presidenciales del 2006 de manera frontal.

Primero fue la ausencia del ingeniero Cárdenas en la arena pública en los difíciles días del desafuero. En ese trance, Cárdenas siempre mantuvo una posición de lejanía y de ambigüedad.

Nunca externó clara y decididamente su apoyo a los argumentos que consideraron ese acto como un intento del Gobierno de Vicente Fox para dejar fuera de la carrera presidencial a López Obrador. Y aunque llegó a deslizar su oposición a las maniobras foxistas, se cuidó mucho de no dar su respaldo abierto a Andrés Manuel.

Pero tampoco López Obrador hizo nada. El 29 de agosto de 2004, en la primera gran marcha contra el desafuero muchos preguntaban «¿Y dónde está Cárdenas?» Después se sabría que el ingeniero sí había asistido, pero que López Obrador nunca se preocupó de invitarlo, ni siquiera de procurarle un lugar especial ni en la marcha ni en el templete del zócalo.

Algunas versiones de los allegados a López Obrador dicen que ese día resintió el mal que le aqueja en la pierna y que a duras penas podía caminar. Y adjudican a ese hecho que no haya ido en busca de Cárdenas para que caminaran juntos al frente de la marcha.

Pero los cardenistas, los de la llamada «Corte Celestial de Cárdenas», dicen que fue tan sólo un pretexto, que Andrés Manuel nunca buscó al ingeniero bajo ninguna circunstancia. «De hecho, Cárdenas se quedó esperando meses a que Obrador sólo le dijera dos palabras: “ingeniero, apóyeme”... Pero la soberbia de Andrés Manuel nunca lo dejó».

—¿Y la de Cárdenas...? ¿Por qué Cárdenas no tomó la iniciativa de *motu proprio*? ¿por qué tener que esperar a que se lo pidieran así, como si fuera imprescindible?

—Bueno, por una razón: el que necesitaba a Cárdenas en este proceso era López Obrador, ¿no?...

En los meses siguientes, las diferencias se ahondaron: López Obrador presentó su Proyecto Alternativo de nación y Cárdenas lo descalificó. Dijo que no podía apoyar a un candidato que negaba ser de izquierda y finalmente, viendo que en el PRD las fuerzas internas operaban ya bajo la lógica monárquica de «el rey ha muerto, viva el Rey», terminó refugiándose a un autismo político que rompería de manera abrupta el 14 de septiembre.

El tabasqueño, en tanto, buscaría, en sus declaraciones, hacer todo lo posible por negar diferencia alguna con Cárdenas. Así lo narra la crónica de Lilia Saúl en *El Universal*:

«Yo respeto mucho al ingeniero [Cárdenas], respeto su decisión. Va a haber tiempo para hablar, como él mismo lo ha expresado, habrá tiempo para ver las cosas», diría el 10 de diciembre, en el acto donde fue arrancó su campaña por la Presidencia de la República.

Ahí, Andrés Manuel López Obrador rechazó un posible rompimiento o desaire de Cuauhtémoc Cárdenas por la ausencia del primer ex jefe de Gobierno del Distrito Federal en su evento del sábado.

Hay que respetar su punto de vista [de no asistir al evento], ya había hablado con él por teléfono y quedamos en reunirnos después del proceso del PRD... hablamos en un tono respetuoso, siempre, nos llevamos bien y se van a volver a quedar con las ganas nuestros adversarios porque no va a haber diferencias. Nos llevamos muy bien. El ingeniero es el precursor de la democracia.

Pero en una entrevista con el reportero de *Proceso*, Álvaro Delgado, López Obrador dejaría en claro las verdaderas razones que tuvo para el alejamiento con Cuauhtémoc.

CÁRDENAS: ¿QUÉ HACEMOS, ANDRÉS MANUEL...?

«Sí, soy autoritario», reconoció Andrés Manuel en una conversación informal con el reportero, el año pasado, en el contexto del proceso de desafuero y la ambigua definición que al respecto tuvo Cárdenas.

López Obrador dijo que, al desplazar a Cárdenas como prospecto a candidato presidencial, implicó efectivamente una acción autoritaria, porque él no hubiera consentido un acto análogo.

«Me le atravesé al ingeniero, a quien respeto por su estatura moral. Lo entiendo. Si yo hubiera estado en su lugar, y alguien se me atraviesa, hubiera preferido irme a dar clases a una preparatoria de Macuspana.»

¿Cuánto de todo esto habrá sabido la escritora Elena Poniatowska antes de publicar que Cárdenas no había apoyado a López Obrador sólo por «envidia»? Sólo ella lo sabe. Al ingeniero Cárdenas, sin embargo, lo escrito y publicado por Poniatowska en el diario *La Jornada* del 10 de septiembre del 2006, le cayó como anillo al dedo para salir de su retiro político, con una carta cuyo destinatario real es, sin duda, Andrés Manuel. Cárdenas arranca así:

[...] No me corresponde hablar de las razones de Patricia Mercado ni del subcomandante Marcos para haber adoptado las posiciones que adoptaron frente al proceso electoral reciente, pero puedo asegurarte que no fue la envidia lo que los motivó a actuar como lo hicieron, sino que, entre otras cosas, sólo ejercieron su derecho a pensar diferente.

[...] En lo que a mí respecta, tu talento y trayectoria me obligan a darte una respuesta, obligadamente larga, de por qué no participé en la campaña de la coalición Por el Bien de Todos ni participo en

la Convención Nacional Democrática, que empieza por decirte que la envidia no ha tenido lugar hasta ahora en mi conducta, ni pública ni privada, y que nunca me he echado para atrás frente a los compromisos que he asumido a lo largo de una ya larga vida.

[...] Con Andrés Manuel he compartido por años propósitos y episodios importantes de la lucha por la democracia en nuestro país. Nunca exigimos incondicionalidad ni subordinación en nuestra relación. El trato en los muchos encuentros de los dos, puedo decirte, ha sido cordial y respetuoso.

[...] Mis desacuerdos o desencuentros con él no son de carácter personal. Las diferencias que existen entre ambos son relativas a las formas de hacer y entender la política y sobre algunos aspectos programáticos, acentuadas, ciertamente, cuando se trata como hoy de los destinos del país y a partir de que se iniciara el proceso que debía conducir a la pasada elección del 2 de julio y respecto al cual ambos definimos con anticipación y públicamente nuestras posiciones frente al país y a la ciudadanía, él a través de sus «veinte puntos», sus «cincuenta puntos» y del libro *Un proyecto alternativo de nación*, yo mediante la publicación de *Un México para todos*, de autoría colectiva. Aun con esas diferencias, mi voto fue por todos los candidatos de la Coalición, como en su momento lo hice público.

Y enseguida le echaría en cara el reclutamiento de ex priistas:

[...] Reconocerás que en el círculo de colaboradores cercanos de Andrés Manuel se encuentran algunos de los que instrumentaron el fraude electoral y la imposición en 1988 desde el Gobierno, el Partido Revolucionario Institucional, la Cámara de Diputados y la Comisión Federal Electoral, que impuso la banda presidencial a Carlos Salinas el 1 de diciembre de 1988.

CÁRDENAS: ¿QUÉ HACEMOS, ANDRÉS MANUEL...?

[...] Además, el que instrumentó la privatización del Canal 13 de la televisión; el que ha declarado que el proyecto económico de Andrés Manuel es el mismo que el de Carlos Salinas; el que pretendió promover la reelección de éste. Pero ninguno, que se sepa, ha pedido Andrés Manuel explicación sobre su cambio de piel política y ninguno la ha dado públicamente.

[...] Este mismo grupo es el que ahora, con algunas adiciones, acompaña a Andrés Manuel en sus nuevos proyectos y el de quienes podría pensarse que formarían parte de su Gobierno, que no sería por sus antecedentes y falta de deslindes, un Gobierno identificado con los principios y las luchas del PRD y de manera más amplia con aquellos de la izquierda mexicana.

Enseguida, Cárdenas explica su ausencia en la campaña:

[...] Lo que hasta aquí te he expuesto son algunas de las razones que a mi juicio determinaron el número de votos que obtuvo Andrés Manuel el 2 de julio. Por estas mismas razones no creo, contra lo que tú has declarado, que mi ausencia de los actos públicos de la campaña haya provocado una dramática disminución de las preferencias electorales a favor de la coalición. Seguir argumentando más sobre estas cuestiones, sería entrar a un terreno estéril de especulaciones.

Para la recta final de su carta, el ingeniero Cárdenas dejó las siguientes banderillas:

[...] En otros temas, me preocupa profundamente la intolerancia y satanización, la actitud dogmática que priva en el entorno de Andrés Manuel para quienes no aceptamos incondicionalmente sus propuestas y cuestionamos sus puntos de vista y sus decisiones, pues con ello se

contradicen principios fundamentales de la democracia, como son el respeto a las opiniones de los demás y la disposición al diálogo.

[...] Me preocupa, asimismo, que esas actitudes se estén dando dentro del PRD y en sus cuadros dirigentes, pues se inhibe el análisis y la discusión de ideas, propuestas y alternativas entre compañeros, más allá de que esa cerrazón se extiende también a lo que pueda llegar de afuera del partido; que la conducción política y las decisiones tomadas después del 2 de julio, como el bloqueo de Madero, Juárez y el Paseo de la *Reforma* —excluyo la ocupación de la plancha del zócalo— se estén traduciendo en pérdidas y desgaste del movimiento democrático en lo general y del PRD en lo particular.

[...] Me preocupan los cambios contradictorios de línea política: a un medio de información norteamericano Andrés Manuel le declaró no ser de izquierda, cuando había declarado serlo a lo largo de precampaña y campaña. Por otro lado, el 10 de agosto pasado se publicó en *La Jornada* una entrevista que hiciste a Andrés Manuel en la que preguntaste: «Si llegaras a la Presidencia, ¿tendrías que moderarte?»

[...] A lo que respondió: «Si la institución te lo exige, yo lo haría. Es más, durante la campaña y hasta ahora no he dicho cosas que pienso sobre mi país, porque me he autolimitado, porque mi rol es hasta ahora uno. Una vez que se resuelva este asunto [el conflicto poselectoral], ya veremos.

[...] Pero muchas cosas me las guardé porque uno tiene que actuar de una manera cuando es candidato y, desde luego, actuar de otra manera cuando se es presidente, y de otra manera como dirigente de resistencia social. Pero en cualquier circunstancia uno tiene que mantener sus principios. Es nada más un asunto de matices, de moderación.

[...] ¿Por qué entonces guardarse de fijar posiciones y hacer pro-

puestas, cuando era precisamente en su calidad de candidato a la Presidencia cuando se tenían que hacer definiciones que atrajeran con lealtad y orientaran con rectitud el voto de la ciudadanía? ¿No es principio básico de un comportamiento leal y democrático actuar con transparencia y hablar con la verdad? ¿Cómo lo explicas tú?

[...] En reciente documento suscrito por Andrés Manuel se plantea que la convención que él ha convocado para celebrarse el 16 de septiembre «decida si el órgano de Gobierno y quien lo represente, se instale y tome posesión formalmente el 20 de noviembre o el primero de diciembre de 2006.

[...] Aquí me surge la siguiente pregunta: si se considera que el Gobierno actual ha quebrantado ya el orden constitucional ¿para qué esperar al 20 de noviembre o al 1 de diciembre, por qué no empezar por desconocer a la administración en funciones, como sucedió cuando el movimiento constitucionalista encabezado por el Primer Jefe Venustiano Carranza desconoció al Gobierno usurpador de Huerta, a los poderes Legislativo y Judicial y a los gobiernos estatales que no acataran el Plan de Guadalupe?

[...] No pienso que así deba procederse. Hacerlo sería un craso error, de altísimo costo para el PRD y para el movimiento democrático en su conjunto. Por el contrario, estoy de acuerdo con la sensatez y sabiduría de Luis Villoro, que en un artículo reciente dice que la discusión de un proyecto nuevo de nación requiere de tiempo para su debate y no puede aprobarse en un acto declaratorio en el zócalo, al calor de un discurso, pues haría falta por lo menos la consulta y la anuencia de delegados de toda la República.

[...] Es decir, agrego yo, de un amplio proceso de análisis y discusión, que en función de un proyecto de nación construido colectivamente en la pluralidad y mediante procedimientos democráticos, desemboque en la elaboración de una nueva norma constitucional.

[...] Villoro expresa también que «muchos no podemos estar de acuerdo con nombrar un nuevo presidente en rebeldía. Esto rompería, aunque sólo fuera simbólicamente, el orden constitucional. Para sostener una amplia y permanente oposición lo que menos necesitamos son actos provocadores.

[...] Lo que sí es necesario, pienso yo con muchos conciudadanos, es caminar hacia la paulatina realización de un nuevo proyecto de nación para el porvenir cercano... Un proyecto de oposición podría seguir ciertas ideas regulativas: una nueva ley electoral; una nueva legislación sobre los derechos de los pueblos indígenas; resistencia contra la privatización de los recursos naturales; lucha contra la corrupción; ampliación de la educación en todos sus niveles; lucha para disminuir radicalmente la desigualdades económicas y sociales. Una izquierda nueva podría aglutinarse, sin perder diferencias, en las líneas de un proyecto semejante.

[...] Como ves, con esta larga carta lo que hago es defender el derecho a disentir, a pensar diferente, a pensar que cuando se ha impedido ha conducido a dictaduras, opresión, represión, sectarismos e intolerancia, que estoy cierto, ni tú ni yo queremos ver en nuestro país.

Y sin faltar a la cordialidad, se despide:

Muy atentamente,

Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano

Dieciocho años de encuentros y desencuentros llegaban a su clímax con la carta del ingeniero Cárdenas el 14 de septiembre del 2006. Una historia que, sin duda, tuvo efectos en la votación del 2 de julio. Una historia que explica las voces contra Cárdenas en la

LA VICTORIA QUE NO FUE

plaza del zócalo. Y que explica, también, por qué López Obrador no ha hecho nada para acallarlas. Una historia que, sin embargo, nadie entiende, nadie justifica... Pero la de Cárdenas nos diría: «No soy ningún traidor».

VII

Los enemigos de casa

En sólo seis años, la perredista Amalia García ha engrosado su currículum con un dudoso récord que presumir: contribuir a que su partido pierda dos elecciones por la Presidencia de México.

Primero fue en el 2000, cuando Cuauhtémoc Cárdenas buscó por tercera ocasión llegar a Los Pinos, precedido del escandaloso fraude electoral interno por la Presidencia del PRD, que le quitó quince puntos porcentuales en las preferencias electorales al ingeniero. Fraude en el que la corriente de Amalia fue señalada como parte fundamental para la anulación de las elecciones internas.

Ahora, la historia tuvo su origen en la disputa por el poder en Zacatecas. Para nadie es un secreto en esa entidad, y aún dentro del PRD, que entre Amalia y Ricardo Monreal media una larga distancia que ha llegado a ser, por momentos, rivalidad encarnizada. De esas que no se ven públicamente, pero que deja talones y huesos rotos bajo la mesa.

Militante de toda la vida en la izquierda, Amalia fue testigo desde el PRD de la separación de Monreal de las filas priistas y de su posterior encumbramiento como candidato y gobernador de Zacatecas, por el partido al que antes combatió como priista.

Bloqueado por Ernesto Zedillo para alzarse con la candidatura del PRI a la gubernatura del estado, Monreal dio en 1997 un paso que pocos creían posible: trasladar su militancia al PRD, que por entonces prácticamente no era nada en aquella entidad.

Y con la salida de Monreal, el PRI quedó huérfano, pues a la par se fueron tras él los principales dirigentes estatales y municipales que, de la noche a la mañana, le darían al PRD una fuerza nunca imaginada en Zacatecas.

Con todo el aparato del PRI en contra, e incluso con la amenaza de ser llevado a la cárcel mediante acusaciones nunca probadas de presuntos vínculos con el narcotráfico, salidas todas ellas desde los sótanos de la casa Presidencial en la que vivía Ernesto Zedillo, Monreal ganó la elección en 1998 y desde entonces el PRD arrasó en cuantos comicios locales hubo en el estado. Hasta el 2006.

Sin nadie que le hiciera sombra, Monreal tejió una fuerza local que lo llevó, por un lado, a postularse incluso como precandidato del PRD a la Presidencia de México, y por otro, a buscar que su sucesor en la gubernatura fuera —lógica política tradicional—, uno de los suyos. Pero se le cruzó Amalia.

Mujer nacida en aquella entidad, pero con una trayectoria política hecha principalmente en el Distrito Federal, Amalia venía de ser la presidenta nacional del PRD y decidió apostar todo su capital político para convertirse en la sucesora de Monreal.

Zacatecas era, en el 2002, una gran puerta para la carrera de Amalia, toda vez que ante el fracaso del 2000 a manos de Vicente Fox, sus compañeros del PRD le pasaron la factura por el desastre electoral y buscaron, incluso, que renunciara a la dirigencia tras los comicios presidenciales.

Sin mayores expectativas y posibilidades reales de mantener una posición de primera línea en el PRD, la mira de Amalia fue

puesta en Zacatecas, estado que ya había sido gobernado por su padre, Francisco Espartaco García Estrada, de 1956 a 1962, bajo el emblema del PRI.

El choque, entonces, fue inevitable entre Monreal y Amalia. Monreal buscó hasta el último momento que la candidatura del PRD recayera en Tomás Torres, el más cercano de sus funcionarios en el Gobierno estatal, al cual las encuestas, sin embargo, no tenían como uno de sus políticos consentidos.

Y, precisamente, a ese terreno, al que Amalia llevó la contienda interna en el PRD de Zacatecas: el de las encuestas, las cuales la tenían mucho mejor colocada que el delfín de Monreal.

Y sin embargo, la disputa fue encarnizada hasta el último momento. A tal punto, que Amalia llegó a decir que «nunca había visto algo así», para referirse al apoyo que según ella le estaba dando Monreal a Tomás Torres.

La candidatura, finalmente, la resolvieron la encuestas y Amalia ganó. Y luego se hizo gobernadora en los comicios de julio del 2004, con una votación en la que obtuvo 231 mil votos. 160 mil votos más que el PAN.

En la elección presidencial del 2006, sin embargo, las cifras fueron muy diferentes. Andrés Manuel obtuvo en Zacatecas 187 mil votos, mientras que Felipe Calderón 167 mil sufragios. Tan sólo 20 mil votos de diferencia pudo darle el trabajo de Amalia a su candidato presidencial. O bien, 140 mil votos menos de la diferencia con que García había barrido al PAN dos años antes. Y la causa de ello, se comenta insistentemente en el PRD, fue que Amalia no permitió que Monreal fuera candidato de mayoría al Senado de la República.

Obsesionada con la sombra de Monreal en Zacatecas, Amalia ha hecho todo lo posible, desde que llegó a la gubernatura, por borrar del mapa las redes y fuerza de su antecesor. La gobernadora, ha dicho,

es ella y nadie más. Por eso a Monreal solo le llegan invitaciones de cortesía a actos protocolarios del Gobierno local. Nada que tenga que ver con política real, ni mucho menos decisiones que puedan mantener la presencia del ex gobernador en la entidad.

Y ser candidato de mayoría al Senado era abrir la posibilidad para que Monreal hiciera campaña, y a partir de ahí, abrir la puerta para que pudiera reconstruir y robustecer su fuerza política en el estado. Por eso, cuando el CEN del PRD dijo que Monreal fuera candidato de mayoría, para que con su campaña atrajera más votos para López Obrador, Amalia lo rechazó tajantemente. «Que sea plurinominal», sentenció la gobernadora, a sabiendas de que así Monreal no tendrían nada que hacer en Zacatecas. Y nadie la movió de ahí.

Monreal, entonces, se desapareció del estado y dejó toda la responsabilidad en la gobernadora, una política que a lo largo de su carrera ha mantenido vínculos cercanos con panistas que formaron parte importante del equipo de Calderón, como Josefina Vázquez Mota, quien en el 2004 fue de las primeras panistas en telefonarle para felicitarla por su elección.

Dicen de ella en el PRD quienes le tienen fobia: «De unos años a la fecha, Amalia es producto de *La Jornada*, ya no sabe hacer política».

Quienes conocen a Andrés Manuel saben que se ha movido en la política a partir de una fórmula: «Tantos principios como sea posible y tanto pragmatismo como sea necesario». Por eso, a nadie que está cerca de él le causó extrañeza las palabras que pronunció en Saltillo el 17 de febrero de 2006: «Lo del priismo es una enfermedad que se quita con el tiempo», diría con sorna Andrés Manuel, ante la creciente inconformidad que dentro y fuera de su partido se daba por la

incorporación de decenas de ex militantes priistas perfilados a candidatos para los comicios del 2 de julio.

Hoy quizá sepa Andrés Manuel que, efectivamente, el priismo es una enfermedad que puede curarse con el tiempo, pero también que la gente aprendió a vacunarse contra ese mal, por la vía de la memoria y el voto. Y que la gente, al final, termina alejándose de quien porta ese virus, para evitar cualquier riesgo de contagio. Andrés Manuel, sin embargo, nunca pareció entenderlo así. Porque de nada le sirvió a López Obrador la evidencia de que en México cada vez más ciudadanos van dejando de votar por el viejo PRI. Que con cada elección federal, el priismo pierde votos sin límites. Y que sus militantes y dirigentes son cada vez más repudiados en la arena ciudadana.

Por ello perdieron en 1997, por vez primera, la mayoría en la Cámara de Diputados federal. Por ello fueron echados de Los Pinos en el 2000. Por ello no les alcanzaron los votos para recuperar su fuerza en los comicios federales del 2003.

Hombre que dice recurrir siempre a la historia para tomar decisiones políticas, López Obrador no hizo caso en esta ocasión de la reciente historia electoral del país.

Alguien debió recordarle a Andrés Manuel que después de Zedillo —quien obtuvo diecisiete millones de votos en 1994— cinco millones de mexicanos dejaron de votar por el PRI para los comicios del 2000: Labastida sólo alcanzó doce millones de sufragios.

O bien, bastaba con echar una mirada a los compendios de resultados electorales para saber que en las elecciones para diputados federales, el PRI tuvo trece millones en el 2000 y tres millones menos en el 2003.

¿A quién diablos, entonces, se le ocurrió pensar, en el equipo de López Obrador, que una parte fundamental de la estrategia para ganar el 2006 debía pasar por postular candidatos priistas? «A López

Obrador», nos responde uno de sus más cercanos colaboradores, con voz serena y tono de resignación.

La estrategia estuvo delineada desde un principio. Monreal sería uno de los responsables de fracturar las filas de los gobernadores priistas, en tanto que Camacho Solís y Socorro Díaz irían por sus respectivas zonas del occidente y norte del país recolectando a todos aquellos militantes o dirigentes del PRI que no habían alcanzado una posición en su partido; de esos que de la noche a la mañana se vestían de demócratas. En otros casos, la tarea fue encomendada a distintos dirigentes de corrientes internas con presencia nacional o regional.

Así fueron llegando personajes como los siguientes:

Víctor Anchondo Paredes, candidato al Senado por Chihuahua: hasta el 2006 militó toda su vida en el PRI y llegó a ser secretario general de Gobierno y gobernador sustituto de Patricio Martínez, luego del atentado de que fue objeto en el 2001, cuando una bala se le incrustó en la cabeza. Fue, sin duda, una de las candidaturas que más molestia causó al interior del PRD, toda vez que este mismo partido, en una demanda de juicio político contra el gobernador Martínez, en el 2005, acusaban directamente a Anchondo de ser cómplice en diversos delitos: «Anchondo fue parte de un Gobierno cruzado por el crimen organizado, represor, pues sus agentes y funcionarios se vieron implicados en actos de tortura y homicidio en la persecución de los homicidios de mujeres y en casos de corrupción política, ya que la notaría pública de Anchondo participó en las operaciones de adquisición inmobiliaria de Patricio Martínez y su círculo cercano», comentó el diputado local del PRD, Jaime García Chávez, en entrevista con la revista *Proceso*.

José Guadarrama Márquez, candidato a diputado: la opinión que de este político tiene el PRD está documentada en los propios archivos y libros que el perredismo ha escrito sobre derechos humanos, repre-

sión y asesinatos en la época de Carlos Salinas de Gortari. En innumerables textos periodísticos, el PRD lo tachó del «mayor mapache electoral» del PRI luego de ser el operador de Roberto Madrazo en los comicios de Michoacán en 1991, cuando Luis Donaldo Colosio dirigía el priismo.

Arturo Núñez Jiménez, candidato a diputado: líder de la bancada del PRI en la Cámara de Diputados cuando se aprobó el Fobaproa y defensor de Madrazo para que no se le realizara juicio político. No hace falta decir más.

Alfonso Durazo, candidato al Senado: de secretario particular de Colosio pasó a ser secretario particular y vocero de Vicente Fox. Desde este cargo promovió insistentemente el desafuero de Andrés Manuel.

Raúl Sifuentes Guerrero, candidato al Senado: dejó el PRI luego de ser secretario general del Gobierno de Enrique Martínez y Martínez en Coahuila y tras haber fungido como subprocurador, en los tiempos en que el titular de la procuraduría era Raúl Garza Serna, un personaje que había sido delegado de la PGR en Jalisco «en momentos en que el comandante de la zona militar era el general Jesús Gutiérrez Rebollo, encarcelado por sus vínculos con el desaparecido Amado Carrillo, jefe del Cártel de Juárez», según documentó *Proceso*.

Víctor Manuel Gandarilla, candidato al Senado: nacido en Sinaloa, este priista, apenas unos meses antes de incorporarse al PRD, había sido uno de los más fervientes defensores y promotores de Madrazo como precandidato presidencial. «El PRI resurgió como el ave Fénix gracias a Roberto», decía Gandarilla en los días en que más fuerte estaba la pugna entre Madrazo y ex el gobernador mexicano Arturo Montiel.

Enrique Ibarra, candidato a la gubernatura de Jalisco: abogado

de profesión, Ibarra fue toda su vida defensor del PRI tanto en el terreno político como judicial. En el 2000, la dirigencia priista lo designó representante del PRI ante el IFE para defender a Labastida. Y de hecho, el PRD se fijó en él sólo por default. Y es que para Jalisco, Andrés Manuel quería que el candidato fuera Arturo Zamora, quien venía de ser alcalde Zapopan. Distintas voces, como la de Monreal, le hicieron saber a López Obrador que tuviera cuidado, que a Zamora se le vinculaba con el narco y que era muy peligroso hacerlo candidato.

Luego de pensarlo un tiempo, Andrés Manuel ordenó que se buscara otro aspirante. Y entonces apareció Ibarra. Uno de los operadores políticos de Zamora cuenta la historia: «Cuando se desechó la candidatura de mi jefe, éste se reunió con [Federico] Arreola y le dijo que si no lo querían a él, ahí estaba su abogado Enrique Ibarra, que seguramente no ganarían con él, pero que sí les ayudaría aumentar en mucho la votación del PRD en Jalisco». Los ejemplos fueron multiplicándose.

En Baja California se hacía perredista el empresario José Gabriel Cota López (candidato al Senado), un productor de medicinas que hizo fortuna en Tijuana y en cuya hoja de vida tiene haber sido investigado en los Estados Unidos por la agencia antinarcoóticos DEA, caso que lo llevó a declararse culpable de almacenamiento indebido de medicamentos.

Y con cada historial una nueva protesta surgía dentro y fuera del PRD, sin que López Obrador les diera la menor importancia. Aunque se lo dijeran las encuestas y los análisis puntuales como el que María de las Heras daba a conocer en abril del 2006, cuando los sondeos comenzaban a marcar ya una difícil situación para el candidato de la Coalición.

Escribió De las Heras:

Conforme lo han medido otros encuestadores se ha registrado un descenso en la votación que podría tener en este momento López Obrador...Heras-*Milenio* calcula que de mediados de marzo a la fecha el candidato del sol azteca ha perdido el equivalente a setecientos mil votos, que en números absolutos es el 1% del total de electores. Mucho se ha especulado estos días sobre los porqués de estas variaciones. Hay quien asegura que las campañas negativas del PAN y Madrazo contra López Obrador son las que han motivado estos cambios. Yo personalmente creo, porque así me permite observarlo mi encuesta, que más que los ataques de sus adversarios, el candidato del PRD lo que más está resintiendo es el peso de incorporar en las listas para senadores a personajes vinculados con el PRI, y lo está haciendo a costa de sus compañeros de partido.

El mismo día en que De las Heras daba a conocer su encuesta, *Ciro Gómez Leyva*, en su «Historia en Breve» del diario *Milenio*, se preguntaba: «¿Qué ocurrió? ¿Por qué López Obrador está en riesgo de perder la delantera en los kilómetros finales? ¿Por qué 700 mil personas que pensaban votar por él hace un mes cambiaron de opinión?» Y se respondía en el párrafo siguiente: «María de las Heras da una clave... Más que del “efecto chachalaca”, se trataría del “efecto galina, vegagalina”. Lo cierto es que la tendencia ha dado un vuelco».

Ciro hacía referencia a otra candidatura polémica en el PRD, la del líder del Sindicato del Seguro Social, Roberto Vega Galina, quien sin haber renunciado aún a su militancia priista ya estaba considerado en las listas del PRD para el Senado de la República.

Setecientos mil votos calculó María de las Heras que perdió López Obrador con la estrategia de incorporar a desprestigiados priistas a la lista de candidatos de la Coalición. Casi tres veces lo que terminó por la diferencia oficial que marcó su derrota.

Su pragmatismo, esta vez, terminaba siendo un error político de dimensiones importantes. Pero su soberbia volvería a imponerse. «El priismo es una enfermedad que se quita con el tiempo», diría el 17 de febrero en Saltillo, cuando buscaba justificar la decisión de sumar a ex priistas. «El problema no es con los priistas o panistas de abajo...el problema es con los de arriba, con las cúpulas», insistía López Obrador.

Al final, sin embargo, los «de abajo», nunca le perdonaron que metiera en las listas del PRD a decenas de priistas «de arriba», porque hasta donde se sabe, nunca, ningún priista «de abajo» tuvo posibilidad alguna de ser candidato de la Coalición.

Muchos perredistas, sin embargo, no se explican aún por qué si Andrés Manuel decidió que la incorporación de priistas fuera una parte importante de su estrategia para ganar votos, haya actuado tan contradictoriamente cuando su gente lograba la caza de un pez gordo.

Militante de toda la vida en el PRD, un alto dirigente de ese instituto político fue comisionado para establecer contacto con gobernadores del PRI que, eventualmente, pudieran ser convencidos de pasarse, en plena campaña electoral, a las filas del PRD y a dar su respaldo público a López Obrador.

Cinco gobernadores priistas recibieron al enviado de Andrés Manuel. A los cinco les pidió «dejar el PRI y apoyar a López Obrador». Y de los cinco, cinco le dijeron lo mismo:

—Si alguno de los otros cuatro se abre públicamente a favor de Andrés, yo lo sigo, cuenta con ello.

Confiado en ello, este dirigente perredista que acepta contar la historia sin revelar su identidad —no por temor, sino por respeto a los gobernadores priistas que aceptaron la posibilidad de dejar a

su partido»—, revela que luego de semanas «logramos que uno nos dijera que sí, que órale, que estaba dispuesto a jugársela con Andrés Manuel».

—¿Y qué pasó? —le preguntamos.

—Qué Andrés nunca quiso recibirlo...

—¿Cómo...? Si López Obrador le abrió las puertas a prácticamente a todo priista que así lo quisiera.

—Pues sí, pero con este gobernador dijo que no, que no tenía nada que tratar con él. Que si el gobernador quería salirse del PRI y apoyarlo, que lo hiciera así, pero que él no lo recibiría porque sería asumir un compromiso al que no estaba dispuesto.

—¿Y era seria la palabra de ese gobernador? —le volvemos a preguntar al dirigente perredista.

—Claro. El gobernador incluso marcó la ruta: se comprometió a que tan pronto hablara con López Obrador y se estableciera un acuerdo formal con él, su secretario de Gobierno renunciaría y de inmediato anunciaría que lo hacía para irse como candidato a senador por la Coalición; luego lo harían otros dirigentes del PRI en ese estado, para los cuales el gobernador pidió se les abrieran espacios a diputaciones, y como tercer paso el propio gobernador anunciaría su salida del PRI e incorporación al proyecto político de Andrés. Después, cuando se supo lo que había pasado, ningún gobernador de los cinco quiso saber ya nada de esa posibilidad. Absurdo, ¿verdad...? —indica.

El pragmatismo de López Obrador nunca fue entendido por sus colaboradores. Quienes se preguntaban por qué jalar a tanta morralla priista y negarse al mismo tiempo a platicar con personajes que le garantizaban más votos, como Elba Esther Gordillo.

Se sabe que Elba Esther intentó negociar con López Obrador en

agosto del 2005. La maestra Gordillo entendía desde entonces que en el PRI era inminente que le aplicaran la eutanasia. Por eso buscó un refugio político. Sus vínculos con Marcelo Ebrard y Camacho Solís le ayudaron a enviarle un mensaje a Andrés Manuel: «Yo lo hago presidente con ayuda de los maestros, pero quiero espacios en su Gobierno».

López Obrador nunca la recibió y a Camacho Solís y a Ebrard les advirtió que si llegaban a un acuerdo con Elba Esther sería responsabilidad de ellos. Los dos lopezobradoristas entendieron el mensaje: nada con Gordillo.

—¿Por qué no acordó con Elba? López Obrador se rodeó de muchos ex priistas con reputaciones misteriosas... —le preguntamos a un cercano colaborador que conoce la historia.

—Es que hay de mierda a mierda.

Elba se iría con Calderón y dejaría pruebas de su colaboración.

En una tarea de contraespionaje, la coalición obtuvo un par de grabaciones que deben ser consignadas aquí por su relevancia. La primera es entre Elba (EEG) y el gobernador de Tamaulipas, Eugenio Hernández Flores (EHF), realizada la tarde del 2 de julio:

EHF: Sí, buenas tardes.

EEG: Buenas tardes, ¿cómo le va, mi querido amigo?

EHF: Pues aquí andamos batallando un poquito, pero ahí vamos, ¿cómo vamos?

EEG: A ver, por eso le estoy hablando, ¿ya sabe quién habla?

EHF: Sí, sí.

EEG: Nuestra encuesta tiene, por una red que armamos en todo el país —án dele, interrumpe el gobernador—, de 6,364 cuestionarios apenas llevamos... De 14 mil llevamos 6 mil, perdón. Y van así: 34.1

PAN, 22.96 PRI, 33.68, PRD. Ya se cayó el PRI, eh —muy bien, dice Hernández—. Entonces hay que saber cómo actuar.

EHF: Así es, maestra.

EEG: Hay que saber cómo actuar y aquí sí viene la decisión de fondo, porque la información que hay acá en los estados de nuestros amigos —ajá, acota de nuevo el gobernador—, Tamaulipas y Coahuila están con todo por el PRI y van a hablar, no sé si ya hablaron, vale más que ustedes se adelanten, si así lo deciden, con Felipe, para vender lo que tengan, el PRI ya se cayó, ¿eh?

EHF: No, eso nos queda muy claro.

EEG: No sé por dónde andes, por azul o por amarillo, pero si va por azul es lo que pensamos, vale más hablarle a Felipe y decirle algo para no quedar mal.

EHF: Sí, yo creo que todo va bien.

EEG: Vamos a sacar ahorita todo el voto ciudadano.

EHF: Aquí estamos haciendo la chamba, eh, por ahí, este...

EEG: Por eso quise hablar, porque el informe que tienen es que todo para el PRI, y no es verdad, porque eso es institucional. Ante la caída, creo que lo interesante es hablar con Felipe y vendérselo.

EHF: Así es.

EEG: No.

EHF: Entonces habla con mi vecino también, para ver cómo anda.

EEG: Cómo andan, pero ya, ya se va despejando, ya el voto duro ya salió. Bueno, yo te comunico y espero tu decisión.

EHF: Ok, le agradezco mucho, maestra.

EEG: Si te decides por azul, no lo vayas a... —claro, dice Hernández—. Un abrazote.

EHF: Igualmente, gusto en saludarla, maestra, estamos en contacto.

EEG: Igualmente.

La siguiente, otra vez el personaje central es el gobernador Eugenio Hernández (EHF), quien el 3 de julio se comunica con Pedro Cerisola (PC), hoy secretario de Comunicaciones y Transportes, pero que en el 2000 llegó a la campaña de Fox como uno de los mariscales que se propusieron vender al candidato como si fuera un refresco. La conversación:

PC: Eugenio.

EHF: Secretario, buenas tardes, ¿cómo estás, Pedro?

PC: Pues muy agradecido, creo que sobregiraste.

EHF: No, hombre [risas].

PC: Con mucho gusto y mucho aprecio.

EHF: No, me da mucho gusto, lo hago con mucho afecto y además nos has ayudado bastante.

PC: No, cuenta con todo... ¿que vas a ver a... Manuel Espino?

EHF: ¿A quién?

PC: Manuel Espino.

EHF. No sé, hablé con él hoy en la mañana, echamos una platicada.

PC: Me dijo que lo mejor es que te diga que si podía echarte un grito y pedirte que le echaras la mano.

EHF: Ándale, sí, ¿qué necesita?

PC: No sé qué te vaya a pedir.

EHF: Ah, bueno. Fíjate, voy llegando aquí a Toluca. Voy a una reunión con gobernadores de nuestro partido a analizar qué vamos a hacer. Yo creo que hay [que] irnos con la... con el IFE y aguantar vara.

PC: No creo que vaya en ese sentido, pero de todas maneras yo te lo quería plantear. Me dijo, «oye, ¿tú tienes contacto con algunos

que sean amigos tuyos?» Le dije, «pues dos o tres que son amigos, los demás son sólo conocidos».

EHF: Así es.

PC: Pues si les puedes echar un grito y decirles que nos echen una mano, pues con todo gusto lo hago, sobre todo porque hay que mantener la...

PC: Claro, no, estamos nosotros con eso... así es; ésa es nuestra convicción y así lo ha determinado un grupo de amigos, colegas, hace unas semanas, cuando vimos que esto podía cerrarse, podía ocurrir.

PC: Yo no le veo ningún problema, conociendo a los que conozco, y que con todo gusto haría yo el trámite.

EHF: No, te agradezco mucho que me hayas hablado, Pedro. Cuenta con nosotros en ese sentido, somos varios colegas que estamos en ese tenor y de hecho.

PC: Un saludo.

EHF: Igualmente, Pedro.

Al final de la campaña, muchos de los hombres más cercanos a López Obrador intentarían explicar ese pragmatismo. Dos respuestas hemos escuchado entre la propia gente de López Obrador:

1) Porque Andrés se propuso ganar la Presidencia de México sin compromisos importantes que lo ataran de manos. Siempre dijo que prefería no llegar a la Presidencia, a llegar con las manos atadas. Por eso no quiso reunirse ni pactar con empresarios, ni con nadie de alto tonelaje. Se cuenta que, cuando estaba en la cima de las encuestas, muchos empresarios buscaron una reunión con él. A todos les mandó a decir lo mismo: «No me interesa platicar con ustedes». Eso, obviamente, enfadó a los millonarios, acostumbrados a que todos los políticos caen en sus redes.

LA VICTORIA QUE NO FUE

2) Porque se equivocó... aunque nunca lo vaya a reconocer. Y la equivocación —dicen sus allegados— estuvo en la falta de congruencia: o aceptabas a todos los priistas, o a ninguno. Y si no se aceptaba a ninguno, debió buscarse una estrategia alterna, la cual no existió.

VIII

Ugalde y el caos

La noche del 2 de julio juntó los dos universos separados: los errores de Andrés Manuel y la fuerza del estado foxista. Un tercer elemento estaba en camino: el IFE.

Y el IFE vendría a aportar su cuota al universo que el Gobierno había puesto en contra de López Obrador.

Todo estaba desordenado, como si alguien acabase de terminar un registro rápido y violento. Por todos lados de la mesa, desparramados, había papeles: encuestas de salida, reportes escritos a mano que hablaban de que había fallado el acarreo a las casillas y hojas con cortes informativos del Programa de Resultados Preliminares, contratado por el IFE, en los que extrañamente Calderón nunca era rebasado por López Obrador.

Esa noche los lopezobradoristas estaban desconcertados. Sus *exit polls* decían una cosa y el PREP otra. Por eso no podían creer que el presidente del IFE, Luis Carlos Ugalde, optara por negarles, por segunda vez en menos de tres horas, la tendencia favorable que ellos decían tener.

No podían creerlo, pero ya sabían que eso pasaría. Antes de que cerraran las casillas un informante del IFE se lo había dicho a Horacio Duarte: «Ugalde no va a anunciar ganador». Se tragarón los minutos y entonces Gerardo Fernández Noroña, el vocero perredista, soltó la frase: «¡Se cayó el sistema, hijos de la chingada!»

Quién sabe si dijo se cayó o se calló. Pero la orden que llegó en ese momento a los celulares fue tajante: «Todos a la sala de prensa, todos. Vámonos». No había marcha atrás. Saldrían a retar el silencio del IFE, de Ugalde. Jesús Ortega tomaba las riendas de la campaña por vez primera y encabezaba la revuelta contra el instituto: los datos que le llegaron a Federico Arreola, durante toda la jornada, les favorecerían y debían darlos a conocer, aunque eso significara madrugar al instituto.

Por ejemplo: hacia las tres de la tarde, Covarrubias les daba cuatro puntos de ventaja. Lo mismo Parametría y hasta ganaban por tres puntos en un sondeo interno del PRI que logró conseguir Jesús Zambrano.

«¡No nos van a quitar el triunfo!», se fue rumiando Noroña a la conferencia. Y Zambrano decía: «Son chingaderas, nos quieren robar la elección». Entonces dieron a conocer la encuesta de salida hecha por Covarrubias donde López Obrador ganaba la Presidencia por 2.5 puntos.

Y el espectro del fraude —invocado por el fantasma de 1988, cuando le fue arrancando el triunfo a Cuauhtémoc Cárdenas— apareció y nunca se esfumaría. Esa sospecha, ese miedo, los empujó a que a las 19 horas Ortega tomara una decisión que cambiaría toda la ruta de las elecciones. A esa hora, en el cuarto de guerra de López Obrador en el Centro de Negocios del Hotel Marquis, tenían todos los escenarios calculados. Ya sabían que a las 20:00 horas el IFE no daría tendencias electorales, que se abstendrían; ya sabían que las te-

levisoras se callarían, que sus encuestadores se sumarían al silencio del IFE.

Uno de los hombres más cercanos a Andrés Manuel tenía reportes de que la tendencia no le era favorable a Calderón. Que esas tendencias las sabían ya las televisoras y que no se atreverían a salir, ni Televisa ni Televisión Azteca, por separado. Nadie se quería arriesgar a darle la ventaja a Andrés Manuel. ¿Y si se equivocaban?

Se escuchaba en el cuartel lopezobradorista: «Consulta Mitofsky tiene un punto arriba a Andrés». «En TV Azteca dicen que por centésimas estamos arriba, pero que no darán ningún resultado.» «*The Washington Post* le da dos puntos de ventaja a Andrés.» «CNN dice que vamos a ganar.»

Uno de los hombres que operaron todo el día para Andrés Manuel sabía, según sus fuentes, que desde la Presidencia de la República estaban presionando al IFE para que no anunciara las tendencias. Y hasta hablaba de una presunta coacción a ciertas encuestadoras para que Calderón resultara triunfador.

Nadie lo sabía, pero a esas horas Ugalde ya había hablado a Los Pinos con Fox para informarle la situación.

Joaquín López Dóriga, un periodista odiado por los lopezobradoristas, escribió en su columna «En privado» de *Milenio*: «A las 22:53, Ugalde llamó por teléfono a Fox para decirle que no cantaría ganador ni tendencias por lo apretado del conteo rápido [que el IFE mandó a realizar]».

López Obrador, mientras tanto, se trasladaba confundido a su casa de campaña. Estaba desencajado. Fumaba y se peinaba con los dedos y no con su peine Pirámide que siempre trae en los bolsillos. No entendía qué diablos estaba pasando. Sus reportes de encuestas no coincidían con los resultados del PREP que lo tenían abajo.

Y cuando quiso recurrir a su información interna le dijeron que

no estaban todas las actas. Entonces se vería el gran error que había sido designar a Alberto Pérez Mendoza coordinador de la estructura electoral.

Hacia las ocho de la noche del 2 de julio los lopezobradoristas cayeron en un hoyo del que no sabían cómo salir:

Alberto había decidido que los resultados en las actas sólo se transmitieran por teléfono. Pero en el manual electoral eso es una locura. Por eso, contraviniendo las órdenes de Alberto y del propio López Obrador, Noroña caviló que la tarea de recibir y capturar todas las actas sería indispensable y nadie la tenía asignada.

Él, Guadalupe Acosta Naranjo (secretario general del PRD) y Ortega intentaron componer el error. Ordenaron a sus operadores cibernéticos apostados en el CEN perredista recuperar todas las actas y archivarlas en el software con ayuda de adultos mayores voluntarios. Pero la suerte no estaba con ellos ese día: apenas habían capturado unas diez mil actas cuando su sistema se cayó, se congeló.

Por si fuera poco, muchas de las actas no llegaban y era por algo simple: en ese momento se dieron cuenta que no tenían representantes en todas las casillas.

El error de López Obrador se hacía presente. Por haber decidido que las redes lopezobradoristas cuidaran la elección federal y que el PRD se hiciera cargo de los comicios locales, había descuidado la tarea fundamental, lo que demostraría su triunfo. Con lo que quizá podría exhibir la derrota de Calderón.

Un dato: en el Distrito Federal, las redes, no el partido, cubrieron únicamente cuarenta por ciento. El colmo. Por eso, cuando en el PREP vieron que Guanajuato aportaba cinco votos para Calderón

y uno para Andrés Manuel, algunos colaboradores comprobaron su tesis inicial: Alberto y Francisco Yee habían sido un fiasco.

Si López Obrador aportaba su cuota de errores, el IFE, comandado por Ugalde, terminaría por cerrar la pinza para que las elecciones del 2006 se convirtieran en una madeja de sospechas.

Está probado que Ugalde llegó al IFE gracias al apoyo de Elba Esther Gordillo, cuando la maestra coordinaba el PRI en la Cámara de diputados. De su vinculación con Ugalde y la forma como lo llevó al IFE dio cuenta Noé Rivera —operador político de la maestra durante diez años— en entrevista con Carmen Aristegui. Es un karma que lo perseguirá toda su vida. Estos dos personajes darían mucho de qué hablar desde el 2 de julio. Entre otras cosas, se decía que acordaron cambiar a funcionarios de casillas por maestros ligados a Elba Esther. Que el IFE terminó por confabularse con el PAN. Que Elba Esther y Calderón llegaron a acuerdos para que los profesores, en el escrutinio, le incrementaran votos al panista. Que Ugalde fue presionado por Fox, Elba Esther y Calderón, y de ahí su parcialidad. Un día, si es cierto todo eso que se cuenta, se sabrá. No hay crimen perfecto.

Mientras tanto, sólo hay acontecimientos sospechosos que deben recordarse:

1. Las reuniones de Ugalde con el secretario de Gobernación, Carlos Abascal, y con el dirigente del panismo, Manuel Espino, días antes del cómputo oficial.
2. El telefonema de Ugalde a Fox el día de las elecciones, para explicarle la situación.
3. El oficio que mandó Ugalde a los trescientos distritos para que no permitieran que fueran abiertos los paquetes electorales por

los perredistas el día del cómputo oficial, y luego el otro escrito, terminado el conteo, donde ordenó lo contrario.

4. El apresuramiento de Ugalde por dar como ganador a Calderón, cuando sólo el Tribunal Electoral tiene esa facultad.

5. El desdén de Ugalde para ponerle un alto a la propaganda negra del PAN, del Consejo Coordinador Empresarial y del presidente Fox.

6. Sus múltiples negativas para proporcionarle a la coalición padrón de los que votaron y la lista de representantes de casilla de todos los partidos.

7. La participación de Elba Esther en la elección a favor de Calderón.

Desde tres puntos de la ciudad, durante todo el 2 de julio, se cruzaron datos y decisiones. En la casa de Andrés Manuel operaba Arreola con las encuestas. Mientras los hijos de ambos conversaban cosas de adolescentes, Federico le daba buenas noticias a López Obrador. El candidato, sin embargo, respondía apenas con monosílabos: «¿Y?... Hay que esperar, Federico...»

Esa contención emotiva se traducía en una inescrutable frialdad en todo el equipo. Hacia mediodía se les veía alegres, pero preferían no hablar. Decían que cuando cerraran las casillas explicarían todo ese día de nervios. Y sí, lo harían pero para descalificar al PREP.

El segundo punto neurálgico era la base de operaciones en el mezzanine del Hotel Marquis, en el Centro de Negocios. Desde ahí operaban Octavio Romero, el encargado de las finanzas, con una boquilla en los labios para contener su ansia por fumar; Pérez Mendoza, con el celular siempre en la mano, pero con los representantes de casilla escapándose de él, perdidos, ausentes en la jornada electoral;

Jesús Ortega, recibiendo reportes y reportes que iban desde ligeros incidentes en casillas hasta la escasa movilización de la gente para ir a votar por López Obrador; Adán Augusto Hernández, preocupado también por la tendencia en Tabasco, donde su hermana Rosa Linda disputaba una senaduría; Porfirio Muñoz Ledo con su mal genio de siempre; Zambrano, José María Pérez Gay y Claudia Sheinbaum intentando explicar con la física (su profesión) la jornada electoral, el abogado Javier Quijano, Fernández Noroña y Martí Batres, con una seriedad de hielo.

Ahí caían todos los reportes de los estados. Los números preliminares, sus encuestas de salida, sus conteos rápidos. Los celulares, los faxes y los correos electrónicos no cesaban de recibir información. «Puras buenas noticias: hasta en Nuevo León vamos bien», decía Nico mientras caminaba por el lobby para presumir sus tenis amarillos.

En ese segundo punto fue donde se tomó la decisión de adelantar el triunfo, de madrugar al IFE. Se consultó con Andrés Manuel y él dio luz verde. Vámonos pa'delante.

La estrategia fue la siguiente: Andrés Manuel estaría, en esa fase, tan cerca y tan lejos del Hotel Marquis para evitar algún comentario suyo o que se le hiciera responsable.

Saldría de su casa para dar señales de vida a los medios, que para esa hora lo estaban exigiendo y los rumores iban en aumento sobre su silencio, pero no se dirigiría al hotel. Haría una parada en la casa de campaña, en la calle de San Luis Potosí, a unos diez minutos del Marquis.

Andrés se trasladaba, cuando Arreola llamó a Ana Cristina Covarrubias, la encuestadora. A la entrada del hotel ya la esperaba. Apenas bajó de su auto Ana Cristina y Arreola se la llevó al centro de negocios. Ahí, con Jesús Ortega, confirmaron los números y de inmediato se fueron a dar una conferencia.

Ugalde había salido en punto de las 20:00 horas, solamente para decir lo que ellos ya sabían: que no podía dar tendencias y que esperaría hasta las once de la noche para tener mayor certeza. Pero ellos no. Diez minutos después se adelantaban al IFE y soltaron sus cifras: 37.10 para Andrés Manuel y 34.60 para Felipe Calderón.

Si los rostros de esos minutos pudieran leerse, lo que dirían las caras de Arreola, Leonel Cota Montaña y Jesús Ortega era algo más cercano a la incredulidad que la convicción de que los resultados estaban a su favor. Pero de ahí ya no se moverían hacia atrás. Habían salido para anunciar su ventaja y era casi innegociable.

Cuando estaba concluyendo la conferencia, que duraría escasos diez minutos, y en perfecta coordinación, Andrés Manuel salía de la casa de campaña y, ahora sí, hacia el Hotel Marquis, en *Reforma* 465. Ahí llegaría pasadas las 20:30, directamente a una habitación, con sus hijos.

Entonces empezaron los minutos más difíciles. Las cerca de tres horas cuando se volvieron a calcular todos los escenarios posibles. De vez en cuando, Nico, Javier Quijanó, Alberto, César Yáñez y Camacho Solís servían de puente con el resto de sus estrategias. Claro que Camacho Solís en menor medida: Andrés Manuel estaba un poco molesto con él porque a todos los coordinadores les había ordenado estar en sus circunscripciones, y el ex regente capitalino no había hecho caso; se la pasó en el Distrito Federal.

Todos atrincherados, ni una sola palabra de lo que harían, de lo que estaban pensando, de lo que harían si de nueva cuenta Ugalde salía a las once de la noche sin resultados de la tendencia electoral.

La información con la que medían sus horizontes no era nada halagadora. El IFE les cobraría haber «roto» el pacto de no anunciar su triunfo. Según sus informes de las 10 de la noche, Ugalde llevaría

los resultados hasta el miércoles. Hasta el último segundo les regatearía los números.

La realidad es que la confusión en Andrés Manuel y sus colaboradores tenía un origen: no contaban con las actas, sólo con encuestas y debían aferrarse a decir que ellos habían ganado, aunque realmente tampoco lo tuvieran confirmado.

Para esa hora, López Obrador ordenó a sus colaboradores cruzar llamadas con gente de primer nivel en Televisa. La televisora les aseguró estar dispuesta a anunciar sus tendencias, que le daban el triunfo a Andrés Manuel por dos puntos, siempre y cuando el IFE informara que, en efecto, en su conteo rápido, López Obrador iba adelante. Si no, no habría trato. Y no ocurrió.

Ugalde salió a las once en punto para decir que no se podía hablar de un ganador. Apenas terminó de hablar cuando Fox también dio un mensaje a la nación. Dijo lo mismo que Ugalde, pero con otras palabras. Se confirmaba: el presidente y Ugalde ya habían hablado sobre los comicios. Sincronía perfecta.

Entonces Andrés Manuel tomó la última jugada, la más arriesgada pero a esa hora inevitable: dar la cara para asumir el riesgo de anunciar su triunfo. Apenas había terminado de hablar Ugalde, cuando él ya se dirigía a la sala de conferencias. «Nuestra tendencia es irreversible y vamos a ganar, por lo menos, con 500 mil votos», dijo López Obrador con un auditorio abarrotado y expectante.

En el corte del Programa de Resultados Preliminares del IFE, el de las 03:06 de la mañana del lunes, estas eran las cifras: Calderón: 37.07. Y Andrés Manuel: 36.04. Un punto de distancia.

Para entonces ya Andrés Manuel había ido al zócalo, ya había sacado a sus seguidores a las calles, coordinados por Martí Batres. Era de madrugada y en una de las habitaciones planeaban la estrategia con la que amanecerían el lunes. Fundamentalmente, defender, voto

a voto, lo que decían era su triunfo. Se avecinaba una larga lucha contra el IFE y las instituciones.

Antes de que terminara el 2 de julio, los últimos comentarios que se escucharon en algunas estaciones de radio, de los analistas, era que se había llegado al peor de los escenarios: el del caos. El de no saber que pasaría. Lo peor, había ocurrido. No había presidente electo.

Madrugada del 3 de julio. Centro de negocios del Hotel Marquis. La larga noche del domingo no terminaba. López Obrador y sus colaboradores tenían más preguntas que certezas. ¿Qué había fallado? ¿Las encuestas? ¿El PREP? ¿Los representantes de casilla? ¿Tenían algo que ver los cuestionados candidatos que postuló la coalición? ¿Tenían razón aquellos que decían que la soberbia no da vida, sino mata? ¿Se había orquestado realmente un fraude?

Sus encuestas, hasta ese momento, les seguían diciendo que ganaban. Sus reportes por celular, les decían que ganaban. Las fórmulas de tres científicos que trabajan para la coalición en las instalaciones del IFE les daban el triunfo; hasta el silencio de Ugalde alimentaba sus cuentas a favor. El problema es que no lo sabían por haber omitido contabilizar las actas. Nada más, nada menos.

Entonces una idea empezó a cuajar en la cabeza de todos: el fraude, aunque no supieran cómo. Con las pocas actas que tuvieron para ese momento, el hijo de Federico Arreola, junto con un grupo de amigos del Tec de Monterrey, observó que había ciertas inconsistencias. Parecía ser la respuesta que López Obrador estaba buscando y que nadie le había dicho hasta el momento, ni Claudia Sheinbaum, a quien le había confiado toda esa complicada aritmética.

Andrés Manuel le pidió al hijo de Arreola le mostrara esas in-

consistencias aritméticas. El candidato estaba necesitado de un argumento que pulverizara sus dudas que para entonces ya lo estaban sacando de quicio.

La teoría matemática se consolidó cuando desde el IFE les llamó Duarte para comentarles que tenía un dato: no se estaban contabilizando muchas actas por inconsistencias. Duarte calculaba de tres millones de votos en el limbo. Todo fue cuestión de una operación simple: los números por partido que reportaba el PREP no coincidían con el porcentaje total de votantes. Faltaba más del diez por ciento de la votación. Ahí estaba la trampa, pensaron. Sin alentar esperanzas, Andrés Manuel reconoció a sus colaboradores que quizá esos votos faltantes no les alcanzarían para revertir el extraño resultado del PREP, pero ahí podría estar la estafa. Fue en ese momento en que diseñó la estrategia a seguir.

A primera hora del lunes 3 de julio darían a conocer ese faltante. Unas 13,086 casillas no habían sido capturadas, según las cuentas de Duarte, quien había podido encontrarlas en el red interna del IFE. En sus números, eso representaba tres millones de votos perdidos. Cuando Duarte llegó a casa de campaña con un fajo de documentos que fueron revisados minuciosamente, a Andrés Manuel le sorprendió que hubiera más actas para diputados y senadores que para presidente de la República. Lo diría en una conferencia de prensa y exhibiría un acta del Estado de México donde a él le restaban cien votos.

El golpe había sido certero. La incertidumbre en la gente empezó a crecer. ¿Dónde están esos votos?, fue la pregunta que por horas se hicieron algunos medios de comunicación. La respuesta llegaría hasta el día siguiente: René Miranda, director de servicios de informática del PREP, reconocería que, en efecto, no se había explicado que las actas con inconsistencias no fueron procesadas, pero que no eran los

3 millones que denunciaba el PRD sino 2.5 millones y ya las habían contado, pero nadie lo sabía.

En una conferencia de prensa realizada en el IFE, mientras trataba de explicar a los reporteros esta deficiencia, a Miranda se le escapó una frase que a más de uno les llamó la atención: «No se preocupen, todo va a quedar en .6». Un reportero de *El Financiero* atrapó el dato:

—Explíqueme cómo es que sabe que en el cómputo oficial el PAN va a terminar arriba con .6, ¿de dónde saca eso?

—Mmm, es que... Es que en el boletín de prensa que les fue entregado ya vienen contabilizados.

El boletín 138 aún no había sido repartido, pero cuando los reporteros lo tuvieron en sus manos, en efecto, se explicaba que habían sido contabilizados esos 2.5 millones de votos, donde Andrés Manuel tenía la ventaja de 140 mil votos, pero que no cambiaría tendencia alguna.

A los lopezobradoristas les pareció sospechoso el dato, pero también sabían que en esos millones de votos perdidos no estaba el fraude ni tampoco la victoria. El IFE, por su lado, seguía alimentado su parcialidad, su complicidad.

En la casa de campaña de López Obrador, a alguien le llegó la sensatez y preguntó

—Supongamos que se han contado mal los votos. ¿Si hay un recuento nos alcanzaría para ganar?

—No lo sabemos. Ni los panistas saben si les cuadran los números, hicieron un cochinerito. Pero hay que arriesgarnos...

A partir de ese momento, la idea del fraude ya no desaparecería. Y en los días siguientes, la coalición la sembraría por todas partes. Y el IFE se encargaría de alimentarla.

Lunes 3 de julio. Andrés Manuel decidió distribuir tareas. A Claudia Sheinbaum y a Alberto Pérez Mendoza les encargó hurgar en todas las actas el mayor número de inconsistencias. Ahí también, decían, estaba la trampa; no se contabilizaron votos a su favor o en algunos casos ni siquiera fueron computadas las actas.

A Cota, Monreal, Camacho Solís y Jesús Ortega les pidió sostener el discurso político con una acotación: no hablar del fraude ni desacreditar al IFE, no todavía, pero sí poner en duda la operación del PREP. Descalificarla. Invalidar ese resultado que le daba ventaja a Calderón por poco más de un punto porcentual. López Obrador sabría cuándo se cambiaría el discurso en contra del IFE. Ésa sería su responsabilidad. Pero ya llegaría el momento.

También les ordenó buscar un encuentro con Ugalde, cuestionarlo y recordarle que el IFE es autónomo y que no tenía por qué aceptar presiones del PAN o del presidente Fox.

A Duarte, su representante ante el IFE, le encargó distribuir en cada uno de los trescientos distritos a los mejores perredistas. Es decir: a los que defienden sin concesión, a los más duros, a los mejores negociadores, a los más férreos. Jesús Ortega se haría cargo de una parte de esta tarea. Alberto Pérez Mendoza quedaba fuera de ella. Ésa fue su manera de reprenderlo por haber fallado con los representantes de casilla.

Al mediodía, en el séptimo piso del CEN del PRD, más serio de lo que siempre aparente ser, llegó Ortega. Los mismos rostros traían Jesús Zambrano y Javier González Garza, sus acompañantes. Apenas saludó a los perredistas cuando le acercaron hojas llenas de números, y le explicaron infinidad de detalles: que si en tal distrito se han detectado más irregularidades, que si las actas electorales, que si los hoyos negros del PREP.

Ortega escuchó y resumió en pocas palabras la estrategia definida por López Obrador: «Quiero que los mejores, los trescientos mejores perredistas, los de más confianza, salgan de inmediato a defender los votos en cada uno de los distritos».

Estaban adustos, más de lo que suelen ser los perredistas. No era para menos: los datos no terminaban de cuadrar. Las sospechas se multiplicaban y los números se perdían en un PREP en el que nadie volverá a creer jamás. Tenían que probar el fraude, aunque para entonces no supieran todavía cómo había ocurrido.

Ese lunes se trataba de afinar, hasta en el más mínimo de los detalles, la estrategia, sobre todo la política. Por ejemplo: ¿Cómo desacreditar al PREP? Sencillo, hasta esa hora el mismo sistema de conteo preliminar había dado suficientes argumentos como casillas contabilizadas dos veces, votos faltantes y lo más extraño, el hecho de que las líneas de Calderón y Andrés Manuel nunca se cruzaran. Los números del panista jamás cedieron ni un milímetro. Más de un matemático cuestionó este comportamiento.

Fueron con todo, con la consigna de que acta mata PREP. Eso se los había pedido un Andrés Manuel fatigado, de cierta manera contrariado y con sueño.

Martes 4 de julio. Día dos del caos. Ugalde decidió por fin recibir a los lopezobradoristas. A la cita en el primer piso del edificio Alfa del IFE, acudieron Ortega, Duarte, Monreal, Manuel Camacho Solís y Alberto Anaya, el dirigente del PT que ahora sí era tomado en cuenta después de haber sido marginado antes de la elección.

Le habían insistido durante horas y Ugalde siempre se había negado. En la oficina de Ugalde los esperaba además René Miranda,

el operador del PREP. Los perredistas no estaban para formalidades, para la conversación tersa. Se fueron de frente contra Ugalde.

Punto uno: el asunto del inusual comportamiento del PREP. Los reclamos subieron de tono. Argumentaban que un grupo de matemáticos, sus asesores, consideraban como imposible que en una votación tan cerrada nunca se hubieran cruzado las líneas.

Miranda intentaba contrarrestar con proyecciones de láminas, donde, efectivamente, había momentos en que las tendencias hacían cruces. Pero eso, cuestionaban los lopezobradoristas, nunca se había manifestado en el PREP. El experto se defendía diciendo que una cosa eran las gráficas, y otra el papel. Argumentos que terminarían por no convencerlos. Hablaron lenguajes distintos.

Punto dos: los tres millones de votos faltantes. En este caso, tanto Miranda como Ugalde reconocieron que había faltado decirlo y difundido en la página.

—Lamentamos el error, pero ya ha sido resarcido —dijo Miranda.

—No, no es suficiente. Tienen que salir y explicarle a la sociedad que Calderón no está ganando por 1.4 sino por .6 y que solamente es el 88% del total de las casillas que contabilizó el PREP —respondió Ortega.

—Ya dimos una conferencia y creo que ya quedó claro para la ciudadanía —intervino Ugalde y fue irreductible.

Punto tres: las dobles actas. Le mostraron la casilla 413 básica del distrito 13 en el estado de Veracruz. Esa casilla estaba contabilizada tres veces.

Acto seguido Ugalde le quitó la hoja a Duarte y comentó:

—Ahhh, pero ésta la sacaste de *El Universal*, esto ha de estar mal.

—No puede estar mal, porque ustedes les dieron a ciertas em-

presas sus bases de datos. Entonces *El Universal* tiene una cifra, *Reforma* otra, Canal 11 tiene otra y ustedes una distinta, pues enséñenos la de ustedes —reprochó entonces Ortega.

Miranda defendió la postura de Ugalde diciendo que todos tenían la misma base de datos. Minutos después, luego de corroborar la denuncia, reconocería que la casilla 413 sí había sido contada tres veces.

—Pero ha de ser un error, no es una constante.

Duarte le tenía otra sorpresa:

—Te voy a mostrar algo — y destendió una sábana de papel. De la casilla 2142 del distrito 8 en Salamanca, Guanajuato. El total de votos para presidente se habían contabilizado 667 votos para Acción Nacional. Pero había un error: solamente eran 230, nada más que los funcionarios de esa casilla sumaron los sufragios para presidente, senadores y diputados y todos los cargaron a la cuenta de Calderón.

—Por esa sencilla razón hay que abrir los paquetes, si se violó el PREP una vez, se puede hacer hasta el infinito —exigió Duarte.

—No vamos a abrir ni un paquete, eso sería una irresponsabilidad de su parte —remarcó Ugalde.

Entonces Monreal intervino:

—Irresponsabilidad la tuya, estás llevando a este país a una crisis política, porque estás favoreciendo al candidato del PAN.

La reacción de Ugalde fue de silencio. «Nada más se puso rojo y no contestó.»

Duarte no dio espacio a que se repusiera. Le puso un ejemplo fácil:

—Esto es un principio de certeza, es como las embarazadas, están o no están embarazadas. A la gente hay que darle la certeza y ésta no existe. Da la orden para que se abran los paquetes. En el 94 se pudo hacer.

—Lo voy platicar con los consejeros y les aviso —fue de las últimas expresiones de Ugalde.

Cuando se estaban despidiendo, Monreal y Camacho alcanzaron a decirle a Ugalde que parara a Carlos Abascal, secretario de Gobernación. Y es que minutos antes había declarado que «no había ni un solo voto perdido» y que no se metiera en las elecciones, que hiciera valer la autonomía del IFE.

Más tarde los lopezobradoristas se marcharían a la casa de campaña de Andrés Manuel. Cuando estaban revisando la estrategia para el caso del cómputo, Monreal recibió una llamada de una fuente que tiene en Gobernación contándole que Ugalde estaba cenando con Abascal. A Duarte, por su parte, le avisaron del IFE que Ugalde había dado la instrucción de que no se abriera ningún paquete, que era un pacto con el PAN.

Se lo comentaron a Andrés Manuel. Si había tenido algo de aliento después de que sus operadores le exhibían pruebas de inconsistencias, a López Obrador le regresó el rostro duro. Entonces cerró la conversación: «Está todo hecho, nos van a ganar a la mala. Vamos con todo».

Miércoles 5 de julio. Tercer día del caos. Ocho de la mañana: con el cómputo oficial, muchas de las sospechas de la coalición comenzarían a confirmarse. Quedaría claro que en la elección hubo anomalías por doquier e inconsistencias aritméticas. Que el IFE se negaría en todo momento a reconocerlas, como prueba de un fraude. Y que la coalición haría de esas inconsistencias su principal argumento para sostener que la elección presidencial había sido fraudulenta.

Andrés Manuel. Conferencia en casa de campaña. «Abrir todas las urnas, contar voto por voto.» Horacio Duarte. Sesión del IFE. Frases

para la historia: sin dejar de mirar y señalar con el índice a Germán Martínez, representante de Calderón ante el IFE: «Lo que le aprendiste a Diego Fernández de Cevallos fue a quemar las urnas». Germán a Horacio: «Lo que le aprendí a Fernández de Cevallos fue que en la guerra todos somos soldados, y en la victoria unos caballeros».

Ocho de la mañana. Arranca el cómputo de actas. Andrés Manuel comienza arriba en las cifras. Los trescientos perredistas seleccionados para abrir las urnas comienzan a enviar resultados: «Distrito tres, de Michoacán, Zitácuaro, recuperamos ocho mil votos». «Zacapoaxtla, mil votos más.» «En Salamanca no nos dejan abrir las urnas.» «Zongolica, ya recuperamos más de mil votos.» «Ya hay dos mil votos más en San Andrés Tuxtla, Veracruz.» «Llevamos más de diez mil votos recuperados en Chiapas.» Entonces habló el representante de Morelia, con la novedad de que ahí habían recuperado «un voto». Horacio no lo pudo evitar: «¡Uyyyyy, con ese ya ganamos». A esa hora todavía se podía reír.

Y por ahí llegó Luar Tejada, funcionario del IFE, capturista. Le comentó a la gente de Horacio y de Ortega que en el distrito 02 de Coahuila, le ordenaron agregarle votos al PAN y a no capturar varias actas. A pesar de eso, Andrés Manuel conservaba la delantera cuando vino un apagón en el distrito. Cuando regresó la luz, Calderón ya iba arriba. Terminaron enviándolo a Muzquis, como premio. Ahí, en la casilla 4777 contigua, el PREP le dio 234 votos al PAN pero cuando los perredistas abrieron la urna, el PAN sólo tenía 85 sufragios. Luar parecía una buena arma para desenredar la trampa. La mala noticia para los lopezobradoristas fue que el informante les ocultó un dato: era hijo no reconocido de un candidato del PRD, de Raúl Sifuentes. No servía.

Una reportera de *La Jornada de Oriente* sería testigo del mismo método del apagón, esta vez en Huachinango, Puebla. Ahí, en la

madrugada del domingo, cuando las tendencias favorecían a Andrés Manuel, se fue la corriente eléctrica. Cuando se reinstaló, ya ganaba Calderón. Cosas para el anecdotario o para la impugnación.

Al medio día del miércoles, Andrés Manuel pidió a su plana mayor buscar a Ugalde. Para entonces no solamente se había puesto en duda los mecanismos de control de datos del IFE, sino también la credibilidad de la institución y del mismo Ugalde.

El objetivo del encuentro fue entregarle un oficio, donde le pedían que les entregara la carta que había enviado a los funcionarios del IFE para que no se accediera a abrir los paquetes bajo ninguna circunstancia y para advertirle una cosa:

—Todo está planeado para la derrota de Andrés Manuel, todo es una mentira, a pesar de que lleve en ventaja en el recuento de las actas.

Molesto, pero sin perder las formas, Ugalde les reclamó:

—Ustedes no están conformes con nada. Yo no sé a qué vienen a reclamar, si su candidato va arriba del conteo.

Ricardo Monreal:

—No vamos a caer en la trampa, todo está planeado. Quieren que nos entusiasmemos, que nos comamos la zanahoria y avalemos el proceso, pero no lo haremos.

Momentos antes Monreal se había topado con un consejero electoral, quien le confió que al llegar al 95% de la revisión de actas, Calderón rebasaría a López Obrador. Así que tenía bases para reclamarle a Ugalde.

Insistieron en que Ugalde les entregara el oficio y le pidieron que declarara un receso en las juntas distritales, porque necesitaban hablar con su gente. Y era necesario: habían detectado que los capturistas del IFE estaban metiendo más datos al PAN. Un ejemplo: en el distrito 08 de Mazatlán, en lugar de sumarle los 120 votos que

ganó el PAN en una casilla, le adjudicaron 220. Debían cuidar a los capturistas.

El presidente del IFE les dijo que por ley estaba impedido de suspender el proceso. Que no lo haría. Y además negó que hubiera enviado una orden para que no se abrieran los paquetes electorales.

Confió Ortega: «Están haciendo lo mismo que con el PREP, aumentarle votos a Calderón... ¿así cuándo los vamos a alcanzar?»

Al despedirse, Ortega le dejó clavada la siguiente advertencia: «Tarde o temprano la historia le reclamará su actitud, pondrá a cada quien en el lugar que se merece. Usted es el responsable de todo esto». Ugalde, se refugió, otra vez, en su silencio.

Mientras, la oficina de Duarte era un escándalo. Los reportes a favor de Andrés Manuel no paraban. En el distrito 18, recuperan 45 votos; en el 12 de Puebla, 125; en el 4 de Puebla, de 92 anulados, 64 eran a favor de Andrés Manuel, y en el 10 de Jalapa, encuentran 3 actas en la basura.

A esas mismas horas, Camacho Solís, luego de una reunión que tuvo fuera del IFE con una panista, confirmaba la versión de que en determinado punto, Calderón le daría la vuelta a la tendencia y de ahí nada los detendría, sería irreversible. No le darían el triunfo a López Obrador.

Para entonces, a la oficina de Duarte llegaba información de los panistas, a través de los reporteros. Las cifras que manejaban era que Calderón ganaría por 50 mil votos, otros, que por 380 mil, pero todos coincidían en una cifra: el PAN ganaría por .6 por ciento. Eso lo pregonaba Germán Martínez, jactándose, paseándose por las instalaciones del IFE, reuniéndose con varios de los consejeros y con representantes del PRI y del Verde. Hasta consejeros ligados al PAN, como Arturo Sánchez, confiaban a algunos reporteros que ganaría el panista.

Al filo de las 14:00 horas, apenas unos minutos antes de que la tendencia de Andrés Manuel comenzara a ir a la baja, se previeron los peores escenarios: Sheinbaum se encargó de hacer las proyecciones lo más cercanas posibles. El resultado era extremo: o ganaban por 100 mil votos o perdían por 200 mil.

Con toda la información hasta entonces cosechada, el equipo lopezobradorista se reincorporó con el candidato en la casa de campaña. Sólo Duarte y Claudia se quedaron en el IFE para sortear el día.

En la reunión con López Obrador, el candidato dio la consigna: «Ya no hay la más mínima concesión al IFE y Ugalde. Descalifiquen todo el proceso electoral. Yo asumo los costos políticos».

La tarea, sin embargo, no sería nada fácil, porque si bien por todos lados saltaban las inconsistencias, probar realmente el fraude era como tratar de armar un rompecabezas sin tener todas las piezas en la mano.

Con esa idea regresaron los lopezobradoristas al IFE, eso ya como a las siete de la noche, y le plantearon a Duarte cuál era la siguiente fase del plan: desconocer todo el proceso electoral. Sin embargo, para entonces a Duarte la habían hecho llegar cifras que alentaban el optimismo de que el triunfo podría ser una realidad. Héctor Romero, colaborador de Horacio, le decía que según sus proyecciones, al PAN no le alcanzaría los votos y que Andrés terminaría ganando apenas con el .3. Duarte no sabía qué hacer.

Pero el más obstinado era Pablo Gómez, quien específicamente fue al IFE a decirles a sus compañeros que sí les alcanzaban los números para ganar. Que sus cuentas, sacadas sabrá Dios de dónde, no mentían y que ganarían por un punto porcentual. «Somos de los optimistas», reforzaba Inti Muñoz la tesis de Gómez.

Pero ni Camacho ni Monreal les compraron las ilusiones, menos cuando vieron salir de la oficina de Ugalde a un sonriente Manuel

Espino, dirigente nacional del PAN, como quien tiene control del destino.

Eso había entrampado a los lopezobradoristas entre el denunciar y pedir la apertura de todas las casillas o ño, toda vez que en el caso de ganar cuál sería su actitud. La solución la encontró Duarte. En la conferencia de prensa dijo: «Aunque llevamos la ventaja y aunque ganemos, vamos a abrir las urnas para darle certeza a la ciudadanía que el ganador fue nuestro candidato».

Las horas se deformaron como los relojes de Dalí ante tanta incertidumbre. Pero a las 9:46 de la noche, comenzaron a ganar los pesimistas. Las nuevas proyecciones ya no les daban esperanzas, los iban a rebasar. Faltaban muchos distritos panistas por contabilizar. Monreal, Cota y Camacho Solís se fueron del IFE. Y hasta Duarte decidió darse un espacio para pensar y cenar.

Dejaron una última instrucción que se transmitiera a todos los enviados a los trescientos distritos: «Armarla de pedo hasta donde se pueda...»

El más disciplinado fue Carlos Sotelo, enviado a Colima. Mientras en los medios electrónicos, comentaristas y analistas buscaban respuesta a por qué en un estado con dos distritos y apenas 410 mil electores, ya pasada la media noche, no se podían tener reportes, Sotelo se reportaba tranquilo: «Voy bien, pero guardo mis mejores argumentos para el final».

A esas horas, Andrés Manuel y un pequeño grupo de colaboradores (Monreal, Duarte, Camacho y Sheinbaum) tomaban la decisión de impugnar todo el proceso electoral. Lo llevarían hasta los tribunales. Duarte se encargaría de ello. Tenía que empezar a trabajar en las causales para anular la elección.

03:49, 6 de julio, quinto día del caos. «¡No nos alcanzan, putos!», gritaba un colaborador de Duarte. Y era cierto. Para bajar diez centésimas y rebasar a Andrés Manuel, el PAN tuvo que esperar casi cuatro horas. Quizá era el grito de quien apenas le quedaban las palabras, el coraje y la ironía contra sí mismo como mecanismos de sobrevivencia.

Todavía les quedaban las sonrisas, las ganas de controlar la historia, de jugarles algunas bromas a los medios electrónicos. Mientras Joaquín López Dóriga se angustiaba por encontrar historias y anécdotas para llenar los infinitos tiempos, los que estaban a punto de morir alargaban los recuentos en los distritos.

Ellos iban a controlar los últimos segundos. Estaban al filo de la muerte del conteo del IFE y hasta de ésta harían uso para prolongar a su gusto la agonía.

Exactamente a las 03:53 en las pantallas de la red interna del IFE ocurrió lo indeseable para los perredistas. Felipe alcanzaba a Andrés Manuel y entonces ya nada se pudo hacer.

En la colonia del Valle los panistas festejaban por adelantado la ventaja que comenzaba a tomar Calderón. En su oficina, Duarte recibió órdenes de López Obrador: trabajar la impugnación. Luego, volteó a ver ese pejelagarto disecado en el librero. Horacio estaba triste. Se acomodó en el sillón e intentó dormir en aquel desorden de papeles que alguien tenía que escribir.

A las 14:23 del miércoles 5 de julio, por todas partes había documentos con cifras que no mentían: Andrés Manuel estaba a 2.81 puntos de distancia de Calderón. Quizá muy pocos lo sabían, pero ése fue el momento en que el tabasqueño estuvo más cerca del triunfo. Más lejos de la derrota. En estos márgenes se movería durante dos horas.

Pero a las 16:19 rebasó la línea del 2.4% de ventaja y a partir de ahí no se recuperó ni un centésima. Sobre aquellos montones de papeles, Ricardo Monreal definió la debacle en cinco palabras: «De aquí empezamos a caer».

31 horas con 10 minutos después, todo estaba consumado. Jueves 5 de julio, tres de la tarde con diez minutos: Felipe Calderón: 35.88%, Andrés Manuel: 35.31%.

La tarde del 6 de julio, en cuanto terminó el conteo, Ugalde salió a dar una conferencia. Unos cuantos meses habían bastado para que la credibilidad ciudadana en el IFE que dejó bien cimentada José Woldenberg, fuera echada al basurero por Ugalde. Y ante el cúmulo de argumentos que cada día hacía públicos la coalición, el hombre de Elba Esther sabía que en algún momento tenía que salir a enfrentar a los lopezobradoristas. A intentar rescatar algo de toda la confianza perdida. Y, en su estrategia, echó mano de un argumento: la elección había sido hecha por miles de ciudadanos. Que el lopezobradorismo se encargara de descalificarlos y enfrentarse a ellos podría ser un buen golpe.

Algo nervioso, Ugalde dijo:

Muy buenas tardes. Llegamos hoy a una etapa final de un proceso electoral por la Presidencia de la República que ha sido democrático, plural, competido y que despertó el interés y la expectativa de todo el país durante los últimos meses.

Los mexicanos demostraron un comportamiento ejemplar el domingo pasado. Millones acudieron a votar y cientos de miles vigilaron las casillas y contaron los votos.

El Instituto Federal Electoral cumplió con la ley y garantizó que

los votos de los mexicanos se hayan contado con absoluta transparencia.

Ayer, miércoles, a las ocho de la mañana inició el cómputo de las actas de votación en todo el país. En cada uno de los trescientos consejos distritales los partidos políticos revisaron acta por acta y en cientos de casos se abrieron los paquetes electorales para verificar los votos.

Quiero hacer un reconocimiento a todos los consejos distritales que, de manera ininterrumpida, sesionaron para dar resultados en cada uno de los distritos del país.

Como ha señalado el secretario ejecutivo, el Instituto Federal Electoral está ahora en posibilidad de comunicar la suma de los cómputos distritales para la elección de presidente de la República, misma que incluye los votos recibidos de los mexicanos residentes en el extranjero.

La votación total cuantificada asciende a 41,791,322 votos. De éstos, la distribución por partido es la siguiente: el candidato del Partido Acción Nacional, Felipe Calderón Hinojosa, obtuvo 15,000,284 votos, que equivalen al 35.89% de la votación total.

El candidato de la Coalición Por el Bien de Todos, Andrés Manuel López Obrador, obtuvo 14,756,350 votos, que equivalen al 35.31% de la votación total.

El candidato de la Alianza por México, Roberto Madrazo Pintado, obtuvo 9,301,441 votos, que equivalen al 22.26% de la votación total.

La candidata del Partido Alternativa Socialdemócrata y Campesina, Patricia Mercado Castro, obtuvo 1,128,850 sufragios, que equivalen a 2.70% de la votación total.

El candidato del Partido Nueva Alianza, Roberto Campa Cifrián, obtuvo 401,804 votos, el equivalente a 0.96% de la votación total.

LA VICTORIA QUE NO FUE

Los votos por candidatos no registrados ascienden a 297,989 votos, equivalentes al 0.71%, mientras que los votos nulos equivalen a 904,604 votos, equivalentes al 2.16% de la votación nacional.

Por lo tanto, el candidato que obtuvo el mayor porcentaje de la votación presidencial es Felipe Calderón Hinojosa, del Partido Acción Nacional.

Señoras y señores:

La regla de oro de la democracia establece que gana el candidato que tenga más votos. Han sido los ciudadanos, y sólo ellos, quienes han decidido el resultado final.

El Instituto Federal Electoral ha cumplido con la obligación de informar a los mexicanos sobre los resultados de la elección para presidente de la República.

En una elección limpia y transparente, los ciudadanos han manifestado su voluntad y lo han hecho por un margen muy estrecho, nunca visto en México. Se trata de la elección presidencial más competida en la historia moderna de México.

El domingo 2 de julio, los mexicanos salimos a votar con libertad y tranquilidad. La participación de los ciudadanos en las urnas confirmó que los mexicanos vemos en la democracia el único camino para transformar a nuestro país.

Agradezco, en nombre del Instituto Federal Electoral, a todos aquellos que con entusiasmo y entrega organizaron y votaron en estas elecciones.

Muchas gracias.

Tal discurso molestó a la coalición. En el documento de impugnación entregado al Tribunal Electoral se lee:

Como es evidente de la simple lectura del discurso antes transcrito, el Dr. Ugalde Ramírez, en franca violación a los principios de legalidad, certeza, objetividad e imparcialidad, se apresuró indebidamente a dar como concluido el proceso electoral, a informar oficialmente de un «resultado final» y a señalar como indiscutible candidato triunfador en la elección de referencia al abanderado del PAN. Todo ello, haciendo uso indebido de su investidura y atribuyéndose la facultad que constitucional y legalmente corresponde a la Sala Superior del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación.

Otra vez Ugalde se equivocaba. De ahí, Ugalde decidió sacar una campaña publicitaria para legitimar el proceso. Fue grotesca su invasión en los medios. Eso no lo va a salvar de la remoción de su puesto.

Andrés Manuel reunió a sus colaboradores y les dijo: «El fraude sólo se combate con movilizaciones. Vámonos a las calles hasta donde tope. Estos cabrones no se van a salir con la suya».

Hasta ese momento, la sospecha de un fraude había pegado en la gente. Las inconsistencias habían quedado a la vista de todos. Pero López Obrador cometería otro error: en lugar de exigir desde el primer día que se contaran todos los votos para dejar en claro quién habían sido realmente el ganador de la contienda, optó por proclamarse triunfador.

Y entonces algunas dudas empezaron a volteársele: si no cuenta con todas las actas, ¿cómo es que afirma que ganó? Si no cuenta con todas las actas, ¿cómo es que dice que hubo fraude? Más aún: Andrés Manuel contribuyó, por su parte, al hablar primero de que

hubo fraude cibernético, luego un fraude a la antigüita, y finalmente enredarse en sus propias hipótesis.

Pero sí ganó algo: aunque la gente no estuviera segura de que López Obrador hubiera ganado, el conteo voto por voto comenzó a ser una exigencia para esclarecer todas las dudas.

Y el sábado 8 de julio empezó verdaderamente la etapa postelectoral. Luis Guillermo Hernández, reportero de *Diario Monitor*, escribió la mejor crónica de la llamada Primera Asamblea Informativa que convocó López Obrador y que a la tercera se trasmutaría en un megaplantón:

Lo que se ve no son trescientas mil personas en una plaza, la iracundia de unos gritos o el eco pervertido de una maestra que opera para el sistema. Lo que se ve tampoco es el intento de derrumbar a toallazos la estructura del Estado. Lo que realmente se mira, a medio zócalo, es el comienzo de una tarea quirúrgica, quizá certera, de estrangulamiento político.

Ese hombre no está jugando, aunque sonría. Ese hombre acaba de taponarle una vena a los adversarios que lo suponen cadáver, y la voz chillona de un secretario de Estado, agradeciéndole a un gobernador el trabajo presumiblemente sucio en horas de elecciones, está ahí para evidenciarlo. Andrés Manuel López Obrador tiene a seiscientas mil orejas, o más, delante de un tinglado que, hasta la elección pasada, sólo sabían montar los hombres del Gobierno. Y los tiene absortos, retorciéndose a mentadas contra el presidente de la República, ni más ni menos, el hombre del cambio que acaba de ser bautizado como «traidor de la democracia». Y hoy, como nunca desde el domingo 2 de julio, queda claro que la de ahora no es, ni remotamente, la elección presidencial de 1988. Queda claro, sucin-

tamente, de a cómo van a estar los trancazos. Exhibición, movili-
zación, judicialización.

Por eso la voz de Elba Esther Gordillo, la mujer que ayudó a co-
lapsar al viejo PRI, la verdadera coordinadora de campaña de Felipe
Calderón, se estrella en las paredes del Palacio Nacional y regresa a
la plancha convertida en astillas. «Más vale que se adelanten, si así lo
deciden, con Felipe, para vender lo que tengan, el PRI ya se cayó»,
suelta la agudísima voz de la jerarca, en grabadora. «Vale más hablarle
a Felipe y decirle algo ¿no?, para no quedar mal.» Y la confirmación
de los amarres turbios, sean o no verdad, ocurre en la gente nomás
al identificar la inconfundible voz, seca en sus maneras, desmatis-
zada, de la chiapaneca:

«Vamos a sacar ahorita todo el voto ciudadano», y «lo interesante
es hablar con Felipe y vendérselo». «Fraude.» Aunque la pequeña gra-
badora Sony de Jesús Ortega suelte nomás jirones de conversación,
apenas trazos del gobernador tamaulipeco Eugenio Hernández Flores
y del secretario de Comunicaciones y Transportes, Pedro Cerisola.

«Fraude, fraude».

Que explique el Gobierno. Y todo a medio zócalo, como nunca
antes ha ocurrido, con esas seiscientas mil orejas a la espera del grito
de «a las calles» que ni tarda en llegar, encabronadas todas porque
algo huele mal. Son miles, a la espera del grito de «vamos todos» que
se escapa de cada párrafo del implacable discurso de López Obrador,
donde cualquier vía, cualquier flanco, tiene lista su estrategia, desde
lo penal hasta lo simbólico, desde lo personal hasta lo político.

La resistencia había comenzado. Pero también, apenas silencio-
samente, iniciarían a escucharse algunos murmullos apuntando res-
ponsabilidades en la derrota. Uno de ellos se dirigía directamente a
Marcelo Ebrard. A espaldas de él, en ese templete del zócalo donde

Marcelo acudía con su prometida, Mariagna Prats, dirigentes perredistas comentaban en voz baja que si realmente hubiese hecho campaña en el Distrito Federal, antes que preocuparse por su boda y por salir en las revistas del corazón, se hubieran conseguido con facilidad más de medio millón de votos más de lo que obtuvo Andrés Manuel en la Ciudad de México.

Y es que a Ebrard se le cuestiona en el PRD haber obtenido el 47% de la votación, cuando tomó la campaña con más de sesenta puntos en las preferencias electorales a su favor. Y haber permitido que su contrincante neopanista, Demetrio Sodi, llegara hasta el 37% de los votos, que al final fueron determinantes para el triunfo de Calderón.

Si Ebrard hubiera puesto atención, habría escuchado, incluso, las críticas al hecho de que después del mitin saldría directo a su ceremonia matrimonial: «No pudo ser más inoportuno, es como si del funeral te vas a la fiesta». ¡Arriba los novios!

IX

Entre el error y el fraude

Fraude. La palabra empezó a tener cuerpo en la cabeza de Andrés Manuel a partir de la noche del 2 de julio. Días antes, algunos personajes ligados al panismo ya le habían advertido que el PAN estaba orquestando un fraude para impedirle que llegara a la Presidencia. Pero no le dieron más pistas. Quizá sólo eran trascendidos con fecha de caducidad nada más para congraciarse con el candidato. O quizá tenían razón.

López Obrador, un hombre que se curtió en la política tabasqueña de la conspiración y los rumores —así se ejerce toda la política en Tabasco; Roberto Madrazo lo sabe muy bien—, optó por creer que, en efecto, se armaría todo un entramado para pararlo en seco. De hecho, las propagandas negras panista, empresarial y la de Fox eran pruebas suficientes para suponer que al perredista se le quería aplastar a cualquier costo.

Por eso, cuando las cuentas no cuadraban aquel 2 de julio, a López Obrador no le fue difícil concluir que realmente lo que estaba ocurriendo era ocasionado por un «fraude cibernético». Fraude. No había duda. Fraude.

«Si todo nos salió bien, no hay de otra más que un pinche fraude»,

¿decía un Andrés Manuel, aniquilado, a sus colaboradores en la madrugada del 3 de julio.

Pero no todo había salido bien como lo decía el candidato. Ni en esos momentos perdía su soberbia. Se dice que Andrés sólo tiene dos palabras que jamás pronuncia juntas: «me equivoqué...»

El fracaso para reclutar representantes de casilla y para la promoción del voto le había dejado abierta la puerta al panismo para operar sin pudor. Y en la guerra, como en las elecciones y en los deportes, cualquier error le da la voltereta.

Obviamente, Andrés Manuel no reconoció ese fracaso. O sí, pero lo disfracó con un fraseo que tiene lógica: «En una democracia no podemos estar cuidando el voto con un fusil, ésa es responsabilidad del IFE y no lo ha hecho».

Tiene razón López Obrador, el problema es ¿quién le dijo que la democracia llegó a México con Fox? ¿No lo quiso desaforar y enviar a una mazmorra? ¿El IFE es una institución democrática cuando los consejeros llegan por cuotas partidistas?

Democracia: doctrina política favorable a la intervención del pueblo en el Gobierno. Eso dice el diccionario. Debería leerlo. Fraude. Y no había de otra. Se lo decían el silencio de Ugalde. El extraño conteo del PREP. Los votos perdidos que el PREP había dejado de contar por inconsistencias. Las *exit polls* que no correspondían con la ventaja de Calderón. El frío festejo de Calderón en la madrugada del 3 de julio. La frustración de los simpatizantes lopezobradoristas. Sus encuestas internas de Covarrubias. Fraude. Sólo que había que probarlo.

El ánimo de López Obrador se recuperó ligeramente cuando sus operadores descubrieron ciertas inconsistencias en las actas de escrutinio. En las primeras veinte mil que tuvieron en sus manos con-

tenían errores aritméticos que iban desde la falta de un voto para Andrés Manuel hasta la suma de cien sufragios más para Calderón. «Tenemos que buscar la forma de abrir todos los paquetes», ordenó Andrés Manuel a su equipo.

Varios de los lopezobradoristas que a esas horas del 3 de julio se habían desquebrajado vieron en las palabras de su líder una explicación a lo que estaba ocurriendo. Se dedujo: «Nos quitaron votos para sumárselos a Calderón, con ayuda de los funcionarios del IFE». Y ésa fue su primera conclusión. Sólo unos cuantos del equipo sabían otra parte que era fundamental: si abrían todos los paquetes electorales quién sabe si les daría la suma para revertir el resultado. Era un albur. Pero había que jugarlo.

En la misma situación estaban los panistas. Las actas en su poder les daban la victoria, pero sería arriesgado abrir todas. «¿Y si el Peje nos rebasa?», decían.

No sabían tampoco y por eso dudaban en que se abrieran los paquetes, hasta donde había llegado la mano de Elba Esther. Ninguno de los bandos tenía claridad. Para entonces decía un lopezobradorista: «Ni nosotros ni ellos [los calderonistas] sabemos cuántas pen dejadas cometimos».

Algunas «pruebas» que inferían el fraude empezaron a llegar desde el 3 de julio. Se trataba de unos videos en los que se observaba cómo habían votado de más, cómo se le aumentaban sufragios a Calderón y cómo un funcionario de casilla intercambiaba votos de una urna a otra.

Aquello era, para Andrés Manuel, un material invaluable, con el cual dar un golpe mediático que ayudaría a propagar la idea del

fraude. Después de exhibirlos, mucha gente —simpatizante y no de López Obrador— comenzó a hablar del fraude.

Pero fue el PAN quien derrumbó uno de los videos presentados por Andrés Manuel: donde un funcionario de casilla intercambiaba votos de una urna a otra. A través de los medios le mandaron decir a López Obrador que ese funcionario era un representante perredista y que, en efecto, estaba cambiando los sufragios a otra urna porque en la que le correspondía ya no cabían; dicha acción había sido avalada por todos los representantes, incluyendo el del PRD.

Los medios antiobradoristas cuestionaron la autenticidad de los videos, se mofaron de Andrés Manuel y le dieron poca cobertura a lo que calificaban de meras ocurrencias. Otro error. A Andrés Manuel no le quedó de otra que dejar de exhibir videos e insinuar a la prensa que algunos representantes de la Coalición se habían vendido. «Fue entonces cuando empezó a decir una cosa y luego otra», acota un lopezobradorista.

Cuando López Obrador les dijo a sus colaboradores que habría que preparar una gran marcha en contra del fraude, muchos de ellos quisieron movilizar sus bases. Entonces Andrés Manuel los paró en seco: «No, quiero una marcha sin acarreo, quiero ver cuánta gente se siente agraviada y va al zócalo. Si la gente no está con nosotros, no tiene caso enfrentar al Estado hasta el fondo». La respuesta, ese sábado 8 de julio, fue abrumadora: trescientos mil personas llegaron por su propio medio al zócalo. Andrés Manuel se paró en el templete para contemplar a toda ese mar de cabezas que lo admiraba. Lo disfrutó. Volvió a sonreír. «Vamos con todo», les dijo a sus colaboradores antes de anunciarlo en aquella plaza que era toda suya.

El 9 de julio, Luis Guillermo Hernández, reportero de *Diario Monitor*, escribió:

Son miles, a la espera del grito de «vamos todos» que se escapa de cada párrafo del implacable discurso de López Obrador, donde cualquier vía, cualquier flanco, tiene lista su estrategia, desde lo penal hasta lo simbólico, desde lo personal hasta lo político. «Vamos a demostrar que se han violado los principios rectores de certeza, legalidad, independencia, imparcialidad y objetividad establecidos en la Constitución.» «Quieren imponer en la Presidencia a un empleado, a un pelele.» «Está de por medio la democracia y la estabilidad política del país.» «Con todo mi amor, muchas gracias.»

El hombre nacido en la ceiba del Golfo dice a su gente que el movimiento pacífico ha comenzado y un zócalo de manos se muestra. «Tenemos la fuerza suficiente para llevar a cabo las manifestaciones pacíficas», dice el candidato, con los brazos cruzados en reto, y los convoca para el próximo miércoles al comienzo de las movilizaciones públicas en todo el país, al renovado éxodo por la democracia, al «mero mole» del tabasqueño.

«Desde todos los distritos electorales», sugiere, para colapsar, de a poco, la legitimidad social de un triunfo presidencial que, hasta hoy, le es adverso. La estrategia de Andrés Manuel claramente puede verse a medio zócalo de la Ciudad de México, es el estrangulamiento político, para ahogarle al sistema todas las salidas. Es buscar que la presión reviente los comicios y las marrullerías, ciertas o improbables, salgan una a una desde todos los huecos que han dejado, para lograr, por estrechamiento, que estallen las venas de un aparato que varias veces intentó destruirlo.

Y empezó el voto por voto, casilla por casilla. Quince días después, López Obrador regresó al zócalo. Les había pedido a sus seguidores que intentarían duplicar la cifra de asistentes. Cumplió la gente: se habló de un millón de personas, aunque para diarios antio-bradoristas fueran sólo 320 mil.

Ese día muchos pensaron que Andrés Manuel aprovecharía el quórum para proponer algo que ya venía cavilando desde días antes con sus colaboradores: quedarse en el zócalo permanentemente.

Pero eso se lo guardó para el siguiente domingo, el 30 de julio: en una inusual votación puso a consideración plantarse en todo *Reforma* y el zócalo hasta que el Tribunal Electoral calificara las elecciones. Alejandro Encinas, el jefe capitalino, ya había sido advertido. No le quedó de otra que aceptar; sacrificaría su capital político con tal de no contrariar a López Obrador. Meses atrás, a sugerencia de Andrés Manuel, ya había declinado en sus aspiraciones para candidato del PRD al Gobierno del DF. Seguiría con él hasta el último.

A propósito del megaplantón («si no hubiésemos bloqueado no existiríamos», le dijo al diario francés *Le Monde*) *emeequis* publicó:

La primera imagen que tuve de Andrés Manuel López Obrador fue hace quince años: en el patio de su casa en Villahermosa, con la camisa desabotonada para que el trópico no anidara en el algodón, preparaba el Éxodo por la Democracia. Una temeraria caminata de Tabasco al Distrito Federal. Y cuando lo hizo, pareció una locura, una ocurrencia de un maniático. Pero muchos, entonces, lo escucharon y lo siguieron.

No es difícil concluir entonces que es un hombre que se opone a las desmesuras del poder en los términos más duros e implacables. Por eso ahora que se ha mudado al zócalo en una tienda de acampar amarilla, con una mesa replegable y un catre, a unos treinta metros

frente a Palacio Nacional, a Andrés Manuel no le hace falta nada, salvo repelente para los violentos mosquitos.

Quienes lo conocen sostienen que Andrés Manuel no está jugando.

Aunque los cite en sus discursos, no es Gandhi ni el ayatollah Jomeini, pero lleva las cosas al filo de la navaja.

Sus adversarios en la política y en los medios ya están diciendo que no aprendió nada, que sigue siendo un rudimentario hombre del trópico que todo lo quiere solucionar estirando la cuerda.

Hoy, aquí en el zócalo, está en su mero mole, como un pejelagarto en el pantano.

Cuando Andrés Manuel habla, sus brazos descansan en el atril. Inclina la cabeza, pero permanece erguido, no dobla ese cuerpo que sus simpatizantes creen que fue formado de una sola vez y para siempre. Frunce el ceño y levanta las cejas. Su voz tiene matices y las estridencias rompen el ritmo uniforme y lento. El sonido es débil pero se puede captar el sentido de sus palabras porque todo mundo aguza el oído:

«Se van a amolar», dice amenazante.

Uy. Habla en serio.

«Un demócrata no tendría miedo al conteo voto por voto, el que nada debe, nada teme», reitera cada vez que puede.

Y Calderón suele responder desde su casa de campaña:

«El voto ya fue contado, gané en las calles y en las urnas».

El cuento de nunca acabar.

La mirada de Andrés Manuel se pasea sobre el mar de cabezas, mide la profundidad de la Plaza de la Constitución, la distancia entre sus extremos y sigue efectuando su detallado repaso como si buscara a alguien en particular.

La gente es otra en este trozo de México desparramado por el

zócalo, donde empiezan o acaban [cuestión de enfoques] los 8.5 kilómetros de resistencia pacífica. 8.5 kilómetros cubiertos con carpas y que, vistos desde el cielo, asemejan un gusano blanco que bifurca a la ciudad en dos.

Así como está el país.

Entonces nació Ciudad-Bloqueo. Como una pus para los empresarios que a gritos comenzaron a decir que perdían millones de pesos al día. Quizá tendrían que sumar esas pérdidas a lo que gastaron en la campaña de Calderón.

Un bloqueo que terminó por dividir aún más a todos. Hasta el escritor Carlos Monsiváis, defensor de Andrés Manuel, se opuso. Es una locura, publicaría. Y con ello desataría una guerra de cartas entre intelectuales. Unos a favor, otros en contra.

Y mientras el plantón se instalaba en el centro de la polémica, López Obrador le encargaba a Claudia Sheinbaum que analizara cada una de las 72,197 actas que pudieron recuperar.

Después de algunos días sin dormir, Claudia descubrió que en 6,739 existía algo que ella le llamó error tipo 1. Es decir: votación total mayor o menor que boletas depositadas.

En 56,507 halló que existía la siguiente variable: votación total más boletas sobrantes mayor o menor que boletas recibidas. Lo bautizaron como error 2. Y en otras 8,951 tenían la irregularidad de que no coincidía el número de boletas.

Con esas cifras López Obrador fue al programa de Carlos Loret de Mola. Llegó con decenas de cajas y un disco compacto a la cabina de W radio, una empresa de Televisa, a la que Andrés Manuel desprecia tanto.

Después de casi tres semanas de la elección, por primera vez López Obrador mostraba pruebas. Y era entendible: sus deficiencias

y la negativa del IFE en darles listados de los votantes ocasionaban que Andrés Manuel y sus colaboradores ofrecieran cifras y cifras que al día siguiente cambiaban.

Esas cuentas que cuadró Sheinbaum fueron oxígeno para los simpatizantes lopezobradoristas. Para sus adversarios, una ocurrencia más. Y no faltaron los columnistas que hablaron de cómo López Obrador prácticamente le había implorado a Loret que lo invitara a su programa mañanero de televisión, a sabiendas del rating del conductor.

El resto de los medios pudo ventilar dicha información hasta dos días después. La razón: Andrés Manuel había mantenido tan en secreto la información de esas actas que no se hizo ni siquiera una copia para poderla colocar en su página oficial en Internet. Y César Yáñez fungió otra vez de pararrayos ante la prensa.

El fantasma del fraude se fue alimentado con otras cifras: en las 72,197 actas que revisó la Coalición, «se sumaron ilegalmente 898,862 votos y fueron eliminados 722,326». Según los lopezobradoristas, eso representaba el 3.88 de la votación total. Y en una elección tan cerrada, con el .58%, aquello resultaba fundamental.

En el Distrito Federal se recuperaron más de 22 mil votos después de que el Consejo local del IFE ordenara la apertura de 237 paquetes. Y en Querétaro, en 15 casillas revisadas por órdenes del IFE, el PAN perdió más de 200 votos.

Las expectativas fueron creciendo en el campamento lopezobradorista del zócalo. Pero también eran golpeadas. Por distintas fuentes, López Obrador se fue enterando que el Tribunal Electoral no aceptaría el recuento de las más de 130 mil casillas y ni siquiera las cerca de 20 mil que la Coalición alcanzó a impugnar. Serían la mitad, incluyendo el distrito 15, ese que los lopezobradoristas cuestionaron severamente y dio origen a la llamada «impugnación madre».

En ese distrito, Duarte y Monreal habían detectado cambios

de funcionarios de casilla en el último momento y votos mal contados. Cuando el tribunal ordenó revisar cerca del 9% del total de los paquetes electorales, el distrito 15 fue de los más cubiertos por la prensa. Después de algunos días de revisión, se supo que en ese distrito, efectivamente, López Obrador había recuperado once votos. Pero lo que nunca habían calculado los de la Coalición es que al abrirse los paquetes los errores también beneficiarían, en algunos casos, a Calderón, quien en el distrito 15 terminaría por recuperar 11 votos, igual que su adversario.

Y eso ocurría en todo el país. ¿Dónde se había ido el fraude? Ignacio Rodríguez Reyna, director general de la revista *emeequis*, escribió en la edición del 13 de agosto:

¿Hubo o no hubo fraude?

Como millones de mexicanos, no tengo respuesta a esa pregunta. Me gustaría. Pero es imposible tener certeza sobre ello. Y aunque en la esfera individual, lo mejor es siempre buscar la certidumbre pero nunca tenerla, en el ámbito social representa la tranquilidad de un país, la concordia de una nación.

Los resultados que han surgido del recuento de las casi 12 mil casillas que se abrieron no me dan argumentos sólidos para sostener la tesis de que nos robaron el voto, de que mi voto no fue contado, de que se ultrajó mi voluntad.

Por supuesto, las irregularidades que se han detectado y los ajustes a la votación confirman un sabor agrio en la boca. Resulta que los ciudadanos no son seres infalibles ni entes angelicales. Ahora constatamos que no saben sumar, que cometieron muchos errores, que sí había que enmendarles la plana.

Ésta no ha sido una elección impoluta e irreprochable, como pretenden venderla los cuestionados consejeros del IFE y los grupos

empresariales. Por el contrario, hay cientos de irregularidades, pequeñas y grandes. Salpican por doquier.

Se han encontrado, por ejemplo, decenas de paquetes electorales abiertos. Los representantes del PRD y los otros partidos que postularon a López Obrador aseguran que es la muestra de que las cifras se arreglaron. Queda la duda.

Pero por mucho que se quisiera llegar a la conclusión de que hubo fraude, no hay elementos a la mano para hacerlo. No es que no pudiera haber ocurrido, es que no hay huella. No es posible concluir, sencillamente, que en las casillas se perpetró el fraude.

Los votos recuperados por la coalición que postuló a Andrés Manuel López Obrador mediante este recuento no han sido significativos hasta el cierre de esta edición. Quizá en las próximas horas se puedan descubrir irregularidades que anulen el sentido de estas líneas, pero no parece que vaya a ocurrir así.

López Obrador y su equipo no han podido mostrar a satisfacción de muchos ciudadanos las pruebas de que se vulneró nuestra voluntad. No al menos en la forma antigua en que conocemos. Decía López Obrador primero que el fraude había adquirido modalidades cibernéticas y luego que había elementos que le permitían sostener que había sido a la antigua.

Hasta el momento resulta difícil constatarlo. A la luz de lo que se ha encontrado hasta ahora en las casillas recontadas, tampoco parece factible que el resultado pudiera dar la vuelta.

En mi opinión y en la de muchas otras voces independientes, el Tribunal Electoral ha actuado con un criterio estrecho, que ha reducido la certeza de una elección a la verificación aritmética, ha perdido de vista que lo mejor para la salud pública de esta nación hubiera sido borrar cualquier sombra, cualquier suspicacia, sobre la validez del proceso electoral.

La consigna de voto por voto, casilla por casilla, expresa de modo inmejorable la demanda de millones de mexicanos a los que nos quedaron recelos sobre la limpieza de esta elección.

El Tribunal ha desechado recontar más casillas. Se esperaba que si el grado de irregularidades hubiera sido alto, entonces los magistrados pudieran dar certeza obligando a contar por segunda ocasión todas las casillas. Han decidido no hacerlo y han actuado así contra el mandato constitucional de velar por la certidumbre de la elección.

Y con ello se han reducido las posibilidades de modificar los resultados que hasta ahora colocan por delante a Felipe Calderón.

Estas líneas molestarán, sin duda, a muchos amigos que participan con López Obrador. Son gente inteligente, preparada, honesta, de buena fe, que busca cambiar el estado de cosas en este país.

Espero que entiendan que muchos ciudadanos no sabemos dónde quedó el fraude. Ése es un hecho. Para los seguidores de López Obrador significará que quizá estamos ciegos.

Ahora bien, el que en las casillas no haya habido constancia de un «lodazal» no significa que estas elecciones hayan sido equitativas, transparentes y democráticas.

El presidente Vicente Fox tiene una gran responsabilidad histórica al haber hecho todo lo posible para enturbiar casi irreparablemente el proceso democrático en México.

Su innegable intervención cotidiana contra López Obrador, aprovechando el peso del cargo presidencial, el intento del desafuero, su proselitismo en favor del candidato del PAN, el uso del aparato estatal para influir en el voto vía los programas sociales, no requiere de una investigación exhaustiva. El presidente Vicente Fox se traicionó a sí mismo. Traicionó los principios democráticos que juró defender.

Hace varios meses, algunos amigos panistas que trabajaban con Santiago Creel y con Felipe Calderón coincidían en que la búsqueda

del poder no podía justificarlo todo. Censuraban con mucha razón que el entonces secretario de Gobernación echara mano de todo tipo de instrumentos para conseguir la candidatura presidencial. Criticaban que hubiese abdicado de sus valores y se hubiese convertido en un renegado de la democracia. «A cualquier costo, no», decían para subrayar sus diferencias con la actuación política de Creel.

Hoy les diría lo mismo. Calderón tenía todo el derecho de buscar y ganar la Presidencia de México, pero no a cualquier costo, no con la campaña negativa —«de contraste», le llaman ellos—, no con la polarización social de la que ahora se quejan pero alimentaron desde un principio, no con el abierto pacto con algunos de los sectores más oscurantistas y antidemocráticos del país.

Si finalmente Calderón gana, estos últimos habrán también triunfado en gran medida. Y ésa no es una buena noticia para México, porque impulsarán la exclusión, la marginación económica, social, cultural y educativa de un gran grupo, de quienes habitan el sótano del país.

He caminado por algunos trechos del plantón que ha desquiciado el tráfico de una ciudad de por sí desquiciada. Entiendo el furor que sus seguidores sienten por el tabasqueño. Una buena parte es gente humilde, marginada, a la que el bienestar le llega a cuentagotas cada tantos años si es que.

He escuchado sus argumentos y por qué siguen a López Obrador: él es, sin ironía alguna, la única esperanza que tienen para dejar de ser simples seres oscuros, para que su existencia tenga un mínimo sentido. Creen que si no es ahora, ya no habrá oportunidad de que alguien los tome en cuenta y los trate con respeto. Y, literalmente, no quieren vivir y morir así.

Frente a ellos, que lo siguen sin chistar, López Obrador debía reconocer cuánta responsabilidad tiene en haber ayudado a que las

cosas se encuentren donde están. Será muy difícil que reconozca sus fallas y errores, que se equivocó al no ir al debate, que eligió mal a sus colaboradores cercanos, que no le importa la eficiencia, sino la lealtad absoluta, que no escucha a nadie que no se llame Andrés Manuel López Obrador, que dilapidó una ventaja cómoda en las encuestas. Que la soberbia le gana constantemente.

Por supuesto, la situación de disputa poselectoral ha sido alimentada por muchos frentes. Los consejeros del IFE integran uno de ellos. Sus omisiones, sus debilidades, sus verdades a medias, su parcialidad, sus yerros, su insistencia en declarar presidente electo cuando no están facultados para ello, lastimaron un proceso que debían haber cuidado al máximo.

Su actuación ha generado muchas suspicacias; tantas, que hacen éticamente inadmisibles su permanencia en el cargo. Por sanidad política deberían presentar su renuncia tan pronto como se resuelva el proceso.

Si no estuviesen convencidos de la pertinencia de hacerlo, basta con que recuerden que el Tribunal ha debido enmendarles la plana en varias ocasiones y que han perdido el respeto de millones de mexicanos.

Hoy el Tribunal Electoral está por cerrar un capítulo de esta accidentada democracia mexicana. Habrá que ver lo que sigue.

¿Encontrarán elementos que hayan distorsionado a tal grado la elección que lleve a anular las elecciones? Parece extremadamente difícil. Pero no imposible.

Queda la duda.

Y a partir de ese momento se abriría una disyuntiva: ¿fraude o errores en la organización y cómputo? Quizá las dos cosas. Pero de lo que no hubo duda fue de lo segundo. Las inconsistencias quedaron

a la vista de todos. Si hubo fraude o no y de qué tamaño, quizá se sabrá hasta que se cuenten todos los votos. Pero por lo menos huellas de esa posibilidad sí quedaron.

El PAN decía, esos días, que el recuento no pasaba de 13 mil votos perdidos. López Obrador y sus colaboradores hablaban de miles y miles que le daban la voltereta al resultado. De hecho, la Coalición decidió elaborar, el 16 de agosto, un boletín de prensa donde reiteraba con números que López Obrador era el ganador de la contienda.

Según la Coalición, en 3,873 casillas, es decir, en el 33%, fueron introducidos ilegalmente («se taquearon») 58,056 votos, es decir un promedio de tres votos por casilla en el total de la recontadas. «Por sí sola, esta defraudación modifica completamente los resultados electorales.»

Decía que en 3,659 casillas, es decir en el 31%, fueron retirados ilegalmente («se robaron») 61,688 votos. Es decir, un promedio de 3.2 votos por casilla en el total de las recontadas.

Para la Coalición, el número total de casillas en donde ilegalmente se introdujeron y sustrajeron votos, era 7,532, el 65% de las casillas recontadas, y significaban 119,744 votos alterados.

En su boletín, la Coalición afirmaba que «Calderón obtuvo a nivel nacional, producto de la introducción fraudulenta 651,538 votos, en las casillas instaladas, además de 149,653 votos por la falsificación de los resultados en las de actas de casilla. A López Obrador por el contrario, se le eliminaron cerca de 692,299 votos como resultado de los votos extraídos ilegalmente». Y sentenciaban: «López Obrador ganó la elección del pasado 2 de julio con cerca de 1.5 millones de votos». ¿1.5 millones? Qué confusión. Qué incertidumbre de números había a mitad de agosto.

López Obrador no sólo tenía que batallar hacia fuera. El tiempo también estaba hiriendo al movimiento. Las propuestas de Andrés

Manuel para encabezar las cámaras de senadores y diputados (Monreal y Navarro, respectivamente) eran paradas por la corriente de Nueva Izquierda, cuyo líder es Ortega. Carlos Monsiváis, un aliado histórico de López Obrador, era vetado del campamento por el tabasqueño luego de que el escritor cuestionara los métodos de la resistencia. Y José María Pérez Gay, uno de sus principales asesores, terminaría yéndose de vacaciones a Italia, antes de que el Tribunal Electoral declarara a Calderón como el presidente chiquito.

¿A dónde se fueron 193,408 votos? Era miércoles 23 de agosto, los lopezobradoristas Duarte y Claudia Sheinbaum se lo preguntaban mientras analizaban nuevos datos después del recuento que no había traído esa gran ganancia que esperaban.

De algo estaban seguros y se lo dijeron a López Obrador: en las 11,720 casillas donde el Tribunal Electoral había realizado un recuento de votos, las operaciones aritméticas, otra vez, no cuadraban, según ellos. No era sólo que los ciudadanos no supieran contar. Había sufragios que no estaban sustentados. Que estaban desaparecidos. Así de simple. Así como Ugalde solía esconder objetos en sus tiempos como mago. Y eso, para Duarte y Sheinbaum eran pruebas del fraude.

Ese día, basados en las propias actas circunstanciadas del Tribunal Electoral, concluyeron que en alrededor de siete mil casillas de las 11,720 recontadas existían irregularidades y debían ser anuladas.

—Si eso ocurre, ganas por 210 mil votos, Andrés Manuel —le dijeron a López Obrador.

—Pero no van a anular esas casillas —atajó Andrés Manuel. Todavía le quedaba la esperanza de que el Tribunal Electoral actuara atendiendo las pruebas presentadas por la Coalición. Lo mismo pensaban otros colaboradores.

—Quién sabe, el Tribunal está dividido. Al parecer quieren irse por la anulación total.

—Eso no conviene —dijo López Obrador—. Si anulan toda podríamos perder la siguiente elección. Otra vez los medios y el Estado van a atacarnos. El escenario ideal son las 7 mil casillas...

No lo fue: el Tribunal anularía más de 150 mil votos que Calderón y López Obrador se dividirían. El 28 de agosto llegaba con sus malas noticias. Pero vendría lo peor: así como no habían podido con la guerra sucia de Calderón, ni con la campaña de Vicente Fox, la contienda contra el IFE tampoco había sido exitosa para López Obrador. Y aún faltaba la resolución del Tribunal Electoral.

X

La victoria que no fue

Al medio día del 14 de septiembre, Alejandro Encinas salió de su oficina en el antiguo Ayuntamiento, cruzó la calle y se dirigió a la casa de acampar de nylon amarillo donde López Obrador vivía desde hacía 43 días. Se saludaron fraternalmente y, en posición de loto, se sentaron sobre el piso. Encinas llevaba un mensaje para Andrés Manuel: «Fox se va a dar el grito a Dolores Hidalgo siempre y cuando tú, Andrés, renuncies a darlo aquí en el zócalo. Proponen que sea yo el que dé el grito».

La idea no era una ocurrencia de último momento. Había surgido un día antes en Los Pinos. Reunidos, entre otros, con Carlos Abascal, el secretario de Gobernación, y con Santiago Creel, coordinador de los senadores panistas, Fox se mostró frustrado por la posibilidad de que Andrés Manuel acaparara los reflectores con el grito. Entonces les preguntó: «Qué ganamos, qué perdemos?»

Le contestaron que perdía la plaza y que perdía autoridad. Eso, para el ego de Fox, fue una patada, algo parecido a lo que sintió el uno de septiembre en su último informe de Gobierno, cuando los perredistas tomaron la tribuna del Congreso. El presidente se recon-

fortó cuando le dijeron que, en cambio, ganaría una imagen de prudencia política si optaba por dar el grito en Dolores Hidalgo.

Creel fue quien propuso algo que a Fox le pareció tentador:

—Saquemos un punto de acuerdo en el Senado donde te exhortamos, Vicente, para que te vayas a Dolores. Yo hablo con los priistas, pero también con Carlos Navarrete para que convenza a López Obrador de que se repliegue y no dé el grito. Carlos [Abascal], mientras tanto, se comunica con Encinas para decirle que sea él quien ofrezca el grito. Ya ven que Encinas operó con el Ejército levantar las carpas del plantón para que no hubiera problemas. Él puede convencer a López Obrador.

—¿Y si no?

—Entonces se va a poner cabrón.

Al día siguiente, Creel operaría con el priista Manlio Fabio Beltrones y hablaría con Navarrete, quien a su vez se comunicó con Jesús Ortega. En esa cadena informativa, la propuesta llegó a López Obrador. Y aceptó reunirse con Encinas.

Sólo Encinas y Andrés Manuel saben lo que hablaron durante veinte minutos. Pero era obvio que ni Encinas ni López Obrador creían tanto en las palabras de Fox ni de Creel. Con Creel había un hecho reciente que provocaba toda la desconfianza del mundo. El viernes 8 de agosto, la periodista Carmen Aristegui presentó en su noticiario un video grabado en Cuba donde Carlos Ahumada confiesa que las grabaciones donde René Bejarano y Carlos Ímaz reciben dólares y las de Gustavo Ponce donde se le ve apostando en el Bellagio de Las Vegas, las pretendió negociar con el Gobierno foxista a cambio de protección por la acusación de fraude de 31 millones de dólares.

En once minutos, Ahumada dice que los llamados videoescándalos, en efecto, pretendían frenar el paso de López Obrador

a la Presidencia. Comenta que se reunió con Diego Fernández de Cevallos, que negoció con el ex presidente Carlos Salinas, el ex procurador Rafael Macedo de la Concha y con Santiago Creel. Ellos, sin embargo, le fallaron.

Dicho video, que le daba la razón a López Obrador sobre la conspiración en su contra, fue menospreciado por la mayoría de los medios de comunicación. Estaba claro: al Gobierno foxista quería que esa información se escondiera, que fuera reducida a algunos párrafos en los diarios o a unos segundos en televisión.

Los lopezobradoristas aseguran que ellos no lo filtraron y le dan la paternidad del video a Dolores Padierna, la esposa de Bejarano, pareja que desde hace tiempo tiene relación con el régimen de Castro.

Fox tampoco era, es y será un hombre al que López Obrador le crea. Sobran razones para ello. Pero la última era determinante: el 5 de septiembre, el mismo día en que el Tribunal Electoral declaró a Calderón presidente electo, Porfirio Muñoz Ledo le había contado a un acongojado López Obrador que en la casa del ministro Mariano Azuela se celebró una cena en la que Fox intimidó a algunos magistrados, a quienes responsabilizó de un colapso económico y político, de una gran crisis financiera, en caso de que decidieran invalidar la elección. Cómo, entonces, creerle a un hombre que se había entrometido abiertamente en la elección. Además, en los planes de López Obrador estaba declararse «presidente legítimo» el 16 de septiembre en la Convención Nacional Democrática. Y el grito, en el romanticismo de las metáforas, significaba esa independencia a las instituciones que, en la idea lopezobradorista, «velen una chingada», como el Tribunal Electoral.

Gente que labora en el Tribunal Electoral se reunía con los colaboradores de Andrés Manuel y les decían cosas como éstas: «Los magistrados están divididos: unos quieren irse por la anulación, otros sólo por la anulación de casillas». «Los magistrados han sacado a sus familias del país: o temen por su vida o ya los compraron.» «A mi jefe le hablaron para ofrecerle dinero; quieren que declare a Calderón presidente.» «Si los magistrados convencen a (magistrado José Fernando) Ojesto, es seguro que anulan la elección.» «Gente de Calderón llama y llama a los magistrados para reunirse con ellos.» «Todavía no tienen la resolución terminada, les llevará algunos días; es un hecho que el 6 de septiembre lo anuncian.»

De hecho, con esta última fecha se quedaron los lopezobradoristas. Sus informantes les habían dicho que los secretarios de los magistrados aún no tenían los datos jurídicos completos y que simplemente por carga de trabajo se irían a la fecha límite, que era el 6 de septiembre.

Pero algo pasó ese fin de semana previo. Y ahora se sabe qué: Azuela prestó su casa para que Fox y algunos magistrados cenaran. Hasta dos días después de que Muñoz Ledo lo dijera a la prensa, fue que Azuela y el vocero presidencial, Rubén Aguilar, salieron a desmentirlo. En palabra contra palabra, Muñoz Ledo les ganó la batalla en los medios. La versión dio la vuelta en todas las columnas. Así que sólo falta esperar. Era cuestión de horas para que Calderón fuera nombrado presidente electo.

Sentados sobre el piso, uno podía imaginarse que Encinas y López Obrador analizaban los pros y los contras del grito. En esa casa de acampar, se había debatido mucho. Por ejemplo: ¿qué hacer el primero de septiembre para impedir que Fox rindiera su último informe?

Esa vez, López Obrador se reunió con sus colaboradores y les planteó que era mejor que no fuera él al Congreso. Días antes tenía planeado ir, postrarse frente a San Lázaro, leer un contrainforme y luego colocar flores blancas en las tanquetas del Ejército, «así como en Vietnam», para después retirarse. Adentro del Palacio legislativo, mientras tanto, los perredistas, petistas y los diputados de Convergencia le gritarían «culero», durante dos horas continuas, a Vicente Fox.

Como López Obrador despertó con otra idea, sus colaboradores decidieron debatirlo. Gerardo Fernández Noroña, Guadalupe Acosta Naranjo, Alberto Anaya, Luis Mandoki y Julio Scherer hijo eran algunos de quienes se inclinaban porque Andrés Manuel fuera al Congreso.

—La gente vino al zócalo porque espera ir al Congreso para acompañarte, Andrés, no podemos fallarles...

—No ir sería una muestra de debilidad, de que el movimiento no es tan fuerte como presumimos...

Del otro lado, Camacho Solís, Muñoz Ledo, Dante Delgado, Ortega, Monreal y Duarte opinaban de otra manera:

—No ir significa desnudar su autoritarismo...

—Deberíamos de dejarlos con su absurdo: tanta seguridad para nada...

Andrés Manuel sólo escuchaba los argumentos. Al final, dijo que se votara para llegar a una resolución. La votación quedó nueve a siete. El ex candidato no votó y se quedó en zócalo.

Ahora sólo faltaba afinar qué se iba a hacer dentro del recinto de San Lázaro, pues días previos al informe algunos legisladores que buscan fama habían filtrado a los medios parte de la estrategia que impediría que Fox rindiera su informe.

Ahí surgió el ideólogo de la toma de la tribuna: Guadalupe Acosta Naranjo, el mismo que durante 44 días tuvo a su cargo la operación

de los campamentos en reforma y el zócalo. Hasta se ganó el mote de «El regente del zócalo».

Fue Acosta Naranjo a quien se le ocurrió tomar la tribuna, argumentando que no habría posicionamiento del PRD mientras el Estado no ordenara a los militares a regresar a sus cuarteles, que dejaran de vigilar, armados hasta los dientes, los alrededores del Congreso.

Fox, se sabe, terminó en el vestíbulo de San Lázaro, entregando su informe, diciendo que se iba porque no había condiciones en virtud de «un grupo de perredistas». Se fue rumiando, igual que Martha Sahagún.

Sentados en el piso, uno podía imaginarse a Encinas, no como jefe capitalino, sino como el escudo de la resistencia. Sin él, y eso lo saben los lopezobradoristas, el movimiento hubiese sido pulverizado por la fuerza foxista. Cuando el Gobierno federal responsabilizó al Gobierno de la Ciudad de México por permitir el estrangulamiento vial, Encinas lo retó sutilmente con una frase: «Si quieren mi renuncia, se las doy».

Y ahora, que el propio foxismo lo propusiera como el hombre elegido para dar el grito, políticamente significaba que Encinas era un líder con el que no se podía jugar. Después de López Obrador, el político más importante no era Fox ni Calderón, era Encinas.

Sentados en el piso, uno podía imaginarse a López Obrador preparándose para proclamarse «presidente legítimo» y ya no jefe de la resistencia, como pensaba días anteriores. O podía uno imaginárselo aquel 5 de septiembre de 2006 en el Hotel Marbella, sobre la avenida Cuauhtémoc, un hotel donde sus padres, don Andrés y doña Manuelita, solían quedarse cuando venían de vacaciones a la Ciudad de México.

Ese lugar escogió López Obrador para seguir con atención el fallo del Tribunal Electoral. Desde ahí escuchó lo que a él le parecieron débiles argumentos de los magistrados. Escuchó cómo algunos de ellos pusieron sobre la mesa la intervención ilegal del presidente Fox en los comicios, cómo se cuestionó la participación del Consejo Coordinador Empresarial con su propaganda negra, pero todo ello, dijeron los magistrados, «no fueron de tal gravedad como para invalidar la elección». Escuchó cómo, de manera unánime, los siete magistrados declararon presidente electo a Calderón, al que López Obrador llama «espurio». Uno de sus colaboradores que lo acompañaba esa mañana sacó su frustración con un grito: «¡Hijos de su puta madre! ¡Los doblégó Fox!»

El Tribunal Electoral dejaba ir la oportunidad para seguir creyendo en él, para acallar totalmente cualquier sospecha de fraude y para dejar en claro quién había sido realmente el ganador del 2 de julio de 2006.

Una vez que Calderón fue ratificado como presidente electo, el ex consejero Jaime Cárdenas escribió en *emeequis* lo que él llamó «11 absurdos jurídicos sobre el Tribunal Electoral»:

El dictamen del 5 de septiembre del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, mismo que calificó la elección presidencial, contiene un gran número de inconsistencias jurídicas, que son inexplicables desde el trabajo previo del propio Tribunal. El órgano jurisdiccional echó por la borda con esta resolución su prestigio ganado en otras sentencias y, lo que es peor, nos regresó a etapas democráticamente superadas. Entre estas inconstancias y absurdos jurídicos podemos mencionar las siguientes:

1. Violó el artículo 17 constitucional. La resolución no fue completa ni imparcial. Se quedó en el análisis de las irregularidades esgrimidas por la Coalición por el Bien de Todos pero no trascendió esos señalamientos, cuando su deber era apreciar las distintas etapas del proceso con una visión jurídica superior, que era la de la determinación sobre la manera en que se cumplieron en el proceso los principios constitucionales, principalmente los aplicables a la materia electoral.

2. La resolución señala que la etapa de calificación de la elección presidencial no es de carácter contradictorio. Sin embargo, la redacción del dictamen fue una suma de desvirtuaciones de las pretensiones de la Coalición por el Bien de Todos, todas ellas de carácter contencioso.

3. La resolución no toma en cuenta todo el ordenamiento jurídico. Excluye normas como el artículo 9. 1 inciso f) de la Ley General del Sistema de Medios de Impugnación en Materia Electoral, aduciendo que no se pueden requerir pruebas que no se hayan aportado.

4. No aplica la suplencia de la queja, no resuelve con plena jurisdicción no acuerda diligencias para mejor proveer. Todas ellas figuras jurídicas previstas en la ley y aplicables al caso, que le hubieran dado al Tribunal la posibilidad de esclarecer plenamente las circunstancias del proceso electoral ordenando la práctica de pruebas e investigando.

5. Es un tribunal extraño porque regaña. Regaña a Fox y al Consejo Coordinador Empresarial. Un tribunal no está para regaños sino para resolver conforme a derecho.

6. Asume la doctrina de los actos propios para pasar por alto las campañas negras y desvirtuar los señalamientos de la Coalición: si tú hiciste campaña negra no puedes alegrarla, cuando lo que estaba

en juego es la calidad del proceso electoral, independientemente de quién cometa las irregularidades.

7. No hay un análisis de cómo el conjunto de las irregularidades impactaron en el proceso. Es básicamente una resolución que contradice una a una las irregularidades invocadas, sin comprenderlas y argumentarlas en su integridad.

8. Más que una sentencia parece una contestación de demanda y los magistrados parecen abogados de una parte demandada inexistente.

9. Hay muchos análisis incompletos; así, por ejemplo, cuando se estudian las menciones de los noticieros de radio y televisión a los candidatos, se dice que López Obrador fue el candidato que tuvo más menciones en ellos, pero no se dice que fue el candidato con más menciones negativas.

10. La aprobación del dictamen no fue producto de una deliberación pública entre argumentos y razones. El órgano colegiado pierde sentido y no le da a la sociedad la posibilidad de conocer las distintas posturas y matices entre los magistrados. Hay por tanto un déficit con la transparencia y con el principio de acceso a la información. Es un tribunal opaco.

11. Señala que las irregularidades no fueron determinantes y graves para invalidar el proceso, pero no indica en qué condiciones esas irregularidades hubiesen sido consideradas graves y determinantes para la anulación. Hay un déficit de argumentación en donde la carga de la prueba y la argumentación correspondió, según el dictamen, en exclusiva a la Coalición, cuando le debió corresponder al tribunal, dado el carácter no contencioso de la calificación electoral y el papel que constitucionalmente le corresponde.

Estos señalamientos y otros más lo juzgarán como un tribunal político subordinado al poder en turno. El juicio del presente, del

futuro y de la historia no les será favorable. No tengo la menor duda sobre ello.

Encinas salió de la casa de acampar con la palabra de López Obrador de que no daría el grito. El resto se resolvió con telefonemas y con reuniones en los pasillos del Senado. Ni Fox ni López Obrador, Encinas. Esa noche el jefe capitalino, rodeado de miles de simpatizantes lopezobradoristas, gritó un intenso Viva México.

López Obrador también coreó los vivas desde su casa de acampar. Estaba sonriente, esperando a que al día siguiente se le nombrara «presidente legítimo». Bueno, no era necesario aguardar: en las 49 asambleas públicas siempre operó una especie de farsa. Andrés Manuel proponía y disponía.

Lejos estaba aquel López Obrador del 5 de septiembre del 2006: llorando en su casa de acampar, se había dado cuenta de que sí hay políticos destructibles, de que los errores propios y todo el rencor de un Estado pueden arrebatarse cualquier triunfo.

Epílogo

Como ciudadanos, votamos por Andrés Manuel y sabemos que, a pesar de su laberinto político, volveríamos a hacerlo. Como periodistas, conocimos a Andrés Manuel en distintos tiempos.

Uno (Óscar), desde 1991, cuando caminó de Villahermosa al Distrito Federal durante cincuenta días, cubriendo para *La Jornada* su Éxodo por la Democracia. El otro (Alejandro), por pláticas con los cinco hermanos de López Obrador y luego con él mismo.

A partir de esos dos hechos, hemos obtenido algunas herramientas para elaborar un retrato hablado que no es frecuente encontrar entre toda la hojarasca política mexicana.

Esa imagen —hoy un tanto herida— y nuestra formación académica, nos llevaron a ser, con ese derecho ciudadano, dos de esos renegados que asistieron al zócalo de este 2006 para convertirlo en una cicatriz abierta.

Pero tampoco podemos ir en contra de la otra parte de nuestra naturaleza que elegimos por convicción: ser reporteros, oficio que buscamos siempre llevar a cabo desde esa objetividad de la que tanto se duda en este oficio que nació subjetivo.

Es por eso que, creamos o no en el fraude electoral; lleguemos

o no a considerar a Felipe Calderón como un presidente espurio, un presidente chiquito, siempre estuvimos convencidos también de la necesidad de escribir esta historia, la de la victoria que no fue o de por qué no se alcanzó el triunfo.

Antes, durante y después de la campaña de Andrés Manuel, muchos de sus colaboradores fueron confiándonos historias íntimas, de esas que no podían circular por el misticismo que de López Obrador tienen o porque no era momento de hacer una crítica interna.

Hablar de su mala estrategia del ex candidato, de sus errores, de sus terquedades, parecía equivaler a esas presuntas brujas que terminaron hechas un incendio.

Por sí solas, las historias que fuimos recogiendo parecían retazos. En *emeequis*, el semanario donde trabajamos, nos emocionaba tenerlas corroboradas, pero a la vez nos frustraba saber que únicamente eran piezas sueltas que no daban textos que el lector merecía.

Pasadas las elecciones, las juntamos. Eureka. Una a una fueron encajando y entendimos las dos mitades de la derrota. Entendimos hasta dónde los hombres del poder pueden llevar sus infamias; pero también nos quedó claro que la soberbia no da vida, mata.

Ante nuestros ojos, como ante los de millones de mexicanos, quedaron más que claras las campañas rencorosas de Calderón, de los empresarios y de Vicente Fox; las intrigas del IFE; de Elba Esther Gordillo y del Tribunal Electoral. Pero también todo aquello que estuvo en el otro lado: los errores de Andrés Manuel López Obrador. Sin estos dos universos sería difícil entender por qué López Obrador, el hombre que parecía inalcanzable en las encuestas, terminará el 20 de noviembre como «presidente legítimo», en lugar de que Fox le cuelgue la banda presidencial el uno de diciembre en el Congreso.

El 2 de julio, como un eclipse total de sol, se unieron esos dos mundos. El resto fueron 67 días de no tener, oficialmente, presidente

electo. Días de escaramuzas, de odio, de interminables batallas de cifras y de irrecuperable confianza.

En esos días, cavilamos escribir un libro. Pero nuestra convicción profesional nos dejó ciertos que publicar únicamente de los errores que había cometido Andrés Manuel sería un acto deshonesto, sería replegarse a la gula de ese conglomerado de comunicadores, analistas e imitadores de periodistas que, para congraciarse con el Gobierno foxista o con Calderón, lo aplastaban sin pudor alguno. Como si cada vituperio en contra de López Obrador fuera intercambiado por dinero.

Publicar, por el contrario, que la derrota había sido sólo culpa de toda esa insana fuerza del Estado —como lo hicieron en el absurdo desafuero—, nos llevaría a escribir una apología más de López Obrador. Y no.

Debíamos hablar de su altivez, de la excesiva confianza que lo cegó y que le impidió ver desde el inicio que la propaganda negra panista y empresarial surtirían efecto. Teníamos que decir cómo menospreció a los medios; cómo confió en dos personas que el día de las elecciones le fallaron con los representantes de casilla y la promoción del voto; cómo le faltó tacto para pedirle ayuda a Cuauhtémoc Cárdenas, otro hombre orgulloso; cómo despreció a todos aquellos que buscaban apoyarle. Y a sabiendas de las críticas que caerían, decidimos no hacer del maniqueísmo el eje de este libro.

Pero en un país roto, dividido, eso puede escucharse como blasfemia. Es probable que algunos piensen que la derecha financió este libro. Cuando lean todo lo que hizo el Gobierno de Vicente Fox, el PAN, los empresarios, Felipe Calderón, para llevarse la victoria oficial, se darán cuenta de que no. Otros dirán que sólo tratamos de justificar por qué a López Obrador le impidieron llegar a Los Pinos

o a Palacio Nacional, desde donde decía gobernaría. También se equivocarán.

No compartimos la política ni del PAN ni del PRI, aunque en esos partidos existan algunos personajes que no se prestan a las farsas. En un país con tantos rezagos, con tanta pobreza, con tanto cinismo, nos resulta imposible avalar a quienes dicen que todo marcha bien.

Nos enfada, como a muchos, tener un presidente con rasgos bipolares que ha permitido todos los excesos a su esposa Marta y a sus hijastros. Nos frustra no tener la certeza de que Calderón, en efecto, ganó. Estamos convencidos de que este IFE de Luis Carlos Ugalde ya no es de fiar; que los siete magistrados del Tribunal Electoral desaprovecharon la oportunidad de limpiar la elección; y que tan sólo por la intromisión de Fox, las elecciones tenían que ser anuladas.

Pero al mismo tiempo sentimos algo parecido a un dolor de muelas en cada desmesura del Andrés Manuel candidato. De ese López Obrador que nunca pensó que el proyecto que encabezaba no era sólo de él. Que había millones de mexicanos que depositaron su confianza pensando que haría bien las cosas, que haría una campaña inteligente, profesional, audaz, fresca. Y no una que dependía de sus estados de ánimo.

Para ser honestos, la génesis de este libro tiene que ver con no olvidar nada de ello. Ni esos abusos de unos políticos vestidos de demócratas que les importó un carajo violentar las instituciones y provocar un México fracturado. Porque si la virtud de Calderón fue sembrar odio, eso mismo será su peor error en cuanto asuma la Presidencia. Y tampoco esos errores que han hecho que por años la izquierda no avance en este país: la victimización permanente, la ausencia de autocrítica, el temor y glorificación al caudillo de turno.

Sólo queremos que el Estado deje de ser una pandilla que está

LAVICTORIA QUE NO FUE

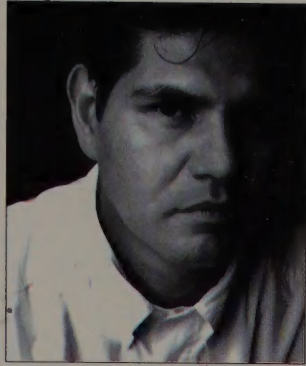
tragándose a este país y que la izquierda no tenga que esperar otros dieciocho años para acercarse a la Presidencia.

Como ciudadanos, no lo merecemos quienes siempre creemos que la izquierda tiene legítimo derecho a una oportunidad. Como periodistas, creemos que es una obligación y un derecho publicar lo que aquí decimos.

ÓSCAR CAMACHO GUZMÁN
ALEJANDRO ALMAZÁN

Septiembre de 2006

La Victoria que no fué
de Oscar Camacho Guzmán y Alejandro Almazán
se terminó de imprimir en **Octubre** 2006 en
Comercializadora y Maquiladora Tucef, S.A. de C.V.
Venado N° 104, Col. Los Olivos
C.P. 13210, México, D. F.



Fotografía: Luz Montero

ALEJANDRO ALMAZÁN (México, D.F., 1971) estudió comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de UNAM. Ha trabajado en *Macrópolis*, Canal 40, *Reforma*, *Milenio* y *El Universal*. En el 2003, su crónica “Lino Portillo, asesino a sueldo” obtuvo el Premio Nacional de Periodismo. Al año siguiente, otra de sus crónicas, “Cinco días de infierno”, volvió a ganar dicho reconocimiento. Ha sido becado por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, que preside Gabriel García Márquez, para asistir a los talleres que impartieron Alma Guillermoprieto y Ryszard Kapuszcinski. En estos días ha regresado a la escuela, como estudiante, después de ser becado por la Fundación Prensa y Democracia. Al terminar, volverá a la redacción de *Emeequis*, semanario del que es fundador. Dejó en el escritorio su primera novela sobre el narcotráfico para redactar este libro sobre el porqué López Obrador no es el Presidente.

alealma@yahoo.com

¿Se perdió por un fraude o por una cadena imperdonable de errores?

—CIRO GÓMEZ LEYVA

La victoria que no fue revela historias íntimas y demoleadoras de la campaña presidencial de Andrés Manuel López Obrador. Este oportuno libro ofrece valiosa información desconocida o suelta con la intención de que el lector conozca una verdad ahora manifiesta: que una buena táctica en una mala estrategia sólo alimenta la derrota.

También está aquí el otro factor decisivo en esta elección: la propaganda negra de Felipe Calderón y sus asesores extranjeros, las fobias de los empresarios, el desprecio de Fox hacia el tabasqueño, las intrigas en el IFE, la actuación de Elba Esther Gordillo y el papel que jugó el Tribunal Electoral.

Los reporteros Óscar Camacho Guzmán y Alejandro Almazán cuentan esta historia con dos objetivos: que no vuelvan a repetirse las desmesuras del Estado y que la izquierda mexicana se haga una autocrítica.

En estas páginas, desde la imparcialidad posible, se encuentran las claves de la soberbia que envolvió a López Obrador y todo el rencor que el gobierno foxista, el PAN y las instituciones electorales tuvieron para Andrés Manuel. Sin estos dos universos, como dicen los autores, no se puede explicar esa victoria que no llegó.

ISBN-13: 978-970-780-249-0
ISBN-10: 970-780-249-9



9 789707 802490